

Brigitte EN ACCION

Lou Carrigan

El teléfono rosa, vol. 1 y 2

En 1962, Estados Unidos y la Unión Soviética estuvieron muy cerca de poner en marcha la Tercera Guerra Mundial, tras el enfrentamiento de la llamada «Crisis de los misiles», y que provocó una serie de peligrosos incidentes entre las dos potencias. Entonces alguien tuvo la idea de establecer una comunicación directa y privada entre la Casa Blanca y el Kremlin, a fin de que los dirigentes de ambos países se comunicaran sin intermediarios que pudieran provocar malentendidos. Era el teléfono rojo. Pero, por aquellos tiempos, alguien inventó también el teléfono rosa…



Lou Carrigan

El teléfono rosa, vol. 1 y 2

Brigitte en acción - 253

ePub r1.0
Titivillus 22.06.2018


PROYECTO SCRIPTORIUM
EX-LIBRIS
Titivillus in culpa est

Brigitte
EN ACCION



Visita inesperada

James Potters echó un rápido vistazo a su reloj de pulsera. Las ocho menos veinte. Tenía tiempo, pues Bill no pasaría a buscarlo hasta las ocho, conforme al horario establecido para el servicio.

Tenía tiempo, por ejemplo, para pensar. Y mientras elegía una corbata en la puerta del armario, Potters pensó. Pensó en la tarjeta postal que había recibido aquella tarde, enviada por su hermana Stella. Realmente curioso, puesto que él vivía en un apartamento en Washington, y su hermana vivía muy cerca de la capital. Podía visitarlo en pocos minutos. Y además, claro, estaba ese utilísimo invento llamado teléfono.

Pero, Stella era muy clara en este sentido: nada de teléfono. La tarjeta postal mostraba una hermosa fotografía del Capitolio de Washington. Detrás, Stella había escrito, con su elegante, nítida e inconfundible letra:

> *Jim, ven a visitarme este fin de semana sin falta. Tengo que hablarte del teléfono rosa. No llames por teléfono. Ven. Abrazos.*
>
> *Stella*

Potters terminó de ponerse la corbata, y dirigió una mirada al cajón donde guardaba la pistola.

No.

Aquella noche no iba a necesitarla absolutamente para nada. Seguro. Así que sacó la chaqueta, cerró el armario, y fue a la salita. Volvió a mirar el reloj… Tenía tiempo, incluso, para llamar a Stella por teléfono; pero, tras breve reflexión, rechazó esta idea.

James Potters era agente de la CIA. Debido a su profesión, había aprendido a valorar muy bien todo cuanto veía y oía. Y por supuesto, todo cuanto leía. Por lo tanto, no llamaría a Stella. La iría a visitar, naturalmente. A fin de cuentas, con Stella y Henry siempre

se pasaba bien. Henry Wallen, el marido de Stella, era un gran tipo, y lo había demostrado escalando con gran velocidad un alto puesto precisamente en el Capitolio…

En el Capitolio. Potters frunció el ceño. ¿Quería Stella decirle algo de Henry, quizá? ¿Sería por eso que había elegido una postal en la que aparecía el Capitolio, o era simple casualidad? Con el ceño todavía fruncido, Potters fue a la repisa donde había dejado la tarjeta postal, la tomó, y volvió a leerla.

—El teléfono rosa —musitó—… ¿Qué diablos puede ser esto del teléfono rosa?

Con la tarjeta postal en la mano fue a sentarse en uno de los sillones. James Potters vivía bien. Discretamente, pero bien. Tenía buen gusto, se ganaba bien la vida, y nunca se buscaba complicaciones, como, por ejemplo, la de casarse. Por lo tanto, podía disponer para él solo de todo el dinero que ganaba. En el confortable apartamento tenía buenos libros, un formidable equipo para la audición de música, un elegante bar, buenos cuadros y alfombras, muebles elegantes… A los cuarenta y dos años, James Potters no había llegado a presidente de los Estados Unidos, pero era lo bastante inteligente para comprender que todo el mundo tiene sus limitaciones. Unas veces las limitaciones son puramente personales. Y otras, están definidas por las circunstancias. Sea como sea, el hombre que a los cuarenta y dos años no ha llegado a Presidente de los Estados Unidos de América y sabe que sus circunstancias jamás se lo permitirán, está en un momento óptimo para saber muy bien qué es lo que le conviene dentro de sus posibilidades.

Así era James Potters. Inteligente, realista, fríamente analítico. Y no le iba mal.

El teléfono rosa… Ciertamente, no iba a cometer el tonto error de pensar que su hermana Stella se había equivocado, y que había querido decir el teléfono *rojo*.

No.

Si Stella decía *pink telephone*, pues decía y quería decir *pink telephone*, no *red telephone*.

Potters jamás había oído a nadie hablar del teléfono rosa. Ni en la CIA, ni en la calle, ni entre sus muchos amigos empleados en el Gobierno en una u otra actividad: Estuvo meditando si debía

preguntarle a Bill si él había oído hablar del teléfono rosa. A veces, ocurren cosas a nuestro alrededor que nos pasan desapercibidas. ¿Por qué no podía ser este su caso con respecto al teléfono rosa? Y quizá Bill Craigson, su compañero de servicio en la CIA, pudiese decirle algo sobre el asunto.

A las ocho menos doce minutos, cuando sonó la llamada a la puerta del apartamento, James Potters había decidido ya que no; que no le hablaría a Bill del teléfono rosa. Fuese lo que fuese, estaba bien claro que Stella lo consideraba un asunto confidencial. Si valía la pena comentar más adelante algo del teléfono rosa con Bill, ya lo haría.

Por lo tanto, al oír la llamada a la puerta, James Potters echó la mano hacia atrás, y metió la tarjeta postal entre el asiento y el respaldo del sillón. Luego, fue hacia la puerta. Mientras subía el escalón que delimitaba la zona de recibo y la del salón, miró de nuevo su reloj. Caramba, Bill era cada día más puntual.

Mejor dicho, no era puntual, porque todavía no eran las ocho. Unos pecan por exceso y otros por defecto.

Abrió la puerta, componiendo su sonrisita amistosa.

—Hola, B…

No era Bill.

—¿Señor Potters? —preguntó la visita, sonriendo.

James Potters, tras la brevísima sorpresa, estaba pasmado de admiración. La visita no tenía el menor parecido con Bill Craigson, naturalmente. Era una hermosa mujer, rubia, alta, de ojos grandes de un extraño color como de plomo fundido. Llevaba un elegante vestido de color granate, tan escotado que se podía ver muy buena parte de los senos, altos, erguidos, lustrosos; era un escote de los que gustaban especialmente a James Potters.

Por encima de la satinada piel, sobre los hombros, la hermosa mujer llevaba una capita de piel, de lo más exótico, casi extravagante, que Potters había visto en su vida.

—Sí…

—Soy Berenice, señor Potters.

—Ah.

La hermosa mujer parpadeó, desconcertada. Por lo menos, tanto como Potters.

—¿No sabe quién soy? ¿Su hermana no le ha hablado de mí?

Sin saber por qué, pero muy posiblemente porque la mente de Potters era rápida, clara y analítica, el agente de la CIA relacionó en el acto a la rubia con la tarjeta postal que le había enviado Stella; y por tanto, la relacionó con el teléfono rosa.

—No —negó—. Pero pase, por favor.

—La verdad es que no quisiera molestar. Si tiene visita, o…

—Espero una visita a las ocho en punto —sonrió Potters, mirando una vez más su reloj—. Creí que se trataba de esa visita, pero evidentemente mi amigo sigue siendo muy puntual.

—Bueno… Si a las ocho…

—Le ruego que pase —sonrió Potters, apartándose—. Todo lo que ocurrirá cuando mi amigo me vea con una mujer como usted, será que sentirá envidia. Por favor…

—Gracias —entró la rubia—. Es usted muy gentil, señor Potters.

—Soy consecuente, nada más. —Potters cerró la puerta—. Lo razonable es envidiar al hombre que recibe en su apartamento la visita de una hermosa mujer. ¿Quiere tomar algo, señorita…?

—Berenice… Simplemente, Berenice.

—Bien. Puedo ofrecerle un cóctel, por ejemplo.

—Oh, sí, me encantan los cócteles. Es usted muy amable.

Potters volvió a sonreír, tomó el brazo a Berenice, y bajaron juntos el escalón. Señaló un sillón, y luego el elegante bar.

—Siéntese, por favor. Y perdone si le parezco un poco tonto. No lo soy, pero estoy un poco sorprendido. Stella jamás me habló de una amiga llamada Berenice.

—Supongo que tampoco antes le habló del teléfono rosa.

Potters se detuvo, y se quedó mirando atentamente a la rubia Berenice.

—Pues no, nunca. ¿Qué teléfono es ese?

—¿Stella no se lo ha explicado? ¿De verdad?

—Todavía no. Bueno, creo que charlaremos mejor sentados y tomando algo, ¿no le parece?

Berenice sonrió. Potters sonrió también, dio la vuelta, y quedó así de espaldas a Berenice. Entonces, Berenice sacó del profundo escote una navaja, apretó el resorte, y la hoja salió, lanzando destellos. James Potters oyó el chasquido de la hoja al salir, y casi en el acto supo que se trataba de una navaja. Mientras iniciaba la vuelta para encararse con Berenice, en su rostro aparecía la lógica

expresión de sobresalto y sorpresa.

No pudo terminar de dar la vuelta, porque Berenice le pasó el brazo izquierdo por la garganta, lo atrajo con una fuerza sorprendente, y le clavó la navaja en los riñones.

De la boca de Potters brotó un gemido ahogado, mientras su rostro quedaba lívido y distorsionado por la nueva mueca, de profundo dolor. La navaja salió de la carne, y volvió a hundirse en esta, con terrible fuerza de nuevo. Los golpes sonaban apagados, como chasquidos. Potters abrió muchos los ojos, se crispó, mientras sus manos iban hacia el brazo femenino que rodeaba su garganta. Como garras, sus dedos se clavaron en aquel brazo, y tiraron para abajo, sin resultado alguno, mientras recibía el tercer navajazo, que le hizo estremecerse de nuevo, y emitir un tremolante y debilísimo suspiro…

Allá en el fondo de la mente del agente de la CIA quedaba todavía algo de luz.

En algún rincón, brilló aquella luz de los recuerdos sobre algunas cosas que había aprendido. La reacción fue lenta y débil, pero reacción, a fin de cuentas: el pie derecho de James Potters se alzó, y descargó acto seguido el golpe sobre el pie derecho de la mujer que le sujetaba por detrás. También Berenice tuvo su lógica reacción al sentir el pisotón: lanzó una exclamación, y por un instante aflojó la presión del brazo izquierdo en torno a la garganta de Potters.

Este se volvió entonces, rápidamente, con fuerza… Es decir, así lo creía él. Pero, en realidad, James Potters estaba ya muerto, y así, al volverse, su cabeza se perdió en un torbellino de vueltas, sus ojos se llenaron de oscuridad, su cuerpo comenzó a caer hacia atrás. Con el último reflejo, Potters lanzó un zarpazo hacia Berenice.

Las yemas de sus dedos se deslizaron por entre los senos, llegaron al borde del escote, y continuaron hacia abajo, desgarrando la fina y elegante tela.

Mientras Potters caía de espaldas, todavía pudo ver, como rodeados de oscuridad gris y negra, los hermosos pechos de Berenice, que parecieron saltar como con vida propia fuera del escote, vibrantes, elásticos, sonrosados…

Luego, James Potters cayó de espaldas. Y ni siquiera notó el golpe. Berenice se inclinó sobre él, y le puso dos deditos sobre una

carótida, sin hacer el menor caso de la hermosura sonrosada de sus pechos desnudos, oscilantes, vibrantes.

Asintió con la cabeza, limpió la sangre en las ropas de Potters, y se puso en pie. Solo entonces se contempló los senos desnudos, y el destrozo causado en el vestido. Con un gesto de contrariedad, recogió su bolso, que había dejado caer antes de atacar a James Potters. Del bolso sacó un par de alfileres, con los que arregló provisionalmente los desperfectos del vestido.

Luego, tras una última mirada fría y cruel al cadáver, abandonó el apartamento.

En el reloj de pulsera de James Potters eran las ocho menos dos minutos cuando el timbre de la puerta volvió a sonar.

Pero, evidentemente, el agente deja CIA James Potters no podía acudir a abrirle la puerta a su compañero William Craigson.

1

Frank Minello estaba que «se moría» de risa.

Sí señor, el jefe de la Sección Deportiva del *Morning News* lo estaba pasando estupendamente. Ni más ni menos que como siempre que estaba con su adorada Brigitte. Brigitte Montfort, jefe de la Sección Internacional del *Morning News*, Premio Pulitzer de Periodismo, y, en secreto secretísimo, la más audaz, inteligente y peligrosa espía del mundo; en los archivos de la CIA, la señorita Montfort constaba como la agente N. Y. 7117, pero esta sigla clave no se utilizaba para hablar de ella. La cosa era mucho más sencilla: se decía que la agente «Baby» había hecho esto o aquello, y todos sabían de quién se hablaba. Todos los que sabían que *Miss* Montfort era una espía, claro está…

—Pues yo creo, Frankie —decía la bellísima Brigitte—, que no hay para tanto.

—¡Que no hay para tanto! —Hipó Minello de risa—. ¡Dice que no hay para tanto…! ¡Pero si es la cosa más divertida que he escuchado en muchísimo tiempo!

—Cualquiera puede tener un desliz, ¿no?

Minello dejó de «morirse de risa» revolcándose en el sofá del lujoso apartamento de Brigitte, y se sentó correctamente; con lo cual salió ganando, pues pudo contemplar en toda su magnificencia a la divina espía: largos cabellos negros suavemente ondulados, boquita sonrosada, ojos grandiosos y azules como el más limpio cielo, y un cuerpo de apariencia delicada, definido como la más genuina imagen plástica de mujer.

—¡Cualquiera, sí, pero no el presidente de los Estados Unidos de América! —exclamó Minello—. ¡Hombre, esto es ya el límite, Brigitte! ¡Mira que estar hablando con los egipcios y dirigirse a ellos como al «querido pueblo de Israel»…! ¡Mi madre, si yo hubiese sido el presidente Sadat me levanto y le rompo la cara al señor Ford, te

lo juro!

—No jures, Frankie: sabes que no me gusta. Es una vulgaridad. Las personas hablamos, y se nos tiene que creer. Y si no nos creen, pues muy bien, pero nada de juramentos. En cuanto al señor Ford, tuvo un lapsus, eso es todo. Y por fortuna, los egipcios que lo escucharon supieron comportarse adecuadamente.

—¡Hombre, a ver…! ¡Porque estaban en terreno enemigo, de lo contrario ya habríamos visto!

—¿Terreno enemigo? Bueno, gracias a Dios, tú no tienes voz en la política internacional. Si se te dejase hablar en la ONU, por ejemplo, pondrías a Estados Unidos en guerra con medio mundo.

—¡Ay, mi madre! —continuó riendo Minello—. ¡Decirles a los egipcios que eran el «querido pueblo de Israel»…!

—Vamos a cambiar de tema —frunció el ceño Brigitte—. ¿Se puede saber qué quieres a estas horas de la mañana?

—¿Qué pasa con estas horas? Son más de las once, ¿no?

—En efecto —miró Brigitte su relojito de platino y brillantes—. Son exactamente las once y nueve minutos de una aceptablemente hermosa mañana de otoño. Pero no sé si recuerdas que anoche estuve trabajando hasta las dos y media. O sea, que he terminado de trabajar esta mañana a las dos y media.

—Y yo te he despertado a las diez y media, pese a la oposición de tu queridísima Peggy. Bueno, has dormido ocho horas, ¿no es así? ¡Pues ya tienes suficiente! ¡Ahora nos vamos al campo!

—¿Al campo? —Se pasmó Brigitte.

—¡Al campo! ¡Tú misma has dicho que hace una hermosa mañana de otoño! ¡Pues nos vamos al campo!

—¿A qué?

—¡Zambomba, pues a pasar el resto del día tomando el sol, paseando, almorzando por ahí…! ¡Es muy sano!

Brigitte se miró un instante las uñas, deliciosamente esmaltadas.

—¿Debo entender que has venido a despertarme para llevarme al campo?

—¡Exactamente! Pero también he venido con la intención de contarte un chiste que te va a gustar mucho…

—Oh, no —gimió Brigitte—… ¡Uno de tus chistes, no, Frankie!

—Pero si es muy bueno, mujer. Verás… En un cuarto de una clínica hay una señora que acaba de dar luz; o sea, que acaba de

tener un niño; que acaba de ser madre, vamos…

—Frankie: sé lo que es dar a luz.

—Claro. Bien, pues allá está la madre, en su flamante lecho del cuarto de la clínica, reponiéndose del mal rato pasado. La pobre mujer, como es natural, está hecha papilla…

—¿No ha recurrido al parto sin dolor?

—No, no.

—¿Por qué no?

—Pues no sé. La mujer está…

—Eso es una tontería. Hoy en día las mujeres pueden dar a luz sin pasar tan malos momentos, Frankie.

—Sí, lo sé, pero esta lo ha pasado muy mal. La mujer…

—Es absurdo. Aparte de la preparación física antes del parto, y de la mentalización de la futura madre, hay muy buenos procedimientos médicos para que una mujer dé a luz sin dolor. ¡Y no me digas que una mujer debe parir con dolor!

—Yo no he dicho nada —gruñó Minello.

—Ah, bien. Es que algunas personas que viven todavía en la Edad de Piedra consideran que para ser madre una mujer debe pasarlo muy mal. Y a mi juicio, eso es una aberración. Considerando que los adelantos científicos y técnicos modernos nos están proporcionando algunos quebraderos de cabeza, creo que, como compensación, deberíamos beneficiarnos de la parte buena, aprovechar sus ventajas que indudablemente ofrecen por otro lado. ¿No estás de acuerdo?

—No sé —refunfuñó Minello—… Pero seguiré tu consejo: cuando vaya a dar a luz, recurriré al parto sin dolor.

—¡Dios mío! —Se llevó Brigitte las manos a la cabeza—. ¡Frankie, no me habías dicho que estabas embarazado!

—Es que solo tengo dos faltas. Aún no estoy seguro. Creo que tendré que recurrir a la prueba de la rana.

—¡La prueba de la rana! ¡Pero, cielo santo, Frankie, si en la actualidad puedes saber eso en pocos segundos utilizando un producto farmacéutico!

—Bueno, pues me compraré ese producto farmacéutico, y ya te diré si estoy preñado o no.

—¿Qué te pasa? —Se «sorprendió» Brigitte, conteniendo la risa —. ¡Parece que estés enfadado! ¿Por qué?

—¡Estoy enfadado porque te estaba contando un chiste y tú no haces más que interrumpirme!

—Bueno, bueno, está bien… Pero es que tus chistes son siempre muy malos, Frankie.

—Este es bueno. ¿Te lo cuento?

—Me resignaré.

—Te gustará —sonrió Minello de oreja a oreja—. Bueno, pues tenemos a esa pobre parturienta en la cama, dolorida y tal, porque no ha hecho el parto sin dolor ¡porque no le ha dado la gana!, y en ese momento se abre la puerta del cuarto y entra una enfermera, con el niño en brazos, envuelto en sus pañalitos y cosas de esas. Al verlo, la madre, pese a su postración, exclama, llena de gozo: ¡hijo mío, pedazo de mi alma y de mis carnes…! ¡No me interrumpas!

—Pero si no iba a decir nada, Frankie.

—Ah, bueno. Bien, la madre exclama: ¡hijo mío, pedazo de mi alma y de mi corazón…!

—Antes has dicho «de mis carnes».

—¡Escucha, si lo que quieres es amargarme el día, lo estás consiguiendo! Además, una madre puede llamar a su hijo como le dé la gana. ¿O no?

—Eso sí es verdad. Bueno, la madre, exclama: ¡hijo mío, amor y luz de mi vida…! ¿Y qué más?

—No, no. La madre exclama: ¡hijo mío, pedazo de mi alma y de mis carnes!

—Ah. Sí, eso creí entender antes. Bueno, exclama eso, y entonces… ¡toma al niño en sus brazos y lo besa amorosamente!

—No. Resulta que la enfermera que ha entrado sosteniendo en sus fuertes y rollizos brazos al niño envuelto en pañalitos y cosas de esas…

—¿La enfermera tiene los brazos fuertes y rollizos?

—Sí. Entonces, la…

—¿Y eso tiene importancia para el chiste?

—¿El qué?

—¡Lo de los brazos fuertes y rollizos de la enfermera!

—¿Eh…? Ah, sí. Sí, sí, mucha importancia. Verás lo que pasa: la madre, después de exclamar: ¡hijo de mis entrañas y de mis vísceras!, pues, claro, tiende los brazos para que la enfermera le ponga en ellos al niño envuelto en pañales y cosas de esas. Pero la

enfermera no le entrega al niño, sino que se queda mirando de un modo perverso a la madre. De pronto, tras soltar una risita sarcástica, la enfermera de los brazos fuertes y rollizos, que como consecuencia de esto tiene mucha fuerza, ¡zas!, le arranca un brazo al niño…

—¡Frankie!

—Mujer, es el chiste… ¡Y si no me lo dejas terminar, salgo a la terraza y me tiro desde ella a la Quinta Avenida! ¡Y te recuerdo que vives en el piso veintisiete!

—No hay quien te entienda —frunció el ceño Brigitte, que solo por puro milagro podía contener la risa—. ¿En qué quedamos? ¿Has venido a buscarme para ir al campo o a suicidarte?

—¡He venido a contarte un chiste!

—Vaya por Dios… Entonces ¿ya no vamos al campo? ¡Ya me había hecho a la idea!

—¡No vamos al campo! ¡Quiero contarte el chiste!

—Bueno, hombre, bueno… No hay para ponerse así. Quedamos, pues, en que no vamos al campo.

—¡Iremos al campo después de que te haya contado el chiste!

—Ah. Sí, tampoco está mal pensado, es verdad. ¿Cómo sigue el chiste?

—¡¿Qué chiste?! —aulló Minello.

—El de la madre que acaba de tener un niño.

Frank Minello se pasó las manos por la cara, desesperado. Luego, se quedó unos segundos mirando como alucinado a Brigitte Montfort, cuya risa tenía que explotar de un momento a otro, inevitablemente.

—Sí… Eso es, el chiste de la madre… Ah, sí. Bien, estábamos en que la enfermera, tras soltar una risita sardónica…

—Sarcástica —corrigió Brigitte.

—¡De acuerdo, sarcástica! Bueno, pues le arranca un brazo al niño. Luego, le arranca el otro, y después le arranca una pierna, y luego la otra… Mientras tanto, la pobre madre, imagínate, está temblando de horror, de espanto, de llanto, de desesperación, gritando ¡pobre hijo mío!, y cosas así. Entonces, la enfermera se acerca a la cama, riendo, y le dice a la madre: «¡No se lo tome así, mujer! ¿Acaso no ha visto que ya estaba muerto?».

—Por Dios —palideció Brigitte—… ¡Es un chiste abominable,

Frankie! ¡Y no le veo la menor gracia!

—Pues a mí me hizo reír mucho. ¿No lo imaginas…? Una madre que acaba de… ¡Bueno, es solo un chiste, ¿no?!

—Es horrible.

Minello quedó pensativo, fruncido el ceño. Por fin, asintió con la cabeza.

—Me parece que tienes razón —masculló—. Puedo contarte otro que…

—¡No! —Se puso en pie de un salto Brigitte—… ¡Más chistes, no, te lo suplico!

—Entonces, ¿nos vamos al campo?

—Está bien. Me vestiré para…

El musical sonido del carillón llegó hasta allí. Segundos después, Peggy, el ama de llaves de Brigitte, pasaba por delante de la gran puerta del salón, hacia la del apartamento.

—¡Brigitte no está para nadie, Peggy! —Le gritó Minello—. ¡Nos vamos al campo!

Peggy desapareció, tras dirigir una breve mirada interrogante a Brigitte. Poco después, entraba en el salón, precediendo a Charles Alan Pitzer, el jefe del Sector Nueva York de la CIA.

—El señor Pitzer, señorita —anunció Peggy.

—¡No! —gimió Minello, dejándose caer de nuevo en el sofá, como aniquilado—. ¡Adiós, día de campo!

Pitzer ni siquiera lo miró. Se plantó delante de Brigitte, sacó un sobre del bolsillo interior, y se lo entregó. La divina espía lo tomó, pero mirando los ojos de Pitzer, que bajó su mirada; lo cual ocasionó una leve palidez en el rostro de Brigitte. Con dedos un tanto rígidos, abrió el sobre, y sacó varias fotografías. Algunas de ellas representaban a un hombre tendido en el suelo de un apartamento, unas boca arriba, y otras boca abajo; en estas, se veían perfectamente las manchas de sangre en la blanca camisa, en la espalda.

Y quedaba otra fotografía, esta de archivo, en la que se veía el rostro atractivo y serio de un hombre de alrededor de cuarenta años. En el dorso, esta fotografía tenía una inscripción: James Potters, agente WA 6091.

Brigitte alzó la mirada hacia Pitzer, que ahora la sostuvo.

—¿Dónde? —murmuró.

—En su apartamento de Washington, la noche pasada, minutos antes de las ocho. Lo mataron a cuchilladas, por la espalda. Su compañero de servicio Bill Craigson pasó a recogerlo a las ocho, como era habitual cuando trabajaban juntos en el turno de noche en la Central. Entraban a las nueve. Craigson estuvo llamando. Por fin, se decidió a abrir la puerta del apartamento por sus propios medios… Encontró a Potters todavía caliente.

Brigitte asintió, y miró a su ama de llaves.

—Peggy, prepara mis cosas: Washington.

—Sí, señorita.

Peggy salió del salón, mientras Minello se acercaba a Brigitte, y le quitaba suavemente las fotografías de entre los dedos. Las estuvo mirando, también un poco pálido. Luego, las entregó a Pitzer, y fue a sentarse en un sillón, en silencio.

—¿Tenemos alguna pista? —preguntó Brigitte.

—No. Además, el asunto está mucho más enmarañado de lo que usted cree.

—¿Qué quiere decir, tío Charlie?

—James Potters tenía una hermana, llamada Stella. Y precisamente, anoche, alrededor de las siete, Stella Potters se suicidó.

—¿Quéeee…? —exclamó Brigitte.

—Sí. En principio, la investigación corrió a cargo de nuestros servicios habituales para estas cuestiones, pero *Mr*. Cavanagh decidió avisarla a usted.

—¿Por qué razón?

—Actualmente, James Potters prestaba sus servicios en la Central, pero hasta hace unos tres años fue un agente del Grupo de Acción… Del Grupo de usted. Es decir, que fue uno de sus queridos Simones; uno de tantos con los que usted nunca llegó a entrar en contacto. Pero el hecho cierto es que Potters estuvo jugándose la vida por ahí, y Cavanagh pensó que usted querría saber esto. De todos modos, si prefiere dejar el caso en manos de los…

—Claro que no. Quiero encargarme personalmente de esta investigación. ¿Es seguro que Stella Potters se ha suicidado…, o también fue asesinada?

—Todo parece indicar que se suicidó. Su marido, Henry Wallen, la encontró muerta en la casa, tendida en el sofá del salón, al

regresar de una reunión con unos compañeros de trabajo en el Capitolio. La reunión fue privada, y aparte de temas de trabajo, parece que Wallen y sus compañeros lo pasaron bien, departiendo y tomando unas copas. Wallen regresó a su casa casi a las diez de la noche.

—Bien —asintió Brigitte—… Según yo entiendo, Stella Potters…, es decir, de casada Stella Wallen, se suicida hacia las siete de la tarde. Y hacia las ocho, alguien va al apartamento de su hermano James en Washington, y lo asesina a cuchilladas por la espalda.

—Sí. Y no sé nada más, en cuanto a detalles se refiere. Dentro de unos minutos, aterrizará en la terraza el helicóptero, para llevarla a Washington. Una vez allá, la llevarán al apartamento de James Potters, donde la está esperando *Mr*. Cavanagh. Esto es lo que se ha dispuesto, por el momento, si le parece bien, Brigitte.

—Desde luego que sí. Voy a vestirme.

Brigitte desapareció hacia el interior del apartamento. Pitzer se sentó en un sillón, sacó su pipa, y se la puso entre los dientes. De pronto, miró a Minello.

—Lo siento —musitó—. Pero estoy seguro de que Brigitte se habría molestado mucho conmigo y con Cavanagh si no la hubiésemos informado de lo sucedido, Frank.

—Estoy seguro de que a Brigitte y a mí nos quedarán muchos días para ir al campo, Pitzer, no se preocupe.

—Caramba… ¡Está usted muy razonable hoy! Espero que conserve esa actitud, y que no insista, como siempre, en acompañar a Brigitte.

—Usted es un memo —gruñó Minello.

—Ya empezamos —gruñó también Pitzer.

—Ni empezamos, ni narices… Los dos sabemos que Brigitte se las arreglaría para darme esquinazo. Y por otra parte, no soy tan imbécil de hacer bromas cuando llega a esta casa la noticia de que han asesinado a un compañero de Brigitte; la conozco bien, y sé cómo se siente ahora.

—Sí… Es lo que más la entristece.

—¿La entristece? Bueno, eso es cierto. Pero no es menos cierto que cuando asesinan a uno de sus Simones no me gusta estar cerca de ella. Se convierte en otra persona… ¿Triste? Sí, es cierto, pero

también hay en su expresión una determinación de matar que nunca me ha gustado.

—Tampoco a mí —musitó Pitzer.

Minello quedó unos segundos pensativo, antes de decir:

—Bueno, creo que a quien menos le gustará este cambio en la actitud mental de Brigitte, será a la persona que ha matado a James Potters. No quisiera estar en su pellejo.

—Suponiendo que Brigitte encuentre a esa persona.

Frark Minello se quedó mirando estupefacto a Charles Alan Pitzer.

—¡Qué tontería! —exclamó—. ¡Usted sabe mejor que nadie que Brigitte encontrará a esa persona, aunque pasen cien años y se haya escondido en cualquier lejano planeta! Vaya si la encontrará… Y la hará pedazos.

Quince minutos más tarde, desde la terraza del Crystal Building convertida en pequeño helipuerto, la agente Baby emprendía su viaje a Washington.

2

Efectivamente, *Mr*. Cavanagh, jefe del Grupo de Acción Mundial de la CIA, estaba esperando a Baby en el apartamento del asesinado James Potters. Con él, había tres agentes de la CIA, dos de ellos del Grupo de Acción, esperando ponerse inmediatamente a las órdenes directas de la espía más admirada y querida del mundo. El otro agente, destinado a labores técnicas y burocráticas en el aspecto analítico de los informes que se recibían diariamente en la CIA, era William Craigson, el hombre que había encontrado muerto a su compañero de servicio.

Este agente fue presentado por su nombre a Baby, pero no los otros dos, que eran desde aquel mismo momento, simplemente Simón I y Simón II, con lo que se respetaban los deseos de la agente Baby de no saber los nombre verdaderos de sus compañeros más que en caso de absoluta necesidad.

Tras estrechar las manos de todos, Baby se dirigió a Craigson, mirándole a los ojos con suma atención.

—Le agradecería que me explicase todo lo que sabe, William. Luego, se irá usted de vacaciones hasta que se le llame, a un lugar que solamente *Mr*. Cavanagh conocerá.

—¿Teme que intenten algo contra mí?

—Podría ser.

—No lo creo así, puesto que no sé nada que pueda comprometer a nadie, pero naturalmente, acepto sus instrucciones…, que supongo están respaldadas por una orden formal de la Dirección.

—Naturalmente —asintió *Mr*. Cavanagh.

—Bien, veamos… ¿Lo que sé? Es así de sencillo…, y así de inútil: como siempre que teníamos servicio juntos, pasé a recoger a Jim, a las ocho en punto. Nunca he llegado más tarde de esa hora, si acaso siempre un par de minutos antes. Subí aquí, llamé a la puerta y puesto que Jim no abría, comencé a pensar que podía

haberle ocurrido algo…

—¿Por ejemplo? —interrumpió Brigitte.

—¿Qué? —se desconcertó Craigson.

—Quiero decir que quizá James Potters estaba enfermo, o delicado de salud en algún aspecto.

—¿Jim? ¡Desde luego que no! Era un hombre formidablemente sano de cuerpo y de mente. Puede convencerse de ello examinando su expediente médico en la Central. Pero a cualquiera puede sucederle un accidente, ¿no es así? Un resbalón que ocasiona un golpe contra un mueble, un malestar pasajero que puede ocasionar un desmayo… Mil cosas. Lo único que no se me ocurrió fue que Jim estuviese todavía durmiendo. Esto era tan imposible, que mis temores me parecieron fundados. Así que, pensando que podía encontrarse mal por cualquier causa, utilicé la ganzúa que siempre llevo en el llavero. Es una vieja costumbre…

—Usted abrió con su ganzúa… ¿Le pareció que la cerradura había sido forzada antes?

—No.

Baby se desplazó unos pasos, hasta quedar delante mismo de la silueta dibujada con tiza en el suelo, indicando el lugar y la postura en que fue hallado el cadáver de Potters. Miró también hacia la puerta del apartamento. Y por fin, movió la cabeza.

—La persona que mató a Potters fue recibida por este en el apartamento, sin recelo de ninguna clase. Más o menos en este punto, Potters le volvió la espalda. Entonces, el asesino le atacó.

—¿Usted cree que Potters tenía amistad con su asesino?

—Eso no lo sé. Lo que digo es que el asesino fue recibido de buen grado.

Si el ataque se hubiese producido cerca de la puerta al abrir Potters y ser sorprendido, las cuchilladas las habría recibido en el pecho o vientre, no en la espalda. Pero, supongamos que abrió la puerta creyendo que era William, que pasaba a recogerlo, y que, al ver que era otra persona a la que temía por algún motivo, se volvió, para correr hacia el interior del apartamento en busca de su pistola, ya que no la llevaba encima, según he visto en las fotografías. En este caso, el asesino pudo atacar a Potters cuando este se volvía para correr…, pero, de haber ocurrido así, y suponiendo que Potters corría después de recibir las cuchilladas, y que finalmente no pudo

resistir más y cayó, habría caído de bruces, con la cabeza apuntando hacia esa puerta que lleva al dormitorio y cuarto de baño, supongo… ¿Sí?

—Sí —asintió Simón II.

—Por lo tanto, no fue atacado en la puerta, sino aquí mismo cuando, plenamente confiado, volvió la espalda al asesino. Seguramente, le sujetaron por la garganta. Luego, lo soltaron, o consiguió desasirse…, y cayó de espaldas. Si alguien no está de acuerdo conmigo, espero que no cometa la tontería de reservarse su opinión solo por no contradecir a Baby, caballeros.

—Su teoría coincide en todo con la de nuestros expertos —aseguró Cavanagh.

—Muy bien. Siga, William.

—Bueno… Abrí la puerta, y enseguida vi a Jim tendido en el suelo…

—¿Las luces estaban encendidas?

—Sí, sí. Me acerqué corriendo a Jim, y lo vi tan pálido que no me atreví a tocarlo. Es decir, le tomé el pulso en una muñeca y en la yugular. Estaba caliente aún, pero muerto. Entonces, llamé a la Central, y me quedé esperando, sin tocar nada, sin sentarme siquiera. Esto es todo lo que sé.

—¿No vio salir a nadie del edificio cuando usted subía?

—No.

—He observado que hay conserje en este edificio, y por supuesto, ustedes le habrán interrogado. ¿Vio el conserje a alguien desconocido entrando o saliendo del edificio?

—No, a nadie —informó Simón I.

—Eso quiere decir que si el asesino dejó alguna pista, la tenemos que encontrar nosotros aquí. ¿Tocó usted el teléfono, o llamó desde otro lugar, William?

—No, no… Llamé desde aquí. Pero el teléfono lo descolgué utilizando mi pañuelo, utilizando solo dos dedos, y lo dejé sobre la mesita, de modo que tuve que inclinarme para hablar. Luego, siempre utilizando el pañuelo y solo dos dedos, colgué de nuevo el auricular. Los de Huellas han podido trabajar bien, tengo entendido. Y no toqué nada más, estoy seguro.

—¿También está seguro de que no puede aportar nada más?

—Ojalá pudiera —musitó Craigson—… Pero no. Lo siento, no sé

nada más.

—Puede emprender su viaje de vacaciones ahora mismo. Bien entendido, naturalmente, que si llegase a recordar algo, por trivial que le parezca, deberá comunicarlo en el acto a *Mr*. Cavanagh, por teléfono o por cualquier medio rápido.

—Tengo bien entendido que usted siempre hace lo mejor —musitó Craigson—, pero… ¿no podría quedarme?

—No.

—Mire, en el supuesto de que a mí también quisieran matarme sea por lo que sea, precisamente ese intento del asesino podría proporcionarnos una pista que…

—No.

—Pero podríamos…

—No.

William Craigson se mordió los labios, miró la marca de tiza en el suelo, y dio media vuelta, bruscamente, dirigiéndose hacia la puerta. Cavanagh le acompañó hasta allí, y se dedicaron a cuchichear sobre el lugar donde Craigson estaría esperando instrucciones.

Mientras tanto, tras una mirada alrededor, Brigitte se sentó en uno de los sillones, colocando su maletín rojo con florecillas azules junto a su cadera derecha.

—¿Encontraron el apartamento tal como está ahora?

—Claro —asintió Simón I.

—Eso quiere decir que no lo registraron, no buscaban nada que pudiera tener Potters. Simplemente, vinieron a matarlo y se fueron.

—Es lo que parece —asintió Simón II.

—¿Han encontrado algo revelador o simplemente interesante en el apartamento?

—No.

—Quizá convendría echar otro vistazo —murmuró Brigitte, pensativa.

—Sin ánimo de molestarla, le diré que es una manera como otra cualquiera de perder el tiempo —dijo tímidamente Simón I.

—Es posible —admitió Brigitte, poniéndose en pie, y volviéndose para tomar su maletín—. Pero cualquier…

No dijo nada más. Desvió la mano que se dirigía hacia el asa del maletín, acercándola a aquella delgadísima línea blanca que se veía

apenas entre el respaldo y el asiento del sillón. Sacó la tarjeta postal, la leyó rápidamente, y se volvió hacia la puerta cuando Cavanagh la estaba cerrando.

—¡Llame a Craigson! —exclamó.

Cavanagh salió a toda prisa al pasillo, poniendo una vez más en evidencia su leve cojera. Llamó a Craigson, que apareció en el acto, con una expresión de esperanza en los ojos.

—¿Me quedo? —exclamó.

—Lea esto —le tendió Brigitte la tarjeta postal.

Craigson se apresuró a tomar la tarjeta, la leyó, y miró estupefacto a Brigitte.

—¿De dónde ha sacado esto? —exclamó.

—De ahí —señaló la espía—… Al parecer es el único sitio en el que nuestros expertos no han mirado.

Dirigió una mirada de reojo a Simón I, que estaba rojo como un tomate.

Y casi tan rojo como él estaba Simón II, ambos mirando incrédulamente aquella tarjeta. Por su parte, Cavanagh se acercó a tomarla, la leyó, y miró a Craigson, desconcertado.

—¿Sabe usted algo de esto, Craigson?

—No señor, ni una palabra. Le aseguro que Jim jamás me habló de este teléfono rosa. No tengo la menor idea de lo que puede significar.

—¿Nadie de ustedes ha oído hablar del teléfono rosa? —preguntó Brigitte.

Todos movieron negativamente la cabeza. Simón I y Simón II leyeron también la tarjeta postal.

Luego, todos se quedaron mirando a Brigitte, que releía las pocas líneas escritas por Stella a su hermano James.

—Parece indudable —murmuró— que Stella Potters, es decir la señora Wallen, sí sabía algo sobre el teléfono rosa. Pero, la señora Wallen se suicidó…, una hora antes de que asesinaran a su hermano. ¡Qué terrible coincidencia!

—Es evidente que usted empieza a sospechar que no fue un suicidio —murmuró Cavanagh—… Y francamente, yo también. Cabe la posibilidad de que aprovechando que la señora Wallen estaba sola, fuesen a asesinarla antes que a Potters. En cuanto a la apariencia de suicidio, no podían lograrlo fácilmente con James,

que era un hombre fuerte, pero sí pudieron preparar el escenario con su hermana.

—Con lo cual —asintió Brigitte—, conseguirían desconcertarnos lo suficiente para que nuestras investigaciones siguiesen un camino totalmente equivocado. ¿Cómo se suicidó la señora Wallen?

—Con una pistola de su marido. Se disparó un tiro en la boca, tras colocar dentro el cañón de la pistola.

—Estaba horrible —musitó Simón I.

—¿La vio usted? —Lo miró vivamente Brigitte.

—Desde luego.

—¿Dónde la encontró el señor Wallen?

—En el saloncito. Estaba tendida en el sofá, cara al techo…

—… Y su brazo derecho colgaba hacia el suelo, donde, muy cerca de la mano, estaba la pistola…, en la que, sin duda alguna, en nuestros servicios de huellas ya han encontrado las huellas digitales de la señora Wallen. Además de esto, se le habrá hecho la prueba de la parafina en la mano derecha, con lo que habrá quedado demostrado que fue ella la que disparó el arma. ¿Sí?

—Sí.

—¿Dónde guardaba la pistola el señor Wallen?

—En la caja fuerte.

—Ya. Y como es lógico, la señora Wallen conocía la combinación. En cambio, parece poco probable que un asesino vaya a una casa para matar a una persona confiando en que en esa casa habrá una pistola, ¿verdad? Luego, está el hecho de que, además, tendría que haber abierto la caja fuerte sin conocer la combinación…, lo cual, ya lo sé, es muy fácil para un experto, pero ha sido desechado por improbable. Parece todo demasiado fantástico, ¿verdad?

—Sí.

—En cambio, para la señora Wallen no habría sido fantástico abrir la caja, tumbarse en el sofá, y pegarse un tiro.

—Eso es lo que parece que sucedió —dijo Simón II.

—Por otra parte —añadió Simón I—, hay que tener en cuenta que aún tratándose de una mujer frágil como era la señora Wallen, no debe de ser fácil obligarla a tomar una pistola, meterse la punta en la boca y dispararse un tiro…, y todo ello, sin que queden señales de violencia alguna. Yo mismo, por ejemplo, podría

dominar a una mujer de esa forma, y obligarla a pegarse un tiro, pero me temo que quedarían señales de violencia en algún modo: si la había atado, se notarían las marcas en las muñecas, y si no la había atado, habría tenido que sujetarla con fuerza, produciéndole algún pequeño hematoma, quizás incluso algún arañazo, o varios.

Brigitte se quedó mirando a su querido Simón con el ceño fruncido. De pronto, sonrió, con cierta ironía.

—¿Me perdonará usted si lo utilizo para un pequeño experimento, Simón? —preguntó.

—Usted puede hacer conmigo lo que quiera —aseguró Simón.

—Gracias.

Baby se acercó a su compañero espía, se detuvo ante él y todos notaron todavía una breve vacilación. Pero, con gesto resuelto, alzó de pronto la mano derecha, colocó dos deditos a un lado del cuello de Simón, y apretó suavemente. Simón emitió un gemido, todo su cuerpo se crispó, cayó de rodillas, y luego de bruces. Baby se inclinó, le dio la vuelta, y para pasmo de todos, excepto de Cavanagh, lo alzó en brazos sujetándolo por debajo de las rodillas y por la espalda, lo llevó al sofá, y lo dejó tendido allí, mientras Simón II la contemplaba con expresión desorbitada.

—¿No puede moverse? —sonrió secamente Brigitte.

Todo lo que pudo hacer Simón fue parpadear. Entonces, Brigitte estiró el dedo índice de su mano derecha, lo introdujo entre los dientes del espía, y dijo:

—¡Pum, muerto!

Los ojos de Simón se abrieron aún más.

—¿Sigue sin poder moverse? Bueno, vamos a arreglar eso.

Brigitte efectuó un breve masaje en la zona donde antes había apretado, y a los pocos segundos, Simón alzó un brazo, y murmuró:

—Ya, ya…

Brigitte se puso en pie, asiendo la mano de Simón y ayudándole a incorporarse. El espía se puso también en pie, pero quedó un tanto encogido e inclinado hacia el lado donde había recibid la presión.

—Demonios —masculló—… ¡Eso no nos lo han enseñado a nosotros en los entrenamientos!

—En los entrenamientos de la CIA se va a lo práctico —asintió Brigitte—, y esto, realmente, es un… refinamiento. Es evidente que

usted ha aprendido judo, karate, o una mezcla de ambos en lo que suele llamarse defensa personal, Simón. Y realmente, las enseñanzas en nuestras academias son muy efectivas en este sentido. Pero hay conocimientos que llegan mucho más allá de unos cuartos golpes con los pies y con las manos. El origen de estos conocimientos está en la India. De allí, pasó a China, donde muy buena parte de estos conocimientos fueron aplicados al desarrollo del famoso Kung Fu. De la China, pasó a Japón, donde fueron incluidos en el desarrollo del judo, con la denominación de *atemi*. La palabra *atemi* puede traducirse, sin complicarnos la vida, como «golpes aplicados adecuadamente». Pero, los *atemi*, como todo el judo, son como un dibujo sin fin, siempre se le puede añadir algo. De este modo, podemos decir que existen los *atemi* por percusión y los *atemi* por presión. No hace mucho, pasé unas semanas en la casa de un amigo de un amigo mío donde, entre cosas aún más interesantes, aprendí estas cositas. Ese amigo mío es noveno dan de judo, y, aunque yo soy una modesto cuarto dan, consiguió enseñarme algo. Queda pues demostrado que muchas otras personas pueden conocer estas técnicas, o algunas parecidas… No sé si me he explicado.

Simón soltó un bufido, y continuó dándose masaje en el lado del cuello donde había sufrido la presión.

Y el otro Simón murmuró:

—Naturalmente, no queda rastro alguno de esa presión… Quiero decir que una autopsia no revelaría nada en ese sentido.

—Claro que no.

—En mi opinión, ya tenemos una pista —dijo Craigson—: la persona que mató a Jim y a su hermana es un experto en judo…

—De ninguna manera —lo miró casi irritada Brigitte—. Estas cosas se pueden aprender aisladamente, no hay por qué ser un experto en judo. La persona más inofensiva del mundo es seguramente mi ama de llaves… Pues bien, en un par de meses yo podría enseñarle lo suficiente incluso para matar a una persona con un golpecito de apariencia suave. Y seguiría sin saber de judo ni siquiera lo que es un *ukemi*.

—¿Y qué es un *ukemi*? —mascullό Craigson.

—Es una caída de protección. Lo derriben como lo derriben a uno, debe saber caer siempre en la postura más adecuada para conservar su integridad física. Por eso, los *ukemi*, o entrenamiento

de las caídas, son la base de todo buen *judoka*. Un experto en… Oh, por Dios, ¿qué importa eso ahora? Quiero ir a ver a los Potters, que supongo están en la Morgue.

—Entonces… ¿quedamos en que también Stella Wallen fue asesinada? —inquirió Craigson.

—No he dicho tanto —negó Brigitte—. Todo lo que he dicho es que quiero ver los cadáveres. Y luego, querré ver a Henry Wallen, para preguntarle si su esposa tenía algún motivo para desear el suicidio. Es una pregunta brutal para un hombre que acaba de perder a su esposa, lo sé…, pero no conozco a nadie más a quien hacérsela. Tampoco conozco a nadie más que pueda, quizá, saber qué es el teléfono rosa. Por lo tanto, es inevitable que moleste a Henry Wallen.

—La acompañamos, claro —dijo Simón I.

—Será mejor que se quede unos minutos más aquí, reponiéndose —le sonrió cariñosamente Baby—. Mientras tanto, podrían aprovechar para llamar a los nuestros y que vengan aquí a registrar *de verdad* todo el apartamento. ¿Saben dónde vive Henry Wallen?

—Claro.

—Pues nos reuniremos allí —Brigitte miró a Cavanagh—… ¿Será tan amable de llevarme en su coche, señor?

—Vaya pregunta —gruñó Cavanagh.

—¿Qué hago yo? —Gruñó también William Craigson.

—¿Está seguro de que Potters nunca le habló del teléfono rosa? ¿Está seguro de que nunca antes oyó hablar de ese teléfono?

—Segurísimo.

—Entonces, buen viaje, William.

3

James y Stella Potters ocupaban sendos compartimientos contiguos en la «cámara frigorífica» de la Morgue. Había allá destinado un agente de la CIA, que tras conversar con Brigitte y *Mr*. Cavanagh, fue en busca de un médico, que los acompañó.

Cuando los compartimientos fueron abiertos, como simples gavetas de un fichero, todos estaban silenciosos. Cavanagh miró de reojo a Brigitte, y la vio un poco pálida, pero serena, inescrutable el rostro. Con la mirada fija en las azuladas facciones de James Potters, la espía internacional estuvo escuchando las explicaciones del médico sobre la autopsia, según la cual, no cabía la menor duda de que Potters había muerto de tres navajazos en los riñones y nada más que de eso.

Cuando el médico forense terminó su explicación, Baby estuvo todavía casi un minuto mirando el rostro de James Potters. Por fin, asintió con la cabeza, y aquel compartimiento fue cerrado.

La expresión del rostro de Stella Potters, suavizada ya por los expertos en maquillaje mortuorio, conservaba quizás una mayor placidez que la de su hermano. En los rasgos de este se había observado todavía una cierta tirantez. En Stella Potters todo parecía más apacible, más sereno. Brigitte sabía que la parte posterior de la cabeza había estallado al salir la bala, pero esto había sido disimulado del mejor modo posible, y apenas se notaba nada.

—Me gustaría verle las manos —murmuró. El médico asintió.

—No hay inconveniente, por supuesto.

Baby alzó una de las frías manos de Stella Potters, y estuvo examinándola con gran atención, especialmente, las uñas. Examinó también la otra mano, con la misma atención, pero no encontró nada de lo que buscaba.

—¿Encontraron ustedes algo en las uñas?

—No. Creo saber a lo que se refiere, pero no, no había nada en

las uñas… Bueno, quiero decir que no había rastros de que hubiese arañado a alguien, o simplemente desgarrado alguna ropa… ¿Es eso lo que quería saber?

—Sí.

—Pues no había nada. El dictamen es de suicidio.

—Y la hora de muerte, las siete.

—Sí. Pudo ser unos minutos antes o unos minutos después, claro.

—¿Había cenado?

—Sí. Muy poco antes. Casi podríamos decir que la digestión no había comenzado. Tenemos el informe completo a su disposición. ¿O prefieren que lo enviemos?

—Nos lo llevaremos.

El doble informe fue entregado a Cavanagh, y poco después, este y Brigitte abandonaban el depósito de cadáveres, tras haber convenido con el médico que Henry Wallen podía ya disponer de ambos cadáveres para ocuparse de su sepelio.

El agente de la CIA que esperaba al volante del coche de Cavanagh se apresuró a salir, para abrir la portezuela de atrás; segundos después, ya acomodados Brigitte y Cavanagh en el asiento posterior, el coche partió hacia las afueras de Washington, hacia la casa de los Wallen.

Cavanagh esperó pacientemente a que Brigitte terminase la lectura de los dos informes, que ella le devolvió. Mientras los guardaba, preguntó:

—Lo de la cena es interesante, ¿verdad?

—Usted y yo —lo miró apaciblemente la divina espía— hemos conocido gente de toda clase y costumbres, señor.

—Cierto —asintió Cavanagh—. Pero la señora Wallen será la primera persona en mis conocimientos que haya hecho una buena cena antes de tumbarse en el sofá y pegarse un tiro en la boca. Ella sabía, claro está, que su marido regresaría tarde anoche, puesto que se hallaba en una reunión de amigos. Por tanto, es lógico que no le esperase para cenar. Lo que no me parece lógico, ni siquiera medianamente razonable, es que una persona que está dispuesta a suicidarse, se ponga antes a cenar con buen apetito.

—Pudo decidirlo de pronto.

—¿Usted lo cree así?

—No. Pero vamos a dejar que el señor Wallen sí lo siga creyendo.

—Entiendo. ¿Hablará usted con él o prefiere que lo haga yo?

—Usted es el jefe, ¿no? —Lo miró Brigitte.

Cavanagh sonrió, y dejó caer una mano sobre una de las rodillas de Brigitte, apretándola suavemente. El gesto de un querido amigo, nada más que eso.

—Bueno —dijo Cavanagh—, puesto que soy el jefe, le ordeno que sea usted quién se las entienda con Henry Wallen.

—Gracias.

Henry Wallen vivía en la pequeña localidad de Mc Lean, cerca del Potomac, al noroeste de Washington, en un bonito chalé no demasiado grande, pero sin duda más que suficiente para él y su esposa. Según las investigaciones preliminares, los Wallen no tenían sirvientes, pese a que la posición de Henry Wallen en su carrera política, y sobre todo su aceptable fortuna personal, le habría permitido esto, e incluso más lujos de los que disfrutaban. Pero los Wallen eran gente sencilla y tranquila, y la señora Wallen se las arreglaba perfectamente por sí misma con la ayuda de una asistenta que iba todas las mañanas tres o cuatro horas.

La puerta del chalé fue abierta por una mujer con cara de circunstancias, muy bien vestida, con gran discreción tanto en el atuendo como en las joyas. Debía de tener algo más de cuarenta años.

—¿Sí?

—Quisiéramos ver al señor Wallen —pidió Cavanagh.

—Ah, sí… ¿Vienen a expresarle sus condolencias?

—Si… Sí, en efecto.

—Pasen, por favor. Soy la señora Darwell, amiga íntima de Stella… ¡Dios mío, qué tragedia! Vengan, vengan: estamos todos en el saloncito…

—Preferiríamos ver al señor Wallen a solas, *Mistress* Darwell.

—Oh, bien… Bueno, iré a avisarle. ¿A quién anuncio?

—Cavanagh —murmuró este.

—*Mr*. Cavanagh. Bien —miró a Brigitte de nuevo, todavía con clara estupefacción ante la belleza de esta, y comprendió que la chica de los ojos azules no pensaba decir su nombre—… James saldrá ahora mismo.

—Gracias, *Mistress* Darwell.

Se quedaron esperando en el pequeño recibidor, pero solo unos pocos segundos, pues Henry Wallen acudió enseguida, en efecto. Brigitte lo estudió con veloz vistazo en cuanto apareció. Henry Wallen era más bien alto, apuesto, aunque quizás un tanto obeso. Vestía impecablemente de oscuro, de modo que destacaban sus palidísimas facciones. Había pasado una mala noche, evidentemente, y eso, a sus cincuenta años, se notaba en el acto.

—Ah, Cavanagh —murmuró, tendiendo la mano—… Gracias por venir. Hacía bastante tiempo que no nos veíamos, ¿verdad?

—Así es. Vengo a darle el pésame, Wallen, pero también quisiéramos hablar unos minutos con usted. ¿Conoce a la señorita Montfort?

—Me estaba diciendo a mí mismo que la conocía —sonrió apagadamente Wallen—… Claro, la famosa periodista de Nueva York. Es un placer, señorita Montfort.

—Muy amable, señor Wallen. Lamento que nos conozcamos en estas circunstancias.

—Sí. —Wallen se mordió los labios; de pronto, miró vivamente a Brigitte, sobresaltado—… ¿Ha venido usted a hacer algún reportaje sobre…?

—No. Mi especialidad no es precisamente esta.

—Ya. Sí, claro… Bueno, normalmente, usted y yo tendríamos mucho de qué hablar, habida cuenta de que yo soy un político y usted una especialista en política internacional, si recuerdo bien. Pero en estos momentos…

—Nuestra conversación va a ser estrictamente privada, señor Wallen. Y le aseguro que no tiene nada que ver con el periodismo. ¿Podríamos ir a su despacho, los tres solos?

Wallen miró un tanto sorprendido a Cavanagh, que asintió con un gesto.

—Sí, ya me ha dicho Mary que querían hablar a solas conmigo. Y viendo aquí a Cavanagh lo comprendo, claro… Bien, vamos a mi despacho.

Pasaron por delante de la puerta del saloncito, en el cual había varios hombres y mujeres, amigos de los Wallen; buenos amigos, sin duda alguna, dispuestos a acompañarle en tan amargo trance.

Apenas entrar en el despacho, Brigitte dijo:

—Por si no le resulta conveniente tener en su casa a los amigos, señor Wallen, debo decirle que ya puede usted disponer de los cadáveres de su esposa y su cuñado. Quizá prefiera trasladar el duelo a una funeraria.

—Sí… Sí, gracias… Todavía no he decidido nada, pero creo que será lo mejor. Por favor, siéntense.

Brigitte se sentó en un sillón, dirigiendo una descuidada mirada a su alrededor. Los Wallen, estaba bien claro, eran gente de buen gusto; de un gusto sencillo pero confortable, el mejor… Se dio cuenta de que Wallen le tendía una cajita con cigarrillos, y tomó uno. Cavanagh también aceptó, ofreció fuego a Brigitte, y luego los dos se quedaron mirando a Wallen, que estaba encendiendo su cigarrillo.

—Supongo —miró Wallen de pronto a Cavanagh— que se trata más bien de que la investigación, y por tanto las preguntas, continúan, Cavanagh.

—Podemos volver en otro momento —se apresuró a suavizar la situación *Mr*. Cavanagh.

—No. No, no… Imagino que la muerte de Stella no habría provocado tanta minuciosidad, pero el asesinato de un agente de la CIA lo ha complicado todo mucho, ¿verdad?

—Inevitablemente.

Wallen dejó su cigarrillo en el cenicero, y se pasó las manos por la cara. Estaba visiblemente fatigado, por supuesto. Con las manos todavía en la cara, se quedó mirando con súbita sorpresa a Brigitte.

—¿Usted trabaja también para la CIA, señorita Montfort?

—Solo soy un consultor ocasional —dijo Brigitte.

—Ah. ¿Y se la ha consultado esta vez?

—Así es. La primera pregunta es sobre su esposa: ¿tenía ella algún motivo de cualquier clase para desear la muerte?

Wallen palideció, y Cavanagh tuvo que hacer un esfuerzo para no soltar un respingo.

Miró a Brigitte, que contemplaba impávida a Henry Wallen.

—Por Dios —jadeó este—… ¡Claro que no! ¡No que yo sepa! Y debo decirle, señorita Montfort, que mi esposa y yo no solíamos ocultarnos nada el uno al otro.

—Entonces, ese suicidio resulta del todo incomprensible para usted, señor Wallen.

—¡Del todo incomprensible! Hay momentos en que creo estar padeciendo una pesadilla, espero despertar de un momento a otro. Pero luego, está el asesinato de James… No sé. Seguramente, estoy perdiendo el juicio, pero se me ha ocurrido… relacionar una cosa con la otra.

—En nuestra opinión, están relacionadas sin la menor duda. Aunque lo habrá explicado muchas veces… ¿sería tan amable de hacerlo de nuevo, señor Wallen? Me refiero a lo que sucedió.

—¡Dios mío, no sé lo que sucedió! ¡Solo sé que llegué a casa y me encontré a Stella muerta en el sofá!

—Explique eso, entonces.

—Pero… ¿qué hay que explicar? Llegué alrededor de las diez, entré en casa, y al ver la luz del saloncito encendida pensé que Stella me estaba esperando despierta, leyendo. Lo había hecho muchas otras veces. Fui al saloncito, y la vi en el sofá… De momento pensé que se había dormido, pero enseguida, vi la pistola en el suelo. Corrí hacia el sofá, y vi a Stella, con… con la cabeza… ¡Por Dios, no puede ser verdad!

Wallen ocultó el rostro entre las manos, y estuvo así unos segundos. Por fin, suspiró, y volvió a mirar a Brigitte, con expresión desolada.

—Comprendemos su sorpresa y su dolor, señor Wallen —dijo la espía—. Y me permito insistir en que podemos volver en otro momento.

—No creo que dentro de unos días esté mejor que ahora…

—Es lógico. ¿Llamó usted a la policía inmediatamente?

—Sí. Sí, sí, en cuanto pude reaccionar.

—¿Qué hizo luego?

—¿Yo? Me senté en un sillón…, y ya no recuerdo nada más hasta que la policía llamó a la puerta.

—¿No tocó usted nada?

—No, nada.

—¿Ni siquiera la pistola?

—¡Claro que no!

—¿Le pareció que alguien había estado buscando algo en la casa? Quiero decir que quizás encontró algunas cosas en desorden, removidas, o la puerta de su caja fuerte abierta, o…

—No, no, no… Todo estaba en orden, como siempre. ¿La caja

fuerte abierta? Claro que no. Solamente Stella y yo conocíamos la combinación.

—Lo cual confirma que ella abrió la caja, tomó la pistola, cerró la caja, fue al saloncito, y…

—¿Qué otra cosa, si no? —exclamó Wallen—. ¿Han venido a decirme… algo diferente?

—Me gustaría echarle un vistazo a su caja fuerte, señor Wallen. ¿Puedo hacerlo?

—Pues… Claro, sí. Pero si busca la pistola, la tiene la policía.

Brigitte movió negativamente la cabeza. Wallen miró desconcertado a Cavanagh, que permaneció impasible. Luego, se puso en pie, fue a la librería, y apartó la cubierta de la caja fuerte, formada por los lomos de varios libros simulados.

—No la abra —pidió Brigitte, poniéndose en pie.

Se acercó a la caja, la estuvo estudiando unos segundos, y finalmente puso dos deditos en el dial, y comenzó a moverlo. Wallen miró de nuevo a Cavanagh, que parecía no darse cuenta de nada. Cuando el desconcertado y un tanto molesto Henry Wallen volvió a mirar a la señorita Montfort, esta había colocado una orejita pegada al frío acero de la compuerta, y sus dedos seguían moviendo el dial…

Tres minutos más tarde, se irguió.

—Hay un mecanismo automático de bloqueo, ¿verdad?

—Sí… Por supuesto.

—Esto es todo, gracias.

—¿Esperaba usted poder abrir la caja? —Se pasmó Wallen.

—Solo era una prueba. —Brigitte volvió a su sillón, abrió el maletín, y sacó la tarjeta postal—. Naturalmente, usted conoce bien la letra de su esposa.

—Naturalmente —se sentó de nuevo Wallen, mirando la tarjeta postal—. ¿Por qué?

—Encontramos esta tarjeta en el apartamento de James, su cuñado. Estaba colocada de tal modo en un sillón que parecía como si él hubiera querido ocultarla, aunque no formalmente. Digamos, de un modo provisional. Está firmada por su esposa, señor Wallen, pero nos gustaría que nos dijese usted si la letra es realmente de ella.

Wallen tomó la tarjeta, la leyó rápidamente, y alzó su atónita

mirada hacia Brigitte.

—Sí, la letra es de Stella, naturalmente. Pero…

—Gracias. Lo habríamos comprobado con los peritos calígrafos de la CIA, pero parece que vamos a ahorrarles trabajo. ¿Va usted a preguntarnos qué es el teléfono rosa, señor Wallen?

—Pues sí, desde luego.

—¿Usted no lo sabe?

—Ni idea… ¿El teléfono rosa? Es la primera vez que lo oigo mencionar…

—¿Su esposa nunca le habló del teléfono rosa?

—Jamás. Qué extraño es esto —musitó Wallen, volviendo a leer la tarjeta—… Stella no me dijo que hubiese invitado a James para este fin de semana. ¿Y por qué le pide aquí que no utilice el teléfono? ¡No comprendo nada!

—En ese caso, estamos todos iguales. Van a ser unas investigaciones laboriosas. Díganos, señor Wallen: ¿veía usted a su cuñado con frecuencia?

—¿A James? Bueno, lo normal… Nos veíamos de cuando en cuando en Washington, y solía venir aquí también de cuando en cuando. Una vez o dos al mes; generalmente, los finales de semana. Yo no tengo familia, y Stella solamente tenía a James, así que estábamos bastante unidos, aunque tanto el trabajo de James como el mío nos tenía muy ocupados. De todos modos, me consta que James venía algunas veces a ver a Stella entre semana, aprovechando sus horarios tan irregulares.

—Eso quiere decir que él podía haber venido en cualquier momento aquí, ¿verdad? Sin embargo, su esposa le envió una tarjeta pidiéndole que viniese. ¿Qué le sugiere esto a usted?

—No sé —reflexionó Wallen—. Bien, quizá podría sugerirme que Stella quería asegurarse de que vería pronto a James.

—Estamos de acuerdo. Tan pronto, que lo habría visto hoy viernes. Sin embargo, ahora, ninguno de los dos podrá ver al otro… ¿Le sugiere esto algo?

—¿Sugerirme? Si quiere que le diga la verdad, señorita Montfort, ni siquiera sé de qué estamos hablando. ¿Qué es lo que ocurre?

—Eso es lo que la CIA trata de averiguar, señor Wallen. Por favor, haga un esfuerzo: ¿nunca mencionó su esposa el teléfono

rosa? Quizás era algo que la relacionaba con sus amigas… Bueno, a mí al menos el teléfono rosa me sugiere algo… femenino, o cuando menos amable, o suave… Quiero decir que cuando se menciona el teléfono rojo, todo el mundo piensa en cosas importantes, y más o menos tenebrosas, o peligrosas… Las relaciones directas entre Washington y Moscú pueden ofrecer un cariz… inquietante. Pero un teléfono rosa parece algo… No sé, incluso poético, ¿no cree?

—Quizá sí. No sé.

—A fin de cuentas —sonrió levemente Brigitte—, el color rosa suele ser el color del amor, señor Wallen. Cuando todo va bien, se dice que vemos la vida de color rosa, además. Se ha creado una imagen poética, amorosa, agradable, del color rosa. Por lo tanto, cabe suponer que un teléfono rosa podría ser… todo lo opuesto al teléfono rojo Moscú-Washington, ¿no le parece?

—Señorita Montfort, le juro que no tengo ni idea de lo que puede significar ese teléfono rosa.

Brigitte se quedó mirando fijamente a Henry Wallen. Luego, hizo un gesto de contrariedad, tendiendo la mano hacia la tarjeta postal.

—Bien, parece que le hemos molestado para nada en unos momentos realmente inoportunos, señor Vallen. Esperamos que nos disculpe usted, en gracia a nuestra intención.

—Sí, claro… ¿Se queda usted la tarjeta?

—Por ahora, sí. Tengo la esperanza de poder devolvérsela muy pronto. Comprendo perfectamente que usted quiera conservar lo último que escribió su esposa. ¿O quizás escribió algo más?

—¿Algo más?

Baby bajó la mirada hacia su abierto maletín, para depositar allí la tarjeta postal.

—Generalmente, cuando una persona se suicida deja una nota, o alguna explicación por cualquier medio, indicando los motivos que la han impulsado a ello. Pero —miró de nuevo a Wallen— según parece, no es este el caso de su esposa.

—No… No, no encontré nada, no.

—Con lo que nos encontramos todos sin tener ni la más pequeña idea de los motivos que pudo tener su esposa… Bien, señor Wallen, no le molestamos más. Gracias por su comprensión.

Un minuto más tarde, Henry Wallen despedía a la señorita Montfort y a *Mr.* Cavanagh en la puerta de la casa. Frente a la cual,

en un coche, estaban esperando Simón I y Simón II. Los dos coches partieron, Wallen cerró la puerta, y, al volverse, se encontró con dos de sus amigos, mirándole interrogantes.

—¿Qué ocurre, Henry?

—Han venido a decirme que puedo disponer de todo para el sepelio. Perdonadme un momento: tengo que llamar a la funeraria.

—Hombre —protestó uno de sus amigos—, Peter y yo podemos encargarnos de eso. Tú no te…

—No, gracias, Mike. Yo mismo me encargaré de todo… Enseguida me reúno con vosotros.

—Como quieras.

Wallen volvió a su despacho. Llamó a una funeraria, con la que concretó los servicios de esta. Luego, marcó otro número, con gesto nervioso, rígido, mirando inquieto hacia la puerta del despacho.

—¿…?

—¿Teléfono rosa? —susurró Wallen.

—¿…?

—Henry Wallen. Quiero hablar con Berenice…

4

Finalmente, *Mr*. Cavanagh se dio por vencido. Volvió la cabeza hacia Brigitte, y masculló:

—Está bien: ¿qué hemos conseguido?

—Cuando lleguemos a la Central, quiero ver todo lo que tengamos en los archivos sobre Henry Wallen.

—De acuerdo. ¿Por qué?

—No me gustan las personas que juran.

—Todos juramos alguna vez.

—Lo sé. Es posible que incluso yo lo haya hecho. Pero si así ha sido, pues… no me gusto a mí misma.

—Pero tampoco le gusta Wallen —sonrió Cavanagh—. ¿Por qué?

—Vamos a considerar la realidad de tres personas —lo miró Brigitte—… Esas tres personas son Henry Wallen, su esposa Stella, James Potters, hermano de Stella. Ellos tres forman una reducida familia. Los Wallen no tienen hijos, y James Potters era soltero. Tres adultos inteligentes, que viven bien, tienen buen gusto y buena educación, un buen trabajo, buena reputación… No hay ninguna… manchita negra, ¿verdad?

—Aparentemente, no.

—Entonces… ¿por qué Stella Wallen quería hablar con su hermano del teléfono rosa y no le dijo nada de este teléfono a su marido, la tercera y última persona de su reducido círculo familiar? Y nada menos que su esposo. ¿Qué le sugiere esto?

—Que Stella Wallen confiaba más en su hermano que en su marido. O que quería decirle a su hermano algo sobre su marido, precisamente.

—Exacto. Puede ser cualquiera de esas dos cosas. Pero, si Stella Wallen confió en uno y no en otro, debemos pensar que sea lo que sea que esté ocurriendo, afecta a uno de los dos. Y si confiaba en su hermano… ¿a quién afecta la cuestión?

—Al marido —musitó Cavanagh—. Lo cual significa que Henry Wallen sabe lo que es el teléfono rosa. Lo cual, a su vez, significa que no debe de ser ajeno al asesinato de Potters y al suicidio de Stella, teniendo en cuenta que esta se mató con la pistola de él. Lo del suicidio parece cierto, ¿no?

—No. Menos que nunca. Si Stella se hubiese enterado de que habían asesinado a su hermano, quizá se hubiese visto acorralada por sus propios sentimientos hacia su marido, y hubiese optado por el suicidio. Quizás. Pero ella no sabía, a las siete, que su hermano había muerto, por la sencilla razón de que James Potters murió a las ocho, más tarde que ella. A las siete, Stella no solo no sabía, no podía saber esto, sino que estaba impaciente esperando la visita que hoy le haría su hermano. Y si estaba esperando esa visita que ella misma había pedido… ¿no es absurdo que se suicidase?

—De acuerdo. Pero solo ella pudo tomar la pistola de la caja fuerte.

—¿Por qué? ¿Porque yo no pude abrir la caja, lo cual significa que cualquier otro experto tampoco habría podido conseguirlo? Hay dos soluciones nítidas para esto. Una: yo habría podido abrir esa caja dedicándole unos cuantos minutos más; minutos de los que quizá pudo disponer el asesino para preparar adecuadamente el suicidio. Dos, y mucho más lógica y sencilla que la anterior: el asesino sabía dónde estaba la pistola y cómo abrir la caja. Esto, suponiendo que la pistola estuviese anoche en la caja fuerte, pues muy bien podía Henry Wallen haberla dejado en un sitio mucho más accesible, sin complicaciones.

—Eso significaría que Wallen colaboró en el asesinato de su esposa, y que estaba al corriente de que su cuñado iba a ser asesinado más tarde…, posiblemente por la misma persona que, tras matar a Stella, se desplazó a la capital, subió al apartamento de Potters, y lo acuchilló. Mientras tanto, Henry Wallen estaba departiendo tranquilamente con un grupo de amigos, hasta las diez, más o menos.

—Eso es lo que creo que ha ocurrido.

—Bueno, Brigitte…, como teoría está bien, pero no podemos estar seguros. Y deberemos tener mucho cuidado con lo que decimos y hacemos: Henry Wallen es un personaje importante en nuestra política.

—Para mí —musitó Brigitte—, James Potters era no menos importante que su cuñado.

—Está bien… ¿Vigilamos a Wallen?

—Día y noche. Tarde o temprano, él hará algo revelador… Mientras tanto, veamos qué encontramos de interesante en su expediente personal de nuestros archivos. Y claro está, también quiero examinar el expediente de James Potters…, y el de William Craigson.

—¿Craigson también?

—Ha dado la imagen perfecta del buen amigo, del compañero que pasa a buscar al otro para ir juntos al trabajo. Esto es lo que hace Frankie conmigo siempre que puede. Personalmente, me parece un detalle simpático de amistad. Pero Craigson pudo ser el asesino. Al parecer, no fue vista ninguna persona extraña al edificio… Claro que hemos de pensar que el asesino se las pudo arreglar perfectamente para conseguir esto, pues de lo contrario sería un estúpido. Pero no hay que desdeñar ninguna posibilidad: Craigson pudo entrar en el apartamento, recibido con toda naturalidad por Potters, matarlo, salir, y utilizar su ganzúa para entrar de nuevo y «encontrar» el cadáver.

—Usted no tiene piedad de nadie, Brigitte.

—¿Piedad? —Lo miró con una fijeza terrible Baby—. Me han matado por la espalda, cobardemente, a un Simón. Hablarme a mí de piedad en estas circunstancias, es como hablarle de álgebra a un ruiseñor: no entenderá nada.

* * *

Eran casi las siete de la noche cuando Brigitte Montfort, mientras consumía unos bocadillos en el despacho de *Mr*. Cavanagh, terminó de hacer sus anotaciones en tres cuartillas, cada una de ellas encabezada con un nombre; James Potters, William Craigson, Henry Wallen.

En cada cuartilla, había ido resumiendo los datos que le parecieron más importantes de cada uno de aquellos hombres, y luego se dedicó a cotejarlos. La conclusión fue que no había, o no parecía que hubiese, conexiones especiales entre ellos. James Potters había sido el clásico agente de acción, surgido de la nada,

impulsado por su patriotismo y su afán de una vida intensa, a partes posiblemente iguales. A los treinta y nueve años, ya un poco cansado, y sobre todo «quemado» por el espionaje internacional, había pedido un destino más tranquilo, y, sobre todo, más de acuerdo a las facultades que había ido desarrollando durante su actividad anterior a lo largo de doce años de muy buenos servicios, especialmente en Suramérica. Tras algunos tanteos, fue destinado, por fin, a una de las secciones de análisis de los informes que llegaban de los países suramericanos, y muy pronto quedó demostrado que, con James Potters, la CIA, desde el principio, había hecho una buena adquisición.

En esa sección de análisis, Potters conoció a William Craigson, entre otros agentes. Entre ambos hombres se estableció en el acto un trato cordial, que se convirtió muy pronto en auténtica amistad. William Craigson era de los llamados espía de «carrera», es decir, con una sólida formación de comprensión política, social y económica, cuya base estuvo en sus estudios universitarios. La CIA tuvo muy poco trabajo para perfeccionar a Craigson, que se mostró desde el primer momento como un experto en análisis. Al contrario que Potters, Craigson jamás había empuñado un arma para disparar contra otro ser humano. Era pacifico, cerebral, inteligente. Habría durado muy poco si le hubiesen enviado a cualquiera de las misiones que Potters había sabido resolver con su propia iniciativa en Suramérica. Con toda seguridad, cada uno de ellos había aprendido algo del otro durante los tres años en que habían estado trabajando juntos, lo que, con gran lógica, habría aumentado su amistad.

Henry Wallen.

Henry Wallen también procedía de la universidad, naturalmente. Diplomático de carrera con la solidísima base de sus estudios de Leyes en la universidad de Princetown y tras haber estado cuatro años como primer ayudante en una fiscalía. Paso a paso, sin un solo fallo, Henry Wallen había alcanzado el nada despreciable cargo de senador por el estado de Ohio, a los cuarenta y siete años. Luego, abandonó voluntariamente este puesto, para dedicarse con más libertad a los entresijos de la política internacional, hasta alcanzar un alto cargo en el Capitolio. Era una trayectoria fulgurante, casi increíble, pero allá estaba todo bien explicado.

Y por supuesto no podía haber error alguno en un expediente archivado por la CIA. No, al menos, en una cosa tan sencilla de averiguar cómo era la vida de un hombre público.

En cuanto a Stella Potters, había conocido a Wallen en una fiesta donde, precisamente, se iba a hacer objeto de una distinción al hombre que, aquella misma noche, al parecer, quedó enamorado de ella. De eso hacía veintitrés años, es decir, cuando Stella tenía veintiuno y el prometedor Henry veintisiete. Era más que posible que años más tarde, James Potters hubiese ingresado en la CIA imbuido por ciertas ideas patrióticas de Henry Wallen, su brillante cuñado.

Brigitte dejó a un lado las cuartillas, y se quedó con la mirada perdida en la noche, a través del ventanal del despacho de *Mr*. Cavanagh.

—Veintitrés años —musitó—… ¿Puedo admitir que un hombre que ha vivido veintitrés años con una mujer colabore en su muerte? ¿O que tan solo la apruebe o consienta? Y si debo admitir esto… ¿por qué lo ha hecho Henry Wallen? ¿Por qué ha consentido que matasen a su mujer y a su cuñado, en una sola noche, de este modo que casi me parece burdo…, o más bien precipitado?

El teléfono rosa. Si había sido por algo, había sido por el teléfono rosa.

¿Y qué era el teléfono rosa? Sí, sugería algo dulce, amoroso, feliz… ¿Algo relacionado con mujeres? Veintitrés años viviendo con la misma mujer podía cansar a cualquier hombre, cierto. Pero, existía el divorcio. Suponiendo que el teléfono rosa fuese algo así como… venta de amor por teléfono… ¿justificaba eso que fuesen asesinados James y Stella Potters? Un hombre de la educación de Henry Wallen, por otra parte, podía tener sus pequeños líos sexuales con tal discreción que su esposa no tenía por qué enterarse. Pero aunque se enterase… ¿la iba a matar por eso? ¿Y también a su cuñado?

Brigitte movió negativamente la cabeza, y se dedicó a terminar de consumir sus bocadillos.

Así la encontró *Mr*. Cavanagh cuando regresó a su despacho: sentada tras su mesa llena de papeles y comiendo el último bocadillo.

—No se mueva de ahí —dijo Cavanagh, sentándose en un sillón

delante de la mesa—. Es muy posible que cualquier día tenga que ocupar ese puesto, Brigitte.

—¿Para aburrirme como se aburre usted? —sonrió ella. Cavanagh bajó la mirada un instante.

—No siempre me aburro —murmuró—. También procuro que todo funcione bien en todo el mundo, y eso no me deja mucho tiempo para el aburrimiento.

—No sea tonto —exclamó Brigitte, atónita—… ¿Se está disculpando por no andar todavía por ahí como un agente cualquiera, ninguno de los cuales tiene menos de veinte años que usted? ¡Vamos, Simón, usted ya hizo su parte en ese terreno! Y le costó, entre otras heridas, una bala en la cadera, que le ha dejado cojo para siempre.

—Y pude quedarme allí, en aquel callejón de Buenos Aires, si una muchachita que entonces empezaba a correr mundo no hubiese aparecido como una gatita en lo alto de aquella tapia, pistola en mano…

—¡Qué hermosos tiempos pasados, ¿verdad?! Entonces, yo todavía tenía fe en la gente, y hasta en la CIA. Sí…, fueron unos hermosos tiempos que jamás volverán. Ahora, los dos somos más viejos, fríamente cerebrales, como computadoras…

—Eso sí que es una tontería —sonrió Cavanagh—. Usted, por mucho que se lo proponga, nunca será lo bastante «cerebral». Es inteligente, astuta, imprevisible…, pero nunca será lo bastante cerebral. No lo será hasta que, cuando le digan que un Simón ha muerto, se limite a tacharlo de sus listas de agentes disponibles. En el fondo, y usted lo sabe mejor que nadie, su corazón sigue mandando.

—Tonterías —refunfuñó Brigitte—… Soy una espía malvada, perversa e implacable, eso es todo. Y hablando de espionaje: ¿ha quedado todo dispuesto para tener controlado día y noche a Henry Wallen?

—Completamente. ¿Ha conseguido algo con esos expedientes?

—No. Habrá que buscar por otro lado.

—Pero eso será mañana —alzó las manos Cavanagh—. Por cierto: Wallen se ha comunicado conmigo, para decirme que el sepelio será mañana a las once. Nos ha invitado. ¿Irá usted?

—No lo sé. De momento creo que lo mejor será que descanse un

poco, en efecto. Algunas personas creen que pensar no es fatigoso, pero…

—Sus dos Simones de turno pueden llevarla a un hotel.

Brigitte se puso en pie, se estiró graciosamente, y señaló el sofá.

—¿Qué tiene de malo ese sofá?

—Usted debe de saberlo mejor que nadie, ya que ha dormido ahí varias veces. Yo voy a seguir trabajando, pero no la despertaré. Voy a quedarme esta noche en la Central. Si me necesitase para algo, estaré en uno de los dormitorios.

—Magnífico —suspiró Brigitte, tendiéndose en el sofá.

Mr. Cavanagh no se sorprendió en absoluto por el hecho de que, segundos después, Brigitte Montfort estuviese dormida. Se sentó a su mesa, y se dedicó a atender su trabajo habitual, dejando a un lado los expedientes, que, por supuesto, estaban en buenas manos…

Hacia las diez y media, Cavanagh se puso en pie, apagó todas las luces del despacho, menos la lamparilla de pie de un rincón, y tras permanecer de pie junto a Brigitte contemplándola casi un minuto, salió de su amplio lugar de trabajo. ¿Pensar no era fatigoso…?

Cuando se durmió, el jefe del Grupo de Acción Mundial de la CIA tenía una sonrisilla sarcástica en los labios. Posiblemente era solo una mueca hacia quienes creen que pensar no es fatigoso.

* * *

—Simón… Simón…

Mr. Cavanagh oyó la voz, muy lejana. Parpadeó varias vece antes de conseguir que sus ojos quedasen abiertos definitivamente. Acto seguido, se sentó velozmente en el lecho, y se quedó mirando a Baby, que estaba sentada en el borde, junto a él.

—¿Qué ocurre? —exclamó Cavanagh, con voz velada.

—Tengo algunas dudas que quisiera aclarar —sonrió Baby.

Cavanagh se pasó las manos por la cara. Luego, miró su reloj de pulsera. Eran las dos horas y cuarenta y seis minutos. Volvió a pasarse las manos por la cara, y se sentó sacando los pies del lecho, quedando junto a Brigitte.

—¿Qué dudas?

—He estado pensando que James y Stella Potters fueron asesinados por algo que sabían. Y sea lo que sea, quizás esté

relacionado con el teléfono rosa.

—Bien, sí… Sí, sí, de acuerdo.

—Le he traído café —sonrió de nuevo Baby—… ¿Quiere un cigarrillo?

—Las dos cosas.

Brigitte señaló la bandeja sobre la mesita de noche, donde estaba la cafetera con dos tazas.

Mientras Cavanagh echaba café en las tazas, ella encendió dos cigarrillos, uno de los cuales se lo cambió a su jefe por el café.

—¿Y qué podían saber los Potters? —Siguió Brigitte—. Empecemos por James: ¿qué sabía él?

Cavanagh reflexionó mientras bebía café, y luego mientras fumaba. Por fin, movió negativamente la cabeza.

—Sabía demasiadas cosas y no sabía ninguna —dijo—. Quiero decir que como miembro del equipo de analistas, estaba al corriente de toda la información que se recibía de Suramérica. Por ejemplo, llega a la Central el informe de que el Presidente X ha promulgado una Ley por la que ningún ciudadano de su país está autorizado a pescar en lanchas cuya potencia fiscal sea de más de veinte caballos de fuerza. Nuestros analistas reciben esa información de los agentes que tenemos destinados en ese país, y se ponen a estudiar el informe. ¿Por qué el Presidente X ha promulgado esa Ley? Puede ser porque en el país no se fabrican lanchas de esa potencia, y por tanto, se esté protegiendo la industria nacional, obligando a los pescadores a adquirir lanchas fabricadas en el país; o porque se tema que con una determinada cantidad de esas lanchas se pueda organizar un comando anfibio que pueda atentar en algún modo contra la fuerza naval del país; o porque esas lanchas sean demasiado rápidas para los Guardacostas nacionales; o porque, privadamente, el Presidente X haya hecho un arreglo personal con fabricantes de otro tipo de lancha que pretenden copar el mercado nacional; o porque…

—Bien. Eso es analizar los informes. Pregunto: ¿qué clase de informes analizaba James Potters? ¿Insignificantes? ¿Importantes? ¿Muy importantes? ¿Peligrosos?

—Bueno, eso nunca se sabe. Los informes, en principio, son tratados todos del mismo modo: se los estudia, eso es todo. Luego, pueden resultar importantes, peligrosos o insignificantes.

—¿James Potters estudiaba, analizaba, algunos informes determinados que pudiesen, finalmente, resultar peligrosos?

—No, no. Es decir, los analizaba, claro, pero también los demás analistas lo hacían. Lo que quiero decir es que lo mismo que pudiera llegar a saber Potters, podía saberlo Bill Craigson, y muchos otros analistas más.

—¿Cuántos?

—Pues… pongamos treinta y tantos.

—Entonces, Potters no hacía nada especial.

—No. Ni hacía nada especial, ni podía saber nada que no estuviese fácilmente al alcance de otros treinta y tantos hombres.

—Entonces, no lo mataron por eso. Habrían tenido que matar a treinta y tantas personas más. En cambio, solo mataron a otra persona más: su hermana. Estudiemos a Stella Wallen. ¿Qué podía saber ella?

—¿Stella Wallen? Nada. Bueno, nada que ciertamente no supiese su hermano y esos otros treinta y tantos analistas.

—Seguimos con lo mismo: no habría sido suficiente matar a los hermanos Potters por eso, habrían tenido que matar a muchas más personas. Entonces, tenemos que estrechar mucho más el círculo: los Potters sabían algo especial. Si era algo especial, ese informe no lo había conseguido Potters, que era un analista más en el grupo. Entonces lo consiguió Stella Wallen. Y para mí, eso está muy claro: Stella consiguió determinada información, en la que se menciona ese teléfono rosa. Y, tal como hablamos antes, no informó de ello a su marido, sino que escribió una tarjeta postal a su hermano, citándolo, asegurándose de que él acudiría. Esto implica que era Stella quien pensaba facilitar a su hermano James determinada información que había conseguido por su cuenta. Información que no pensaba comentar con su marido, sino con su hermano, un agente de la CIA. ¿No es sorprendente? Yo creo que Stella Wallen consiguió esa información de una de estas dos maneras. Una: fue su marido quien la puso al corriente de algo, y ella quiso comunicárselo a James Potters. Dos: ella la consiguió de su marido, pero sin que este se apercibiese. Una información sobre su marido que la asustó, y por ello quiso cambiar impresiones con su hermano James. Yo descarto la posibilidad de que Henry Wallen informase a su esposa de algo que más adelante podría obligarle a matarla o a

tolerar que alguien la matase. Así pues, solo nos queda admitir que Stella se enteró de algo que se refería a su marido, y que quiso decírselo a James Potters. Entonces: ¿qué pudo saber Stella Wallen que se refiriese a su marido?

—No tengo ni idea.

—Vamos a darle la vuelta al pastel —sonrió secamente la divina espía—: ¿qué podía saber Henry Wallen? ¿Qué podía saber que él no dijese a su esposa pero que ella acabase por saberlo?

—Henry Wallen puede saber muchas, muchísimas cosas.

—Pero que no se las diría a su mujer. Sin embargo, ella se enteró de algo, pese a que Wallen no se lo dijo. ¿Cómo se enteró Stella Wallen de lo que sabía su marido?

—¿Le oyó hablar por teléfono? —Respingó Cavanagh.

—Diana en el centro, señor. Ella oyó a Henry Wallen hablar por teléfono con alguien, y así, supo lo que sabía Wallen y que posiblemente este estaba comunicando a otra persona. ¿Qué podía ser que obligase a Stella a citar a su hermano? Algo importante. Algo que la asustase.

—¿Traición?

—¿Por qué no? Yo creo que Stella oyó a su marido hablando por teléfono, de tal modo que se mencionó el teléfono rosa. También oyó la información que su marido estaba facilitando a alguien. Entonces asustada, sin saber qué hacer, escribió a su hermano. Pero, nada de utilizar el teléfono, le pedía. Ven a verme. Quería hablar personalmente, cara a cara, con James Potters. No confiaba en el teléfono. Tenía miedo, en suma. Y ahora viene lo horrible: Henry Wallen se dio cuenta de que algo le ocurría a su esposa. Se dio cuenta de que ella estaba nerviosa, o asustada, o preocupada… ¿Qué hizo Wallen? Pues, presionar a su esposa, hasta que la obligó a decirlo todo. Sí…, Stella le dijo a su marido que había escuchado su conversación por teléfono, y que había pedido a James que fuese a verla para consultarle sobre lo que tenía que hacer. No le dijo que le había enviado una tarjeta postal, solo le dijo que le había pedido a James que fuese a verla. Si Stella hubiese mencionado la tarjeta postal, el asesino de Potters la habría buscado en el apartamento. Pero no lo hizo. Por lo tanto, no sabía nada de la tarjeta. Fue allá, mató a James Potters, y se marchó. Fin del asunto, teniendo en cuenta que antes había matado a Stella…

—Eso no podemos saberlo seguro, Brigitte.

—¡Lo sabemos seguro! —Insistió Baby—. ¡Tiene que haber sido así! Henry Wallen se asustó cuando supo que su esposa había escuchado determinada conversación entre él y otra persona. Después de obligar a Stella a confesar lo que sabía, se asustó mucho. Y, tal como había hecho Stella, él también pidió ayuda, consejo. Llamó a alguien, y le dijeron que no se preocupase, que se procurase un medio para llegar muy tarde anoche a su casa. Henry Wallen provocó esa reunión con algunos de sus compañeros, y mientras estaba con ellos, su esposa y su cuñado fueron asesinados.

—Por Dios… ¡Ojalá esta vez se equivoque, Brigitte!

—Le aseguro que a mí también me gustaría equivocarme. Pero hemos de convencernos, señor. Entonces, quiero saber si fue Henry Wallen quien propuso a sus amigos que se reunieran anoche o fue una casualidad. Y también quiero saber qué es lo que podía saber Henry Wallen que fuese susceptible de ser negociado por dinero o por cualquier otra cosa, y que, al facilitar esa información a otra persona por medio del teléfono, su esposa le oyese y comprendiese que estaba cometiendo traición. ¿Podemos saber todo eso?

—Supongo que sí. Lo de la reunión será bastante fácil, pues tenemos los nombres de los amigos que estuvieron con Wallen. Pero lo otro… Bueno, lo que sepa Wallen también lo sabrán otros políticos más o menos importantes que trabajen en el Capitolio.

—Estrecharemos más el círculo. Busquemos algo que Wallen sepa o haya sabido y que, según nuestros agentes, haya llegado a conocimiento de otros servicios de inteligencia. Ejemplo: si yo sé que la CIA va a bombardear París, y cuando los aviones de la CIA se están acercando a París por sorpresa, resulta que no existe tal sorpresa, sino que hay mil antiaéreos esperando a los aviones… ¿quién les ha facilitado la información a los de París?

—Usted.

—Quiero que Henry Wallen sea analizado en ese sentido. ¿Qué sabe o ha sabido él que luego haya resultado que también sabían otras personas que lógicamente no debían estar informadas?

—Me ocuparé de eso. ¿Cuándo quiere esos informes?

—Antes de que los dos vayamos al cementerio para asistir al entierro de James y Stella Potters.

—¡Es imposible! —exclamó Cavanagh.

—¿Por qué?

Mr. Cavanagh parpadeó. ¿Por qué? Eran apenas las tres de la mañana… Para obtener la información que Baby exigía tendría que despertar a la mitad de personalidades importantes de Washington, y movilizar una buena cantidad de personal de la CIA, hacer llamadas telefónicas, consultar archivos en el Capitolio, y posiblemente llamar a la Casa Blanca…

De pronto, se dio cuenta de que su mejor elemento mundial le estaba mirando fijamente, igual que una gatita miraría a un ratoncito tímido y preocupado por su suerte. Sí, había en el fondo de los azules ojos aquella chispa de malicia, de reto…, y de determinación. ¡Por todos los demonios! ¿Qué se había creído aquella mocosa que todavía no había nacido cuando él ya era un espía?

—Lo tendrá todo a las diez —dijo tranquilamente.

—En ese caso —sonrió con expresión traviesa la agente Baby—, ahora voy a dedicarme a dormir de verdad.

* * *

A las diez menos veinte de la mañana, Cavanagh entró en su despacho, con una gran carpeta bajo el brazo. Brigitte, que estaba de pie ante la ventana, fumando, se volvió, vio la carpeta, y luego miró los ojos de Cavanagh.

—Lo hemos conseguido —dijo, adivinando.

—Sí —asintió Cavanagh—. Medio Washington me está maldiciendo, pero lo hemos conseguido. En teoría usted tenía razón.

—¿Henry Wallen ha vendido secretos de Estado?

—No es seguro. Pero la posibilidad existe. Hay tres casos en los que, sabiendo lo que sabía él y lo que llegaron a saber otros servicios de información, se puede pensar que Wallen vendió secretos. Ahora bien, pudo ser otro político el que los vendiese, ya que esos secretos no solo los conocía Wallen, sino también otras personas.

—Entonces, ya no eran secretos. Está bien, vamos a admitir que esos secretos pudo venderlos Wallen u otro cualquiera. Ahora, de esos tres casos, busquemos el más claro, el que mejor apunte a Wallen o el que permita con más facilidad una información que nos

permita saber si fue él quien vendió el secreto en cuestión… ¿Tenemos un caso así?

—Lo tenemos. Pero insisto en que…

—Vamos a comentarlo. Después, decidiremos.

Se sentaron juntos en el sofá. Cavanagh separó uno de los expedientes, que puso en las manos de Brigitte.

—Este es el más claro. Hace nos cinco meses, nuestro Gobierno intervino en una cuestión interior de un país suramericano llamado Andinia, cuyos nitratos costeros nos interesaban mucho. Andinia estaba al borde de una guerra civil, que lógicamente habría ocasionado el caos en el país, lo cual no nos convenía. Por lo tanto, la CIA, a petición de la Casa Blanca, buscó una solución… La solución no le va a gustar a usted.

—Me lo temía. ¿Cuál fue?

—Bien. La CIA, siempre buscando el beneficio para Estados Unidos, estudió un proyecto a corto plazo que implicaba la partición de Andinia en tres países diferentes. A cada uno de esos proyectados países se le hacia una oferta de ayuda económica muy interesante. Cada uno de los pequeños gobiernos que la CIA sugería tendría autonomía total, por supuesto, y cada uno de los presidentes propuestos, tras estudiar aquella solución que evitaba una guerra civil y que los iba a enriquecer a todos, estaba dispuesto a aceptar. Entonces, surgió en escena Guillermo Nájera.

—¿Quién es ese?

—Era y sigue siendo el jefe del servicio secreto de Andinia. Es un hombre joven, al que la CIA no supo valorar debidamente. Fue el gran error. Guillermo Nájera informó por separado a los tres propuestos presidentes de que lo que la CIA pretendía era ni más ni menos que dividir el país para debilitarlo, y acto seguido, uno por uno, controlar solapadamente los tres países.

—¡Qué gran calumnia!

—No fue una calumnia —masculló Cavanagh—: eso era lo que Estados Unidos pretendía, ni más ni menos.

—Increíble —exclamó irónicamente Brigitte—. Bien: ¿cómo se enteró Guillermo Nájera de esos proyectos norteamericanos?

—Hay un grupo de personas que pudieron venderle ese secreto a Nájera. Y entre esas personas, está Henry Wallen. Los otros dos casos son similares, pero menos claros. Aquí, es segurísimo que

Wallen estaba al corriente de todo. Pero insisto: también lo sabían otras personas. Pudo ser cualquiera de ellas. Y claro está, no podemos acusar a Wallen basándonos solamente en esto. Es obvio que lo negará, y no podríamos probar de ninguna manera que miente.

Brigitte se pasó un dedito por el hoyuelo de la barbilla, pensativa.

—¿Qué sabemos de Guillermo Nájera? —preguntó.

—Un tipo de cuidado. Joven, arrogante, desconfiado, Poco amigo desde entonces de escuchar ninguna propuesta de Estados Unidos, y, en general, un buen director de agencia de espionaje…, dentro de su categoría, claro.

—¿Tenemos hombres en Andinia, naturalmente?

—Sí, algunos.

—¿Le parece factible que Nájera escuchase la oferta de un Simón para que él y yo nos encontrásemos en el sitio que él mismo eligiese?

—¿Pretende usted convencer a Nájera para que le diga si fue Henry Wallen quien le informó de aquel asunto?

—¿No le parece posible?

—Esto parece un juego de preguntas. ¿Posible? Tratándose de usted, no me atrevería a afirmar que es imposible. Digamos, pues, que lo considero poco probable. Ahora bien, Nájera no es ningún imbécil intransigente: si le dicen que una persona importante de la CIA quiere hablar con él, acudirá a la cita. Y cabe la posibilidad de que tengamos algo que ofrecerle a cambio de esa información.

—¿Por ejemplo?

—No sé. Pensaremos algo. ¿Quiere que intente concertarle esa cita con Nájera?

—Sí. Donde él quiera, como quiera y cuando quiera… pero cuanto antes mejor.

—De acuerdo. ¿No le parece que nos estamos tomando demasiadas molestias, Brigitte?

—No. La pieza es demasiado grande para cometer equivocaciones.

—¿Demasiado grande? ¿No le está dando demasiada importancia a un simple traidor como quizá resulte ser Henry Wallen?

—Dígame una cosa, señor: ¿usted cree que el teléfono rojo entre Moscú y Washington es atendido solamente por una persona?

—Claro que no —se sorprendió Cavanagh—. Todos sabemos que ese teléfono, es un gran complejo de teletipos, en realidad… ¡Dios!

—Vea la similitud —sonrió Baby—… Teléfono Rojo, y Teléfono Rosa. Hay un teléfono con el que Henry Wallen está en contacto. Ahora bien: ese teléfono al que incluso se le ha puesto un nombre, ¿funciona solo para Henry Wallen? ¿Y lo atiende una sola persona? ¿O es algo tan complejo como el Teléfono Rojo, y, en ese mecanismo complejo, Wallen es solo una pieza? Yo me inclino a creer esto último. Pero, pensemos en el nombre: Teléfono Rosa. A mí, la mención de este color continúa sugiriéndome amor, vida feliz, buenas relaciones, alegría, paz, satisfacción general… Si alguna vez se me ocurriese instalar una… agencia de consejos benefactores por teléfono, haría la publicidad instando a la gente a llamar al teléfono rosa. ¿Quiere resolver sus problemas, necesita aliento en la vida, desea conocer personas amables que le ayuden, se siente falto de amor…? ¡Llame al teléfono rosa, y sus problemas serán resueltos en un abrir y cerrar de ojos! Teléfono rosa, teléfono del amor y la esperanza… ¿Le parezco exagerada?

—Ya no lo sé —sonrió Cavanagh—. Pero todavía me queda una pregunta: si ese teléfono rosa es el teléfono del amor y la esperanza… ¿encaja con los asesinatos de James y Stella Potters? Lo de la vida color rosa, lo del amor color rosa, me parece todo muy bien, Brigitte, pero… ¿y los asesinatos? ¿Han sido asesinatos… por amor?

Brigitte se quedó mirando sus manos, fruncido el ceño.

—No lo sé. Dé órdenes para que me consigan esa entrevista con Guillermo Nájera…, y vámonos ya, o llegaremos tarde el cementerio.

—Está olvidando un detalle.

—¿Cuál?

—Respecto a si fue o no fue Wallen quien provocó la reunión de anoche con algunos de sus amigos.

—¿Fue él?

—Sí. Supongo que no la sorprende.

—No demasiado. Y vámonos. —Brigitte miró con impaciencia su relojito—… No quisiera llegar tarde a decirle adiós a un

compañero… que ya no puede oírme.

5

Por supuesto que no llegaron tarde al entierro.

Un entierro multitudinario. Teniendo en cuenta la personalidad política de Henry Wallen, esto no era de extrañar. Había tantas personas que Brigitte pudo conseguir con cierta facilidad pasar desapercibida, a excepción de algunos conocidos, en especial de la Casa Blanca y del Pentágono.

El reverendo Mulford fue el encargado de despedir de este valle de lágrimas a los hermanos Potters, sin que en ningún momento se pronunciase la palabra «suicidio», lo que reflejaba muy bien el poder de ciertos organismos, y su capacidad de discreción. Como fuese, estaba claro que Henry Wallen había conseguido, utilizando sus grandes resortes, que todo pareciese normal con respecto a su esposa. Quizá la explicación oficial fuese la de un ataque al corazón, aunque, en el fondo, era poco probable que la prensa dejase de estar al corriente de la verdad.

Una verdad que, sin embargo, permaneció muda.

En aquella hermosa mañana de sol otoñal, Brigitte Baby Montfort asistió, una vez más, al entierro de un compañero de la CIA. Inmóvil, inescrutable el rostro, su mente estuvo a ratos atendiendo las palabras del reverendo Mulford y a ratos atendiendo sus propios pensamientos. Bien estaba hacer el panegírico de unas personas que habían dejado este mundo… Bien estaba. Los buenos deseos para que en el Más Allá tuviesen una mejor «vida», eran dignos de encomio. Pero, en el Más Acá, en la Tierra, la señorita Montfort quería hacer algo más por James «Simón». Potters.

Y todo lo que podía hacer era vengarlo.

¿Valía la pena?, se preguntó una vez más la espía. James Potters había muerto, asesinado, víctima del odio, la ambición, la mentira, la represalia… Fuese lo que fuese, estaba muerto. Y la venganza de su muerte… ¿qué aportaría de bueno a James Potters, o a la agente

Baby, o a la CIA, o a nadie, en fin? Con aquel deseo de venganza, Brigitte sabía que se ponía a la altura, o mejor aún, que descendía hasta los niveles mentales y morales de quien había asesinado a Potters, o de quien había ordenado su muerte. Sin duda alguna, la venganza es siempre un descenso moral. Perdonad, y seréis perdonados.

Perdonad y seréis perdonados… Sí.

¿Acaso no era mejor esto que cobrar ojo por ojo y diente por diente?

Pero en aquel caso, el perdón implicaba dejar impune un asesinato. La guerra es odiosa. Cualquier tipo de violencia es odiosa Pero hasta cierto punto, considerando que todos somos humanos, matar para no ser muerto tenía una razonable explicación. El instinto de supervivencia es el más fuerte en el ser humano: si no mato, me matan Luego, tengo que matar para vivir.

¿Había sucedido esto con Potters y su hermana Stella? No, en el aspecto físico inmediato, pero seguramente sí en el temor de Henry Wallen, o de quien estuviese dirigiendo el teléfono rosa. El teléfono rosa… ¿Qué podía ser el teléfono rosa?

De pronto, Brigitte Montfort alzó la cabeza, al mismo tiempo que se daba cuenta de que estaba inquieta, desasosegada. Y también casi al mismo tiempo, supo por qué estaba inquieta: se había dado cuenta de que la estaban mirando fijamente.

Con gran cuidado, movió la cabeza a derecha e izquierda, buscando aquella mirada que sentía penetrar en ella. No era la primera vez que le ocurría, ni mucho menos. Y pese a que no vio a nadie que la estuviese mirando con atención, supo que así era, o que así había sido hasta que ella alzó la cabeza.

—… En la vida eterna que nos ofrece el Señor. Nunca es grato despedir a un hermano que nos abandona para siempre, pero pensemos que los designios…

Brigitte volvió a bajar la cabeza, y se concentró en localizar aquella mirada. ¿Desde dónde la estaban mirando? La primera sensación, aunque fuerte, había sido vaga, incierta. Sabía que la habían estado mirando, pero no desde dónde, ni mucho menos, quién. Si se concentraba, quizá lograría «percibir» de nuevo aquella mirada.

Y la percibió.

Pero esta vez no alzó la cabeza de pronto. Solamente alzó un poco los párpados, entornados, como protegiéndose los ojos del sol.

Entonces vio a la mujer rubia que la estaba mirando, y que, enseguida, bajó sus párpados. La distinguió por detrás de dos hombres vestidos de oscuro, de gesto grave.

Muy bien: ahora le tocaba a la otra mujer sentirse mirada, y Baby no pensaba disimular esto. Su mirada quedó terriblemente fija en la rubia, con tal intensidad que a los pocos segundos la rubia no tuvo más remedio que mirarla a su vez.

Durante un segundo, ambas miradas parecieron chocar con realidad física. Los grandes ojos azules quedaron fijos en aquellos otros, también grandes y hermosos, de un color como de plomo fundido, de un gris claro, limpio. Sí, eran unos hermosos ojos y una hermosa mujer. Brigitte no podía verle el cuerpo, pues quedaba oculto tras los dos hombres, pero veía suficiente. Era una mujer alta, sin duda alguna muy bien formada, elegante… No debía de tener mucho más de treinta años.

—… Para siempre en Su Reino. Amén.

Hubo un leve movimiento general, se oyeron suspiros, el crujir de la tierra bajo los zapatos. La rubia, que había bajado la mirada, dio media vuelta y comenzó a alejarse.

Brigitte notó el contacto en su brazo, y vio la mano de Cavanagh en él.

—¿Vamos a despedirnos de Wallen, o no desea hacerlo?

—Un momento —musitó Brigitte.

Se alejó de Cavanagh, en pos de la rubia. El grupo se iba disolviendo, ya no era tan compacto. Había allí demasiada gente, pero entre unos y otros, Brigitte fue viendo a la rubia, alejándose hacia la salida del cementerio. No se había equivocado, no. Era alta, de figura espléndida, elástica. Caminaba con paso rápido, pero no daba la sensación de apresurado. Y sin embargo, Brigitte sí tenía que apresurar su paso para no perder la distancia.

La rubia de los ojos color de plomo fundido volvió la cabeza, agitando sus brillantes cabellos bien cuidados. Hubo de nuevo un choque de miradas, brevísimo, porque Brigitte desvió la suya rápidamente, así como la dirección de su marcha, aunque sin grandes esperanzas de engañar a la rubia.

Había algo en aquella mujer…, algo que hacía sentir a Baby un

frío repeluzno, como un escalofrío. Cuando la otra siguió su camino hacia la salida, la divina espía reanudó la persecución. Ni siquiera sabía por qué lo hacía.

Quizá, por el hecho de que la otra la hubiese estado mirando con aquella fijeza, como queriendo grabar la imagen de Brigitte Montfort en sus ojos, en su mente. ¿La conocía? Lo cierto era que ella no conocía a la rubia, estaba segura.

Muy pronto, la rubia salió del cementerio, y entonces, ya fuera de su alcance visual, Brigitte apretó el paso hasta casi correr por entre las tumbas adornadas con parterres…

Cuando salió del cementerio, comprendió en el acto que la rubia también había corrido al estar fuera de su alcance visual. De otro modo, era imposible que ya hubiese llegado al coche en el que estaba entrando. Por un instante, Brigitte quedó como clavada al suelo, contemplando de perfil a aquella mujer de fría belleza y senos grandes y pujantes. Inmediatamente, el coche partió, y la espía estuvo a punto de cometer un error al pensar en ir al de Cavanagh y partir en su persecución. Seguramente, no habría logrado llegar, por entre la masa de gente que salía del cementerio al coche de Cavanagh, ponerlo en marcha, y salir de allí sorteando otros vehículos que también se disponían a marchar, y que estaban efectuando maniobras… Así pues, la azul mirada de Brigitte Montfort pareció clavarse en la placa de la matrícula de aquel coche.

Luego, dio media vuelta, y regresó hacia el interior del cementerio…, mirando a Cavanagh, que se acercaba a ella, cojeando de aquel modo tan característico, con una chispa de preocupación en sus inteligentes ojos.

—¿Qué ocurre?

—Vamos a tener que buscar una matrícula. ¿Se fijó en la mujer rubia?

Cavanagh se desconcertó.

—¿En cuál de ellas?

Brigitte asintió, resignada. No podía esperar que todos se fijasen en las mismas cosas en que se fijaba ella.

—No tengo el menor deseo de hablar con Henry Wallen —dijo—. Volvamos a la Central.

—Pero… ¿ha ocurrido algo?

—No lo sé. Necesitaremos un dibujante, para que nos haga un retrato que le dictaré.

—Muy bien.

Cincuenta minutos más tarde, Cavanagh y Brigitte entraban en el despacho del primero, que fue directo a su mesa, se sentó, y pulsó una tecla del intercomunicador.

—Cavanagh —dijo—. Necesito inmediatamente en mi despacho al mejor dibujante disponible.

—Sí señor.

—Brigitte estaba sentada en un sillón, encendiendo un cigarrillo. Tenía la imagen de la rubia tan fielmente grabada en su mente como si fuese una auténtica fotografía.

—Quizás habríamos hecho bien preguntándole a Wallen si la conocía —dijo Cavanagh—. Cabe la posibilidad de que sea una amiga de su esposa, o alguna conocida, lógicamente. De otro modo, ¿por qué habría asistido al entierro?

—Para verme a mí —replicó Brigitte.

Cavanagh parpadeó, atónito. En aquel momento, sonó la llamada a la puerta. Cavanagh autorizó la entrada, y apareció un hombre, que tras dirigir una sonriente mirada a Baby se dirigió a su jefe.

—Perdone, señor, pero he sabido que acababa de regresar, y he pensado que querría saber cuanto antes lo que tenemos sobre Guillermo Nájera.

—Desde luego. ¿Ha aceptado?

—No ha sido posible el contacto en Andinia. Nájera está de vacaciones.

—¿Cómo, de vacaciones? —exclamó Cavanagh—. ¿Un jefe de servicio secreto en vacaciones?

—Debería usted aprender de él —sonrió Brigitte—. En cuanto a mí, Guillermo Nájera me está resultando simpático. ¿Trae ahí las fotografías de él, Simón?

—Así es.

Brigitte tomó la carpeta, y desdeñando el informe mecanografiado sobre Nájera, miró las diferentes fotografías que la CIA tenía en sus archivos, unas en primer plano y otras de cuerpo entero. No era muy alto, ni tampoco guapo. Debía de medir alrededor de metro setenta, calculó Brigitte. En cuanto a su rostro,

era en verdad peculiar, muy fácil de identificar. Tenía la boca y las orejas grandes, el cabello muy corto, los ojos oscuros…, y, sobre todo, destacaba en su rostro un abundante picado de viruelas, o algo parecido… Pero no. No se trataba de que Nájera había tenido la viruela. En su expediente se indicaba que las señales de la cara eran debidas a una descarga de perdigones que había recibido siendo un muchacho. Y finalmente, Guillermo Nájera tenía algo que hizo sonreír a Brigitte: la más nítida expresión del granujilla astuto.

—Me gusta —aseguró—. ¿Dónde está de vacaciones?

—En Nassau. Parece que son las primeras que se toma en cuatro o cinco años.

—En las Bahamas… Vaya, parece que ha decidido pasarlo en grande, ¿verdad?

—Podemos comunicar con Nassau para que nuestros hombres de allí le hagan la propuesta.

—No… Yo iré a verlo a Nassau. ¿Sabemos en qué hotel está?

—Claro. En el Prince George.

—Consíganme reserva para el primer vuelo directo a las Bahamas, y si es posible, una habitación en el Prince George. Pero no vaya todavía, Simón —Brigitte tomó una cuartilla de la mesa, y anotó la matrícula del coche de la rubia—… Busquen este coche. Seguramente, pertenece a una mujer, cuya foto-robot les voy a facilitar muy pronto. Si la localizan durante mi ausencia, no hagan nada. Solo quiero saber quién es, a qué se dedica, con quién se relaciona… Lo habitual. Y claro está, no la pierdan de vista desde el mismo momento en que la encuentren.

—Muy bien. ¿No necesita usted un caballero de compañía, para ir a Nassau?

—La idea es buena —sonrió Baby—, pero quizá la pongamos en práctica en otra ocasión. Ahora estamos trabajando.

—Sí —murmuró el agente.

En la puerta se cruzó con el dibujante, que tras saludar y acomodarse en la mesa de Cavanagh, se quedó mirando expectante a la espía más admirada de la CIA.

Y del mundo…

—Rostro ovalado, un tanto largo —comenzó Brigitte—. Cabellos rubios, de longitud media, peinados al natural. Ojos grandes y un poco alargados. Mandíbula…

—Veinte minutos más tarde, Baby daba su aprobación al retrato-robot, del cual encargó veinte copias para *ahora*. El dibujante asintió, y abandonó el despacho. Cavanagh, que mientras Brigitte se dedicaba al dictado del rostro había atendido unas llamadas por el intercomunicador, señaló el aparato.

—Vuelo 209, de la American Airlines, con destino a Nassau, Bahamas, sale a las catorce y veinte del John Foster Dulles. Tiene el tiempo justo de almorzar y salir para allá. Hotel Prince George, habitación 305, reservada.

Brigitte movió la cabeza, con gesto aprobativo.

—En mi opinión, la CIA es un arma de doble filo —dijo—. El truco consiste en saber utilizarla. La lástima es que no todos sabemos hacerlo. ¿Qué le parece si almuerzo en el aeropuerto, para asegurarme de que no voy a perder ese vuelo?

—Lo siento porque me pierdo su compañía —sonrió Cavanagh—, pero, como siempre, usted tiene razón. Simón y Simón la llevarán allá.

—Eso es lo que yo llamo una buena compañía —dijo Brigitte poniéndose en pie—. ¿Qué puedo ofrecerle a Guillermo Nájera a cambio de su amabilidad informativa?

—Dígale que los rusos están gestionando la «compra» de dos miembros del Gabinete de su Gobierno. Los nombres son Ataulfo Romanes y Cecilio Armenteras.

—¿Eso es verdad?

—Naturalmente.

—¿Y qué estamos haciendo nosotros al respecto?

Cavanagh sonrió astutamente:

—Se lo decimos a Nájera. Con eso bastará.

—Eso quiere decir que de todos modos habríamos informado al Gobierno de Andina.

—Sin duda alguna.

—Dios bendito… En fin, así es el juego, y así hay que jugarlo. Espero estar de vuelta mañana.

—Amén —susurró Cavanagh.

* * *

El primer aviso impartido por medio de los altavoces para los

señores pasajeros del vuelo 209 de la American Airlines con destino a Nassau, sorprendió a Brigitte en el acto de encender un cigarrillo, ya terminado el almuerzo en el *snack* del aeropuerto. Frente a ella, Simón I y Simón II la contemplaban embobados. Todo estaba arreglado, el equipaje en el avión, todo… Así que podían dedicarse con toda tranquilidad al placer de mirar a la reina del espionaje mundial.

—Vaya —exclamó esta—… ¡Ni siquiera he tenido tiempo de fumarme un cigarrillo!

—Su salud sale ganando con ello —dijo Simón I.

—Eso es bien cierto. Como diría nuestro amigo Nájera, «no hay mal que por bien no venga». Bueno, creo que pueden regresar ya a la Central. Yo voy a lavarme las manos y tomo ese avión en…

—Nosotros no nos separamos de usted hasta que despegue el avión —dijo Simón I.

—Lo cual significa que no me guardan rencor por haber encontrado la tarjeta postal en el apartamento de James Potters y haber sido luego un poco sarcástica con ustedes.

—Nosotros, lo que le guardamos a usted para siempre, es nuestro corazón —dijo Simón II.

Se echaron a reír los tres, aunque sintiéndose culpables de algo, en el fondo. Había muerto un agente de la CIA, asesinado. ¿Se podía reír? Baby demostraba que sí, pero, al mismo tiempo, partía hacia las Bahamas, en busca de la verdad. Si la conseguía, si Henry Wallen resultaba realmente culpable… Si Wallen era culpable, no habría juicio con jurado, eso lo sabían los tres.

—Puesto que tanto me quieren —dijo Brigitte—, les voy a permitir demostrarlo: paguen la cuenta.

Tomó su maletín, y se dirigió hacia los lavabos del aeropuerto.

Cuando entró, no había ninguna otra mujer utilizando aquel servicio. Dejó el maletín en el suelo; abrió el grifo, y puso las manos bajo el agua. Le gustaba el agua fresca, aunque hiciese frío. Hizo bascular el recipiente de jabón líquido, y se echó un chorrito en las manos.

¿Y si Guillermo Nájera se mostraba intransigente? No parecía probable, puesto que tenía cara de auténtico espía granuja, esto es, de hombre muy adaptado a la profesión. ¿Quieres saber algo, colega? ¿Te interesa un informe? Muy buena idea: ¿qué me das a

cambio? Informe por informe, amigo mío, así de simple.

«De todos modos —reflexionó Brigitte, enjabonándose las manos—, me lo dirá. Me lo dirá aunque tenga que convencerlo a las malas. En realidad, demostrará ser un tonto si no acepta un convenio con la agente Baby…».

La atención de Brigitte se distrajo al abrirse la puerta de los lavabos para señoras. Entró una mujer, a la que miró con indiferencia por el espejo, si bien, como era instintivo en ella, la fotografió con la mirada: gruesa, cabellos grises, lentes de miope, vestida con vulgaridad. Se fue directa a uno de los lavabos, abrió el grifo y volvió la cabeza hacia Brigitte.

—Ni siquiera hay agua caliente —refunfuñó.

—No, no hay —contestó Brigitte, por cortesía.

Con las dos manos, tomó la toalla giratoria por los bordes y tiró de ella, para sacar una porción seca.

¡Agua caliente!

¿Acaso aquella señora pensaba tomar un baño? Si lo que quería…

—¡Y el jabón se ha terminado! —exclamó la otra.

Brigitte volvió la cabeza, y señaló con la barbilla el lavabo que acababa de utilizar.

—En este lavabo hay jabón, señora.

—Ah, sí… Gracias. Es terrible esto, ¡todo funciona cada día peor! Recuerdo que hace unos años, cuando…

Brigitte no le hacía demasiado caso. Dedicó su atención a terminar de secarse las manos, distraída, reanudando sus pensamientos sobre Guillermo Nájera, vuelta casi completamente de espaldas a la mujer, que seguía hablando. Estaba hablando, pero, en una fracción de segundo, Brigitte se dio cuenta de que no oía el ruidito del recipiente de jabón líquido al ser movido; ruidito que ella sí había oído antes. Algo así como un «cli-cli-clic-clic»… Seguramente fue esto lo que la impulsó a mover la cabeza hacia la mujer. O quizá fue aquella extraordinaria facultad de presentir los peligros, aquella poco común señal de alarma que tantas veces había sonado en su mente… Como fuese, volvió la cabeza.

Y tuvo el tiempo justo de saltar hacia un lado, lanzando una exclamación, mientras la navaja que se habría hundido en sus riñones pasaba rozando su costado izquierdo, lanzando destellos.

La otra mujer lanzó una sorda exclamación de rabia, y, llevada por el impulso fue a dar contra el lavabo, conteniendo el golpe apoyando la palma de la mano izquierda en el espejo.

Y fue por el espejo que vio a Brigitte recuperar rápidamente el equilibrio, regresar hacia ella, y lanzar un terrible *shuto* con la mano derecha, hacia su cuello. El *shuto*, golpe dado con la mano rígida, como si esta fuese un sable, es uno de esos golpes que utilizan los karatekas para romper ladrillos, por ejemplo, o perforar tabiques con las puntas de los dedos. Si hubiese alcanzado a la mujer la habría fulminado en el acto, posiblemente matándola. Pero, la mujer de los cabellos grises separó rápidamente su mano izquierda del espejo, interponiéndola en el camino de la derecha de Brigitte. El golpe chascó contra el hueso del antebrazo, con la suficiente fuerza para haber roto el hueso.

Pero no. El hueso no se rompió, y la asesina lanzó el brazo hacia el exterior, golpeando a Brigitte en la barbilla tras detener el golpe.

El suyo fue tan violento que Brigitte salió despedida hacia atrás, y fue trastabillando hasta la pared que formaba ángulo con la de los lavabos. Allí, chocó de espaldas, y cayó de rodillas. Apoyó las manos en el suelo, alzó la cabeza, y vio a la otra cargando hacia ella, con la navaja por delante. No intentó de ninguna manera ponerse en pie: se limitó a saltar hacia un lado como lo haría una gata, impulsándose con las manos y las puntas de los pies.

Un salto perfecto y oportunísimo. La otra llegó a la pared, chocó contra ella, y cayó sentada al suelo, perdiendo la navaja. Se revolvió ferozmente en su búsqueda…, pero todo lo que encontró fue el pie derecho de Baby, que le acertó en la punta de la barbilla y la tiró de espaldas.

En el interior de los lavabos se oía en aquel momento la segunda llamada para los señores pasajeros del vuelo dos-cero-nueve con destino a Nassau, Bahamas… Pero aquel vuelo le importaba bien poco a Baby, en aquel momento.

Su movimiento reflejo fue saltar sobre la mujer ahora desarmada. Un movimiento reflejo basado en su seguridad de que, en el suelo, llevaría sin la menor duda todas las de ganar. En una lucha de pie, un judoka es muy mal enemigo: puede proyectar a su adversario a cuatro o cinco metros de distancia por encima de su cabeza, elevándolo quizás a no menos de dos metros: la caída tras

esa proyección suele poner punto final al combate, o poco menos. En el suelo, un judoka es todavía peor enemigo: en un segundo, puede conseguir inmovilizar al contrario, o romperle la cabeza contra el suelo, o partirle un brazo como si fuese una simple cañita; o, alargando más la cuestión, puede conseguir una estrangulación que en muy poco tiempo termina con la vida del adversario…

Con todas estas posibilidades a su favor, Brigitte no vaciló ni un instante en saltar sobre la mujer miope.

Como una gata, cayó sobre ella, la prensó con su cuerpo contra el suelo, bloqueó sus brazos con las rodillas por encima de la cabeza, y… y recibió un espantoso golpe con una rodilla en el centro de la espalda, que la tiró de bruces por encima de su adversaria.

Se revolvió, se puso en pie, y vio ante ella la imagen borrosa de aquella poderosa enemiga. Al mismo tiempo, recibía un golpe entre los senos, que la hizo retroceder tres o cuatro pasos, a punto de caer. Como a través de una niebla, gris, casi negra, vio de nuevo a la otra mujer, acercándose. Sacudió la cabeza, y la imagen se aclaró.

A través de los gruesos cristales, vio los ojos, empequeñecidos, de color… de color gris, de color como de plomo fundido… Los vio acercarse, caer sobre ella… Vio el brazo en alto. Entonces, detuvo el golpe con su antebrazo izquierdo, giró hacia la derecha asiendo aquel brazo, y su derecho pasó bajo la axila de la otra, siempre tirando de su brazo derecho, e inclinándose hacia delante…

Fue un *ippon seoi nage* perfecto. Absolutamente digno de un cuarto *dan* de judo. La mujer pasó por encima de la cabeza de Brigitte, fuertemente proyectada, y fue a dar de espalda contra la pared, cabeza abajo. Cayó, rebotó, y se puso en pie, con la velocidad de un relámpago, obligando a Brigitte a lanzar una exclamación de sorpresa y espanto…, que se cortó cuando la mujer volvió a la carga, con una tenacidad escalofriante.

Aterrada, todavía con la visión turbia, Brigitte Montfort vio acercarse aquellos pechos henchidos, que parecían a punto de saltar fuera del vestido, palpitantes, agitados. Uno de los puntos más débiles de la mujer. Echó hacia atrás la mano derecha, cerrada, dispuesta a aplastar aquellos pechos con un *ura tsuki* capaz de perforar un tabique corriente.

Disparó el puño.

Y encontró el vacío, mientras la mujer, pasando por su lado, descargaba un golpe hacia atrás en su nuca, derribándola nuevamente de bruces. Como en una pesadilla, Brigitte oyó el jadeo enloquecido, furioso, rebosante de odio de la otra mujer:

—¡Cerda…!

Tras deslizarse por el suelo, se volvió. Le zumbaban los oídos, no veía bien…

Ante ella, en el otro extremo de los amplios lavabos para señoras, la mujer se estaba inclinando. Cuando se irguió la navaja brillaba en su mano. Otra vez sacudió Brigitte la cabeza. Muy cerca de ella, estaba su maletín, ahora caído de lado. Saltó hacia él, abrió con veloz gesto el cierre, y sacó la pistolita de cachas de madreperla.

Alzó la mano… Plof, disparó.

Oyó la exclamación de la mujer, y más allá, el impacto de la bala contra uno de los azulejos de la pared, que saltó en brillantes partículas.

La mujer le había vuelto la espalda, y corría hacia la puerta. Brigitte apuntó a su espalda, y disparó de nuevo.

Plof.

El gemido profundo de la mujer llegó claramente a oídos de Brigitte, pese a que el zumbido persistía en ellos. La vio encogerse, tambalearse…, y salir apresuradamente de los lavabos.

Baby se puso en pie, y echó a correr detrás de la mujer.

Al segundo siguiente, se encontró tendida de bruces en el suelo una vez más, sin ver nada, zumbándole aún más los oídos, dándole vueltas la cabeza. Consiguió ponerse en pie, y quedó tambaleándose como podría hacerlo una persona ebria. Sabía que si intentaba correr volvería a caer. Deslizó la pistolita en el escote, llegó a trompicones a uno de los lavabos, abrió el grifo, y tomó agua con las manos, echándosela a la cara. Luego, se quedó quieta, sujetándose con ambas manos al lavabo, cerrados los ojos…

En pocos segundos, el zumbido cesó, la cabeza dejó de darle vueltas. Abrió los ojos, y contempló su demudado rostro en el espejo que tenía ante ella.

Suspiró profundamente, y le pareció que una lanza atravesaba su pecho.

Se echó unos puñados más de agua a la cara, ordenó sus cabellos, y recogió el maletín, guardando en él la pistolita. Salió de los lavabos con paso no muy firme, muy abiertos los ojos…

Una mano la asió de un brazo.

—¡Va a perder el avión!

Brigitte miró a Simón II. Junto a él, Simón I, que exclamó:

—¿Qué le ocurre? ¿Se encuentra mal? ¡Está muy pálida!

—Llévenme… hacia el avión…

—¡Nada de avión! ¡Usted no está en condiciones de…!

—¡Estoy bien! ¡Y tengo que tomar ese avión! ¿Han visto salir a una mujer de los lavabos?

—Sí… Sí, claro. Parecía muy… ¿La ha atacado?

Brigitte asintió con la cabeza. Adivinó la intención de los dos espías de echar a correr hacia donde habían visto a dirigirse a la mujer, pero los retuvo con un gesto.

—Es inútil… No la encontrarán: iba disfrazada. Llevaba un chaleco contra balas, es una fiera… Estoy segura de que esa mujer fue quien mató a James Potters, pero también estoy segura de que no la alcanzaríamos ahora. La encontraremos, sin embargo… Es la mujer del cementerio, la de los ojos color plomo fundido. Encuentren el coche cuya matrícula indiqué, y la encontraremos a ella. Pero no hagan nada durante mi ausencia… Esa dama y yo tenemos… un combate pendiente.

—Pero… ¿quién es? ¿De dónde ha salido…?

—No sé quién es, pero la mataré… La mataré con mis manos por haber matado a James Potters. Esto no terminará así. Debió de seguirnos a *Mr.* Cavanagh y a mí hasta la Central, estuvo esperando, nos siguió luego a nosotros hasta aquí, siempre esperando una oportunidad para atacarme…

—¡Henry Wallen no puede ser ajeno a esto!

—Seguramente, no. Pero no podríamos probarlo… Me voy a Nassau, y cuando haya conseguido esa información de Guillermo Nájera, detendremos a Wallen. Y si todas mis suposiciones son ciertas, y él sabe quién es esa mujer, y qué es lo que significa todo esto, pueden estar seguros de que me lo dirá.

—Podríamos detenerlo ahora. ¡Si le apretamos las clavijas…!

—No se puede hacer eso con un hombre de la importancia de Henry Wallen. Obedezcan mis órdenes y esperen mi regreso. Eso es

todo.

6

A las seis y cuarto de la tarde, la señorita Montfort llegaba, en un taxi, al Prince George Hotel de Nassau, en la isla de Nueva Providencia, en las Bahamas. Aquí, el otoño no era más que la prolongación del verano, un tanto suavizado. Cielo despejado, hermosas palmeras, mar radiantemente azul… Evidentemente, Guillermo Nájera había sabido elegir el lugar para tomarse unas buenas vacaciones después de cuatro o cinco años sin hacerlo.

Un botones se hizo cargo del reducido equipaje de *Miss* Montfort. Más reducido ya no podía serlo: una sola maleta. Y el maletín rojo con florecillas azules, que, como siempre, la señorita Montfort llevó por sí misma, en todo momento.

—¿El señor Nájera está todavía en el hotel? —preguntó al conserje.

En los ojos de este apareció una chispa de malicia y de preocupación a un tiempo.

—Así es. ¿Quiere que le avise…?

—No, no. ¿Acostumbra cenar aquí mismo?

—No por norma, pero lo ha hecho alguna vez.

—Entonces, espero verlo a la hora de la cena. Por favor, no le mencione mi nombre: quisiera darle una sorpresa.

—Como guste, señorita.

De nuevo captó Brigitte aquel destello de leve preocupación en los ojos del conserje. Un tanto perpleja por esto, subió a su habitación, y allí, en contra de su costumbre, no deshizo el equipaje. No valía la pena molestarse, puesto que pensaba regresar a Washington al día siguiente, a primera hora. Bastaría con utilizar el pijama, y un vestido adecuado para la cena en el comedor del hotel.

A las siete y media, vestida con un sencillo y elegante modelito de color azul claro, Brigitte apareció en el comedor. Vio a Nájera en

el acto, y también en el acto comprendió la preocupación del conserje: Nájera estaba sentado a una mesa, en compañía de una chica de lo más pelirrojo que Brigitte había visto en su vida. De lo más pelirrojo y de lo más llamativo. Incluso estando ambos sentados se notaba que la muchacha era más alta que Nájera. Su belleza era de lo más explosivo: grandes ojos verdes, boca roja y sensual llena de sonrisas maliciosas, bonitos hombros llenos de pecas, escote tremendo en el que destacaban ofrecidos generosamente a la vista los senos altos, llenos, y de una blancura asombrosa… Tenía unas manos preciosas, que en aquel momento agitaba en el aire, explicando algo que hacía sonreír al feo pero simpático Guillermo Nájera, que contemplaba con avidez la belleza de la muchacha…

—¿Viene sola, señorita?

Brigitte miró al jefe de comedor, sonriendo.

—Así es: sola —casi rio.

El hombre también sonrió, desconcertado, y señaló a Brigitte el camino hacia una de las redondas mesitas. Divertido… Muy divertido: el conserje sabía que Nájera era un pícaro mujeriego, y al ver a Brigitte había pensado que era otra de las «chicas» del andiniano, y que las cosas podían complicarse entre ella y la pelirroja. O quizás, incluso había pensado que ella podía ser la esposa de Nájera… En verdad divertido.

Pero la diversión terminaba al pensar que la presencia de la pelirroja complicaba las cosas. Estaba bien claro que Guillermo Nájera pensaba pasar la velada con la muchacha. Y hacía muy bien, pensó Brigitte. La vida es corta, y no siempre bella. ¿Por qué no aprovechar los buenos momentos? La espía tardó muy poco en clasificar a la pelirroja: era una muñequita que se dedicaba habitualmente a acompañar a los caballeros que acudían solos a gozar de las delicias de las Bahamas. Debía resultar bastante cara, pero era tan bonita y simpática, que seguramente el precio le tenía sin cuidado el feo Nájera.

Brigitte pidió la cena, devolvió la carta, y le hizo un gesto de atención al jefe del comedor.

—¿Sí, señorita? —Se inclinó este.

—¿Sería tan amable de traerme papel y un bolígrafo?

—Inmediatamente.

—Y un *martini* seco.

—Muy bien.

Un minuto más tarde, tenía ante ella el papel. Estuvo pensativa unos segundos, antes de escribir la breve nota:

¿Quiere una buena información? Sí así es, tóquese la nariz con un dedo, y acuda a las nueve, usted solo, a Mall Square. Saludos, colega.

Dobló la nota, la dejó a un lado de la mesa, y se dedicó a saborear el *martini*, siempre mirando con discreción hacia Nájera y su pareja. Nájera la había visto, y la miraba de cuando en cuando, como pasmado e incrédulo.

¡Cómo…! ¿Había en la isla una chica más linda que la pelirroja que él se había procurado para alegrarle las vacaciones? ¡Pues vaya una mala jugarreta del Destino!

Cuando le sirvieron el primer plato, Brigitte entregó la nota al camarero.

—Sea tan amable de llevar esta nota a un botones del vestíbulo, para que la entregue al señor Nájera.

—Muy bien, señorita.

El camarero se retiró. Un par de minutos más tarde, entró en el comedor un botones del hotel, que tras mirar a todos lados, se fue directo hacia la mesa de Nájera, y le entregó la nota. Brigitte parecía absolutamente inmersa en la degustación de la estupenda sopa de mariscos, pero sus párpados ligeramente alzados le permitían ver a Nájera, que, por supuesto, le estaba preguntando quién enviaba la nota. El muchacho aseguraba no saberlo, lo cual demostraba la discreción de todo el personal del hotel. Finalmente, se retiró, y Nájera, tras decirle algo a la pelirroja, desdobló la nota y la leyó. Alzó la mirada, muy tranquilo, dispuesto a mirar alrededor…, y Brigitte bajó la suya un instante. Cuando volvió a mirar a Nájera, este parecía un tanto pensativo, todavía mirando alrededor. De pronto, Nájera se tocó la nariz, se guardó la nota, y continuó hablando con la pelirroja.

Lógico. ¿Qué espía no aceptaría obtener una buena información? Y más, si era un jefe de servicio que…

Un cuerpo se interpuso entre Brigitte y Nájera, por un instante,

cruzando el comedor. Brigitte miró distraídamente al hombre, pero al instante, su ceño se frunció. Solo un segundo, o menos. Luego, continuó tomando la sopa.

Solo cuando llegó el segundo plato miró hacia aquel hombre, que estaba sentado a una mesita de las que podían considerarse estratégicamente situadas. Era un hombre joven, increíblemente hermoso… No guapo, no: era hermoso. Muy alto, de bellísimas facciones, atlético, elegante. Sus cabellos eran incluso quizá demasiado largos para el gusto de Brigitte, rubios como rayos de sol. Sus ojos, azules, eran grandes, limpios… Era tan, tan hermoso, que Brigitte se dio cuenta de que no era ella la única mujer que lo estaba mirando. Su llegada debía de haber dejado en suspenso no pocos corazones femeninos.

Pero no el de Baby Montfort. El corazón de Baby Montfort no estaba funcionando en aquel momento más que por simple mecánica física. En cambio, su mente sí estaba funcionando de modo especial. En su mente, igual que si fuese una pantalla cinematográfica, se estaba proyectando en sentido inverso la película de todo lo que la espía había visto en las últimas horas. Así, la primera imagen que quedó un instante bloqueada en sus recuerdos, fue la de aquel hombre, en el aeropuerto de Oakes Field; luego, vio al mismo hombre en el avión en que ella había viajado desde Washington a Nassau; y también vio al mismo hombre en el aeropuerto de Washington, esperando, como ella, el vuelo 209 de la American Airlines…

¿Casualidad?

¿Podía aceptar como casualidad que aquel hombre hubiese llegado a Nassau en el mismo avión que ella, y que ahora estuviese alojado en el mismo hotel?

Muy sosegadamente, Brigitte terminó de cenar. Abandonó el comedor cuando todavía Nájera estaba riendo en compañía de la pelirroja. Nájera no le preocupaba: sabía que acudiría puntualmente a la cita. Prevenido, desde luego, pero acudiría; se las arreglaría para conformar a la pelirroja durante un par de horas, sin duda.

Subió a su habitación, sacó la pistolita del maletín, y se la colocó en el muslo izquierdo, sujetándola con una ancha tira de esparadrapo de color carne. Luego, en un bolso, metió la pequeña radio de bolsillo, tras sintonizar la onda de la zona de las Bahamas

establecida por la CIA. Si llegaba a necesitar ayuda de los Simones allí residentes, era bueno estar preparada para llamarlos.

Se sentó en el borde de la cama, y la película volvió a proyectarse en su mente. Sí, había visto a aquel hombre en el aeropuerto John Foster Dulles. Y estaba claro que él debía de haberla visto a ella. ¿La había estado vigilando?

¿O esperaba una oportunidad para matarla?

—No —susurró la divina espía—… Si hubiese querido matarme, habría podido hacerlo en el aeropuerto, mientras almorzaba con los Simones. No podía haber nada tan fácil como dispararme desde cualquier punto del aeropuerto, a buena distancia, con silenciador. No, no, no… Matarme, no. Me está vigilando, eso es todo. Pero… ¿él solo? No lo creo.

La pregunta era: ¿por qué la vigilaba? ¿Quería saber lo que ella hacía en Nassau? ¿Para qué? ¿Para quién trabajaba?

Eran las ocho y veinte.

A las ocho y media, Brigitte Montfort salió de su habitación. Poco después, entregaba la llave de esta en la conserjería. En un sillón del vestíbulo, leyendo un periódico, estaba el hombre tan, tan hermoso, al parecer sin percatarse de la presencia de la señorita Montfort, lo cual tenía mucha gracia, a juicio de Brigitte. Cruzó el vestíbulo, salió a la calle, y comenzó a caminar, lentamente, hacia Mall Square. Se detuvo en el primer escaparate iluminado que encontró en su camino, y, aparentemente, se dedicó a la contemplación de los objetos allí expuestos…, mientras con el rabillo del ojo miraba hacia la puerta del hotel.

Y, por supuesto, el hombre salió, mirando muy sosegadamente a derecha e izquierda. La vio a su derecha, y acto seguido bajó a la calzada, cruzándola ágilmente por entre automóviles, coches de caballos y bicicletas, iluminado todo con los varios colores de los anuncios luminosos. Brigitte estuvo ante el escaparate solo hasta que vio al hombre hermoso asir la manilla de la puerta de un coche allí estacionado, pegado al bordillo de la otra acera. Antes de reanudar su paseo, todavía pudo ver que, sentado ante el volante de aquel coche, había otro hombre. Claro.

¿Matarla?

No, no era eso lo que querían, ya estaba segura. Pues muy bien: adelante con la jugada, fuese cual fuese.

Continuó su lento paseo, llegó a Mall Square, y dio la vuelta en todo su perímetro, mirando escaparates, anuncios, el mar al fondo, los coches de caballos esperando clientes; eran unos bonitos carruajes, con toldos listados de colores, muy elegantes, con todo el sabor de los románticos tiempos coloniales. Los automóviles eran un gran invento, ciertamente, pero ¿no era mucho más encantador pasear en un carruaje de aquellos, tirado por un hermoso caballo, con un auriga que llevaba sombrero de copa?

Brigitte miró su relojito. Eran las nueve menos dos minutos.

Se acercó a uno de los carruajes; le hizo una seña al cochero negro, que sonrió y saltó rápidamente del pescante, para ayudarla a subir.

—¿Un paseo, *Miss*? ¿Un bonito, precioso paseo? —Sonreía el negro mostrando su magnífica dentadura.

—Sí. Por favor, dé la vuelta a la plaza muy despacio.

—Muy despacio, *Miss*.

El cochero regresó al pescante, y dio un golpecito con las largas riendas en la grupa del caballo. Brigitte miró hacia atrás, y sonrió al ver el coche en el que había entrado el hombre hermoso. Todo iba bien.

Todo iba perfecto.

Tan perfecto que cuando llegaron a la salida de la plaza, en el cruce con Queen’s Road, Guillermo Nájera aparecía, caminando despacio, un poco tenso. Lo vio detenerse, y mirar con cierta desconfianza alrededor. Santo cielo, ¡qué simpáticamente feo era Nájera!

Brigitte se adelantó en el asiento.

—Pare junto a ese hombre, por favor. Ese bajito y feo.

El carruaje se detuvo delante de Nájera, que lo miró vivamente, metiendo la mano derecha en el bolsillo del pantalón a toda prisa. Brigitte asomó su rostro sonriente.

—¿Quiere subir, por favor, señor Nájera?

Guillermo Nájera se quedó mirándola, reconociéndola, por supuesto. Vaciló solo un instante, antes de subir al carruaje, acomodándose junto a Brigitte, que alzó un poco la voz, en beneficio del cochero:

—Llévenos a una bonita playa.

—Sí, *Miss*.

Nájera la estaba mirando con suma atención. Cuando salieron a Queen's
Road, Brigitte volvió a mirar, para asegurarse de que el coche en el que iba el hombre hermoso continuaba siguiéndola. Así era. Todo iba estupendamente perfecto.

—Imagino —miró de pronto Brigitte a Nájera— que la pelirroja no es familia de usted.

—¿Y por qué no? —Gruñó Nájera.

—No se parecen demasiado —rio la divina—: ella es preciosa, y usted es feo, Guillermo.

—Vaya, muchas gracias —sonrió el andiniano de pronto—. Pero podría ser mi esposa, por ejemplo. La esposa y el marido no tienen por qué parecerse.

—Cierto. Y me gustaría que encontrase usted una chica como esa para su disfrute de la felicidad. ¿Le importa que hablemos en español? —Cambió Brigitte a este idioma—. Nuestra conversación no va a ser apta para cocheros curiosos.

—¿Quién es usted? —aceptó Nájera en el acto su idioma.

—Preferiría no tener que decírselo.

—Bueno, quizás eso no tenga importancia. ¿Cuál es la información que quiere venderme?

—Nadie ha hablado de ventas, Guillermo.

—Mire, jovencita, llevo ya mucho tiempo en la profesión para saber que nadie da algo a cambio de nada. Está claro que usted me conoce a mí, sabe perfectamente quién soy, y si espera que yo crea en un generoso regalo, es que me cree tonto, o la tonta es usted. ¿Me explico?

—Se explica muy bien —rio Brigitte—. Pero ya le he dicho que no se trata de una venta. Digamos que va a ser un intercambio.

—Ya. Usted quiere saber algo que yo sé, y a cambio de eso se supone que me dirá algo que me interesará.

—Efectivamente.

—Muy bien. ¿Cuál es la información que usted me ofrece?

—¿Conoce usted a Cecilio Armenteras y Ataulfo Romanes, supongo? Son dos miembros del Gabinete de su Gobierno.

—Claro que los conozco, vaya una pregunta.

—Bien. El servicio secreto soviético está negociando con ellos su

compra.

Quiero decir que Armenteras y Romanes están escuchando propuestas del personal de captación ruso para trabajar para ellos dentro del gobierno andiniano.

—Usted está loca.

Brigitte le miró amablemente. Guillermo Nájera estaba pálido como un muerto.

—Vamos, Guillermo… ¿Tanto le sorprende que incluso en su país haya traidores? Sea razonable. Se dice que todo hombre tiene su precio, y en el caso de Armenteras y Romanes parece que puede convertirse en realidad. No he dicho que hayan aceptado, pero si insisto en que están negociando la cuestión con los agentes rusos.

—¿De dónde ha obtenido usted esa información?

—De la CIA.

Nájera soltó un bufido, seguido de una palabrota, y se incorporó en el asiento.

—Muy buenas noches tenga usted, señorita —farfulló.

—¿No me cree?

—¡Váyase al demonio! ¿Creerla? ¡No creería ni una sola información de la CIA ni aunque me la facilitase mi propio padre! No sé qué nueva treta están preparando, pero desde luego a mí no van a manejarme como a un muñeco. Así que vuelva a Washington y dígales a sus jefes, de mi parte, que se vayan a la mismísima mierda. ¿Está claro?

—No me gusta la gente maleducada, Guillermo.

—¡Qué bonito…! ¿Y desde cuándo hay educación entre gente que solo piensa aprovecharse del prójimo sea como sea? ¡Vamos, déjese de cuentos chinos y dígale al negrito que pare este cacharro! Me está esperando una chiquita que es mucho más sincera que usted: a cambio de su compañía, me ha pedido dinero. Yo se lo doy, ella me trata como si fuese el amor de su vida, y como lo está haciendo muy bien, estoy satisfecho. No hay mentiras.

—Yo tampoco estoy mintiendo.

—Jo, jo, jo. Mire, nena, cuando…

—Va a ser usted el primer espía del mundo que no creerá la palabra de Baby, Guillermo.

Nájera se quedó con la boca abierta; no porque estuviese hablando, sino de puro pasmo. En sus ojos apareció la incredulidad,

la interrogación, la duda… Brigitte Montfort se limitó a sostener su mirada, impávida. Por fin, Nájera se sentó de nuevo, y se pasó una mano por la frente.

—La puta que los parió —jadeó—… ¿Qué clase de trato están haciendo Romanes y Armenteras con los rusos?

—Lo ignoro, En realidad, esta ha sido una información de emergencia que me he traído de Langley solo para negociar con usted. Pero creo haberle dicho lo suficiente para que un hombre como usted empiece a trabajar con muchas posibilidades de obtener fruto de mi información.

—Desde luego. Maldita sea mi estampa… ¡Con lo bien que lo estaba pasando con la pelirroja! Se llama Daisy. Es una chica más dulce que un durazno maduro, ¿usted comprende?

—A decir verdad, los duraznos no me gustan demasiado. Prefiero la piña o la chirimoya. Respecto a Daisy, puede usted ofrecerle un lindo viaje a Andinia. Quizá la convenza de que lo va a pasar bien allí.

—Yo soy un hombre muy serio. Bien está venir a un sitio como este a sacar el cuerpo de penas, pero mal está mezclar la diversión con el trabajo. Encontraré una solución sobre Daisy. ¿Cuál es la información que usted espera obtener de mí?

—Quiero saber quién le puso al corriente de los planes que Estados Unidos tenía sobre Andinia cuando el asunto de la partición en tres pequeños estados.

—Ah, sí. Fue un servicio del teléfono rosa.

—Ya. ¿Y qué es eso del teléfono rosa?

—No tengo ni idea. Aunque debo admitir que fue una de mis operaciones más agradables y fructíferas. Cuando me llamó aquella mujer por teléfono…

—¿Qué mujer? ¿Cómo se llamaba?

—Caray, espere. Usted merece todos mis respetos, así que quiero contárselo todo muy bien, empezando por donde se empiezan siempre todas las cosas, esto es, por el principio. Usted ha viajado más que yo, según entiendo —pareció de pronto perplejo Nájera—… ¿Es verdad que los chinos empiezan las casas por el tejado?

—A veces, sí —rio Brigitte—. Pero eso ha dejado de ser privativo de los chinos. En la actualidad, las modernas técnicas occidentales de arquitectura utilizan también ese sistema.

—¿Qué me dice?

—Es usted quien tiene que decirme algo a mí, ¿no? —rio de nuevo la espía.

—¿Sabe una cosa? Es usted mucho más hermosa que Daisy… Y también mucho más que aquella mujer. ¡Y lo era mucho! Bueno, vamos al asunto. Yo estaba en mi apartamento de la capital cuando sonó el teléfono en la salita…

Guillermo Nájera descolgó el auricular del teléfono.

—¿Sí?

—¿…?

—Sí, soy Nájera. ¿Con quién hablo?

—…

—¿El teléfono rosa? —Se pasmó Nájera—. ¿Y eso qué es?

—…

—¿Qué clase de información?

—…

—Nada de recogerme en un coche, señora. Sí quiere decirme algo, suba aquí. La estaré esperando durante diez minutos. Ni uno más. Y venga sola.

Otra cosa: lo primero que haré será registrarla a fondo, así que sería inútil que intentase esconder ningún arma.

—…

—De acuerdo.

Nájera colgó el auricular.

Seis minutos más tarde sonó la llamada en la puerta del apartamento. Fue a abrir, con la mano derecha metida en el bolsillo, empuñando la pistola. Abrió la puerta, y se quedó mirando a la hermosa mujer de rubios cabellos, cuerpo esplendido, grandes y bellos ojos color gris…, sí, color de plomo fundido.

—¿Puedo entrar? —preguntó ella, en ingles siempre.

Nájera se apartó, esperó a que la rubia entrase, y cerró la puerta. Luego, sacó la pistola del bolsillo, y señaló la pared.

—Colóquese ahí, con las manos apoyadas en la pared y los pies bien separados. Ya le he advertido que…

—No soporto que me toquen —dijo un tanto fríamente la rubia—. Pero tampoco quiero complicar las cosas. Usted quédese quieto ahí, apuntándome con su pistola, y yo le convenceré de que no tengo armas.

—¿Y cómo piensa hacerlo?

La rubia dejó su bolsito sobre una banqueta, y procedió a desnudarse. Lo hizo con gran rapidez, de modo que en pocos segundos su espléndido cuerpo quedó a la vista del petrificado Nájera. Salvo los pantaloncitos de color rosa, la rubia había quedado completamente desnuda. Admirando aquellos pechas, la curva de las caderas, las esbeltas piernas, Guillermo Nájera necesitó varios segundos para reaccionar. Cuando lo hizo fue para apoderarse del bolso, abrirlo, y registrarlo con rápido gesto.

—Está bien —murmuró—. Pero no había necesidad de esto. Yo creo que habría sido más sencillo aceptar un cacheo, señorita… señorita…

—Llámeme Berenice.

—Muy bien. Ya puede vestirse, señorita Berenice. Aunque si lo prefiere —sonrió el granuja de Nájera—, puedo ser yo quien se desnude.

—No me gustan los hombres, señor Nájera. No al menos los que son como usted.

—Ah. ¿Quiere decir que le parezco feo?

—No he venido aquí para hablar de estas cosas. ¿Le interesa o no le interesa mi información?

—Todavía no lo sé. Vístase y pasemos a la salita.

La rubia se vistió, tan rápidamente como se había desnudado, y Nájera quedó desilusionado. Cuando una mujer se desnuda con tanta facilidad ante un hombre, cabe esperar que…

—Estamos solos, claro —dijo la rubia.

—Sí. Siéntese.

La rubia se sentó en un sillón, cruzando las piernas, que Nájera miró con cierta avidez. Recordando los pechos magníficos de Berenice, y sus bien curvadas caderas, sintió una oleada de sangre más caliente de lo normal expandirse por todo su cuerpo. Soltó un gruñido.

—¿Quiere tomar algo? —Invitó.

—No. Quiero que hablemos, nada más. Solo eso, señor Nájera. No me gusta que me miren así los hombres como usted.

Guillermo frunció el ceño. De acuerdo, era feo, pero no hasta ese punto. Para sorpresa de sus amigos y suya propia, las mujeres lo miraban con extraña simpatía, y más de una había… sucumbido a su fealdad. ¿Qué quería aquella individua? ¿Un Apolo?

—Pues si quiere que le diga la verdad —masculló Nájera—, a mí tampoco me gustan las mujeres como usted. He salido con chicas cien veces más feas que usted, pero todas ellas hechas de pura miel. Y usted

parece de hielo. Y como a mí el hielo solo me gusta en el whisky, pasemos al asunto. —Se sentó también, frente a Berenice—. ¿Qué información tiene para mí?

—Le costará cien mil dólares.

—Barata —sonrió Nájera.

—Lo es, sin ironía. Yo le voy a facilitar la información, y usted puede hacer lo que guste con ella. Yo sé que vale cien mil dólares, para ustedes. Y mucho más, pero no quiero exagerar, porque es muy posible que con el tiempo nuestras relaciones continúen. Por eso le pido solamente cien mil dólares. Aclarado esto, le diré que mi confianza en usted tiene buenos motivos: si usted acepta la información y el precio, tendrá que pagarme, sin trucos de ninguna clase, ya que de lo contrario sería asesinado. ¿Lo entiende, señor Nájera?

—Sí. A mí no me asusta nadie, señorita Berenice, pero hay algo que quiero aclarar. ¿Qué pasa si su información no vale cien mil dólares, a mí juicio? Yo puedo ser sincero, y usted puede creer que trato de dármelas de listo diciendo que no vale cien mil dólares, para beneficiarme de esa información. ¿Comprende?

—Comprendo. Pero en eso no hay problema. Veamos si esta información le parece a usted que vale cien mil dólares: los Estados Unidos piensan realizar maniobras de control paulatino sobre los tres países que ustedes harían de Andinia si siguiesen sus sugerencias. Un control que, en pocos años, sería total. De tal modo que Andinia habría desaparecido solo para que Estados Unidos pasase a ser amo y señor de los nuevos países. Esos son los planes de Washington. ¿Vale cien mil dólares la información?

Guillermo Nájera estaba lívido, demudado el rostro.

—¿Quién le ha dicho eso a usted? —preguntó con voz tensa.

—No le importa. Considérelo como una información del teléfono rosa, eso es todo.

—¿Qué es el teléfono rosa? ¿De qué…?

—Señor Nájera, no pienso darle ninguna explicación. Solo dígame si la información vale cien mil dólares.

—Si es cierta, vale mucho, muchísimo más.

—No lo olvide, por si alguna vez necesito pedirle a usted algún pequeño favor. Por el momento, bastará el dinero. ¿Cuándo lo tendrá usted?

—No lo sé. Ni siquiera sé sí lo tendré. —La rubia lo miró fijamente.

—Le aconsejo que se lo procure como sea. Voy a darle de plazo una semana. Entonces, recibirá usted una llamada telefónica que le dirá cómo, cuándo y dónde debe depositar el dinero.

—¿Depositarlo? ¿No vendrá a recogerlo usted?

—No.

—Lástima. Me habría gustado volver a verla desnuda, señorita Berenice.

—Nunca, en el cielo, pasa la misma estrella por el mismo sitio. Buenas noches, señor Nájera.

—… Y se fue —encogió los hombros Guillermo Nájera—. No la volví a ver. Al cabo de una semana, un hombre me llamó por teléfono y me preguntó por el dinero. Le dije que lo tenía, me dio instrucciones para su entrega, y eso fue todo.

—¿Dónde entregó el dinero? —preguntó Brigitte.

—Lo dejé en determinado sitio de una carretera, y me fui, pues así me lo habían exigido. Jugué limpio, desde luego. Comprenderá, que no iba a hacer tonterías que pudiesen hacerme perder semejante fuente de información.

—¿Ha vuelto a tener noticias de Berenice, o del teléfono rosa, en algún sentido?

—No.

—¿De dónde sacó usted el dinero?

—Fui a ver al presidente Baena aquella misma noche, y le conté lo ocurrido. El presidente Baena se llevó un disgusto terrible pues había confiado en la buena fe de los norteamericanos, y tenía la esperanza de que, con el tiempo, las cosas se irían suavizando y Andinia volvería a ser un solo país, unido, fraternal. Lo demás supongo que lo sabe usted: Baena fue a ver a los disidentes, organizaron una reunión, comenzaron a aclararse malentendidos, a llamarse hermanos… En realidad, esa puerca jugada que la CIA tenía proyectada salvó a Andinia de un completo desastre. Baena estaba loco de alegría. Me llamó, me dijo que yo pasaba a ser jefe absoluto del servicio de inteligencia del país, me regalaron un chalé fuera de la capital, y me entregaron los cien mil dólares. Y así terminó todo.

Brigitte Montfort permaneció pensativa unos segundos. El carruaje estaba detenido a un lado de la oscura carretera, no sabía dónde, pues había estado pendiente de las palabras de Nájera. A la

izquierda, la luz de la luna se reflejaba en las aguas de una playa tan tranquila que parecía un espejo teñido de color naranja.

—¿Conoce usted a un hombre llamado Henry Wallen? —preguntó de pronto.

—¿Wallen? No… Estoy seguro de que no.

—Es un importante personaje político del Capitolio norteamericano.

—No. No le conozco. Y que me parta ahora mismo un rayo en mil pedazos si le miento a usted.

—¿Eso quiere decir que confía en mí? —sonrió Brigitte.

—Completamente. Y me apuesto la… nariz a que usted no estaba al corriente de aquella puercada de la CIA.

—Claro que no. ¿De verdad confía en mí?

—Oiga, ya se lo he dicho, ¿no?: llevo en esta profesión el tiempo suficiente para saber quién es Baby en el concierto para pistola y puñal del mundo entero. Soy feo y bajito, y tengo la cara comida por una perdigonada, pero no soy en modo alguno un idiota.

—Me alegro por usted. ¿Y a James Potters? ¿Lo ha conocido en alguna ocasión?

—No.

—¿Stella Potters, o Stella Wallen?

—No.

—¿William Craigson?

—No, no, no.

—La idea es, Guillermo, que yo pensaba que esa información obtenida entonces por usted la había conseguido de Henry Wallen, o alguien enviado por él.

—Si Berenice era una enviada de ese Wallen, le aseguro que no lo mencionó en ningún momento.

—Está bien. Usted ha ganado algo, pero parece que yo he perdido el tiempo en este viaje a Nassau. Aunque… quizá no del todo. Algo interesante puede llegar a ocurrir. Adiós, Guillermo.

—¿Va a dejarme aquí? —Respingó el andiniano.

—No. Soy yo quien se queda en esta hermosa playa. Usted regrese a Nassau, y haga lo que considere oportuno. Teniendo en cuenta que seguramente no conseguirá pasaje en avión para regresar a Andinia antes de mañana, yo en su lugar haría una buena despedida con la linda Daisy.

—No pensaba en otra cosa, se lo aseguro —sonrió Nájera; pero de pronto quedó muy serio, como preocupado—… ¿Sabe una cosa?: desde que aquella maldita mujer me dijo que no le gustaban los hombres como yo, perdí la fe en mí mismo.

—Mal hecho.

—¿Usted cree? Bueno, no sé cómo exponerlo… ¿Qué ve usted de repugnante en mí?

—Absolutamente nada —exclamó Brigitte.

—Vaya… ¿Se acostaría usted conmigo?

—Si no amase a otro hombre, no vería obstáculo alguno para que me gustase usted.

—Pues entonces —gruñó Nájera—, no lo entiendo. ¿Qué clase de hombres deben de gustarle a Berenice?

—Espero poder preguntárselo no tardando mucho —murmuró Baby—. Y entonces le enviaré a usted la respuesta a Andinia. Buena suerte, Guillermo.

Brigitte se dirigió al cochero, ordenándole que regresase a Nassau con su pasajero, pues ella debía quedarse allí. Luego, saltó del carruaje, y estuvo mirándolo hasta que se alejó. Por un lado salió el brazo de Nájera, y la espía contestó alzando el suyo.

Luego, se dirigió hacia la playa. Al llegar a esta, se quitó los zapatos, y fue caminando por la tibia arena hasta la orilla del mar, apenas a un metro del agua. Se sentó allí, sacó los cigarrillos del bolsito, y encendió uno.

Salvo que los nuevos acontecimientos aportasen alguna nueva luz sobre el asunto, no tendría más remedio que regresar a Washington, y, como Simón había sugerido, dedicarse a apretarle las clavijas a Henry Wallen, lo cual no iba a ser ni fácil ni agradable.

«Tenemos la matrícula del coche de Berenice —pensó—. Por supuesto, encontraremos el coche, o al menos, sabremos quién es realmente su propietario o propietaria, y dónde buscarla. Es decir, que estoy igual que antes: o encuentro a Berenice, o habrá que dirigirse directamente a Henry Wallen».

A menos que…

A menos que sucediese lo que estaba sucediendo.

El mar estaba tan calmado que las diminutas olas apenas producían un levísimo rumor, como pequeños chasquidos, como

besos del mar a la arena. Y así, Brigitte pudo captar el crujir de esta por detrás de ella. Estaba tan segura de que no querían matarla, que continuó fumando tranquilamente, esperando a los hombres que con «tanta cautela» se iban acercando a ella. Acudían en busca de su presa, sin saber que la presa los estaba esperando a ellos, y que, en definitiva, no se consideraba presa, ni mucho menos. Todo lo más, un cebo que ellos tenían que morder…

—No se mueva —oyó la voz, a su espalda—. La estamos apuntando.

Brigitte quedó inmóvil. Sabía que eran dos hombres. Oyó las pisadas de uno de ellos, y a los pocos segundos una mano pasó por encima de su hombro derecho y se deslizó por el escote, palpando entre sus senos. Luego, la mano fue palpando el resto del cuerpo hasta que tropezó con la pistolita adherida al muslo izquierdo. Las faldas fueron retiradas, y la pistolita arrancada con seco tirón.

—Póngase en pie. Va a venir con nosotros.

Brigitte se puso en pie, volviéndose, y vio a los dos hombres.

—¿Y quiénes son ustedes? —murmuró.

—Un par de hermosos efebos —replicó el que había hablado hasta entonces—. Camine hacia la carretera. Luego, diríjase hacia Nassau, hasta que vea el coche estacionado a la izquierda. Vaya hacia él, y deténgase delante de la puerta izquierda de atrás.

—Me gustaría saber con qué derecho…

—Déjese de tonterías, señorita Montfort. Haga lo que le hemos dicho, o nos veremos obligados a golpearla.

—Qué mujer tan desagradable —dijo el otro efebo.

Brigitte lo miró, en verdad sorprendida. ¿Ella era desagradable? Bueno, aquel sujeto era ciego o imbécil, sin duda alguna. A la luz de la luna lo veía bastante bien. Era muy parecido al otro al que había visto en el hotel, y…

Sí. La película volvió a pasar por la mente de Brigitte Montfort: también a aquel hombre lo había visto en el aeropuerto de Washington. En el avión, no. Pero lo había vuelto a ver en el aeropuerto de Nassau, estaba segurísima…

—¿Qué espera? ¡Vamos, camine!

Con los zapatos y el bolsito en una mano, Brigitte se dirigió hacia la carretera, al llegar a la cual se puso los zapatos. Siguió caminando, siguiendo las instrucciones de los… hermosos efebos.

¿Efebos? ¿Qué querían decir exactamente con esto? Los efebos, rigurosamente hablando, eran, en la antigua Grecia, jóvenes de dieciocho a veinte años sometidos a una especie de noviciado militar, que formaban un grupo muy selecto, sobre cuya moralidad e integridad el Senado se aseguraba bien antes de inscribirlos en la «efebia» o élite. Tras la admisión en la «efebia», los efebos eran conducidos al templo de Aglaura, donde se les daban sus armas después de que prestasen juramento.

Pero también, los efebos era un nombre o denominación popular, incluso actual, utilizada para distinguir a los jóvenes hermosos. Entonces… ¿ellos se denominaban efebos porque eran hermosos, o porque cumplían alguna especie de noviciado o rito militar?

Llegó al coche. Uno de los efebos abrió la portezuela, y entró. Una vez sentado, le apuntó con la pistola de nuevo, y le hizo señas para que entrase. Cuando la tuvo controlada, el otro se sentó ante el volante, y puso el motor en marcha.

Diez minutos más tarde, el coche se detenía delante de un pequeño *bungalow*, cerca del mar. El que conducía se volvió, y miró a su compañero.

—¿Esto es todo lo que pudiste encontrar mientras yo la vigilaba a ella? —refunfuñó.

—Hijo, ¿qué quieres? ¡No tenía todo el tiempo del mundo, ¿verdad?! ¡Qué exigente! ¡Tampoco el coche que has alquilado es un palacio!

—¿Hay baño?

—Ay, claro que sí. ¡Qué tonterías preguntas!

—Está bien. Usted, salga del coche.

—Brigitte consiguió salir de su pasmo antes de salir del coche. Se quedó en pie junto al vehículo, como aturdida, poniendo en duda que hubiese oído bien la conversación entre los dos efebos. Si hubiese oído hablar de aquel modo a Guillermo Nájera, por ejemplo, se habría muerto de risa…

—Está atontada la mujer esta, tú —oyó—… ¡Hay que ir empujándola todo el tiempo!

Recibió un empujón por detrás, y caminó hacia la cabaña. Uno de los efebos abrió la puerta y encendió la luz. Entraron los tres, la puerta fue cerrada, y de nuevo fue empujada Brigitte, hacia el

centro del comedor-sala de estar. Docilísima, la espía más peligrosa del mundo fue a sentarse en uno de los sillones, y se quedó mirando de uno a otro hombre, todavía dudando de que estuviese acertando en la idea que iba penetrando en su mente.

—Qué sitio tan feo —dijo el efebo protestón.

—Pues a mí me gusta —intervino Brigitte—. Es un lugar modesto, pero agradable.

Los dos efebos se quedaron mirándola. Eran tan, tan hermosos en verdad, que resultaba casi increíble. Altos, atléticos, rubios y hermosos…

—Mejor que le guste —dijo uno de ellos—, porque seguramente, esta va a ser su tumba.

—¿Mi qué?

—Su tumba, so cochina. —El efebo miró al otro, y señaló el teléfono—… Llama cuanto antes a Berenice. Dile que puede venir cuando quiera a matar a la señorita Montfort.

7

La llamada telefónica no fue demasiado fácil para el rubio y hermoso efebo. Tuvo que llamar de Nassau a Washington. Pero, finalmente, ante los fascinados ojos de Brigitte Montfort, obtuvo la comunicación, con cargo en destino.

—Berenice… ¿eres tú, querida?

—…

—Soy Roland. Desde Nassau. Markus está conmigo, y también nuestra invitada. Te estamos esperando.

—…

—¿Mañana? ¿Cómo y cuándo?

—…

—Entendido. Markus o yo iremos a esperarte. ¿Qué…? Ah no, no. Estamos en un *bungalow* que alquiló Markus. Una porquería, querida, una porquería.

—¿…?

—Sería muy complicado de explicar. Lo mejor será que te estemos esperando. No, ningún problema, ya te explicaré… Estuvo con un hombre horrendo, en un hotel, y fueron en coche de caballos paseando hasta la playa… ¡Te lo diré todo mañana, querida!

—…

—Descuida. Adiós, adiós, adiós… Besos.

El efebo Roland colgó el auricular, y se volvió a mirar a la prisionera, que estaba atónita. Poco a poco, en su cerebro iba penetrando la revelación, que se negaba a creer. Estaba tan absorta en sus extraordinarios pensamientos que no se dio cuenta de que miraba fijamente a Roland, aunque sin verlo.

—¿Qué miras, atontada? —exclamó Roland—. ¿Nunca has viste a nadie como yo?

—A mí —rio Markus.

Brigitte volvió sus ojos hacia Markus.

—Oh, por los cielos —rio Roland—, ¡nunca he visto semejante expresión de estupidez! ¡Despierta, mujer, despierta, vamos!

Chascó dos dedos ante el rostro de Brigitte, que respingó. Estaba tan asombrada que no podía reaccionar.

—No entiendo por qué Berenice quiere matarla personalmente —dijo Markus—. Es una molestia de lo más tonta.

—Ya conoces a Berenice —replicó Roland—. Falló en el aeropuerto de Washington, pero ella nunca se da por vencida.

—Berenice falló —meditó Markus—… ¿Cómo fue posible eso? ¡Ella nunca había fallado! ¿Cómo pudo fallar con esta asquerosa tonta?

—Déjala… Tan solo de mirarla ya siento asco.

Brigitte bajó la cabeza, y permaneció absolutamente inmóvil. Las piezas se iban juntando… ¿Por qué ninguno de aquellos dos hombres la habían matado en el aeropuerto? La sencilla respuesta la conocía ahora: porque Berenice quería matarla personalmente. Así pues, luego de seguirla desde Langley al John Foster Dulles, Berenice había esperado una oportunidad, que se había concretado cuando ella fue a los lavabos. Muy bien prevenida, desde luego; no solo había tenido tiempo de disfrazarse, sino de ponerse una prenda interior de fibra de titanio, o algún material parecido, que las balas no pudiesen atravesar.

Sí…, muy precavida.

La habían estado vigilando, y así, supieron que ella iba a tomar el vuelo 209 con destino a Nassau. Los dos efebos hicieron lo mismo, por si Berenice no tenía oportunidad de matarla personalmente. Y puesto que Berenice falló, Markus y Roland tomaron el mismo vuelo que Brigitte, para finalmente capturarla a fin de retenerla prisionera hasta que Berenice llegase para matarla personalmente.

Pero ¿por qué aquel encono personal? Brigitte estaba segura de que jamás había visto a Berenice hasta el entierro de James y Stella Potters. Allí la había visto por primera vez. Y si se había fijado en ella fue por sentir sobre sí la fija mirada de aquellos ojos color de plomo fundido. ¿Por qué la miraba Berenice, por qué se había fijado en ella? La respuesta parecía sencilla y única. Henry Wallen había advertido a Berenice, por teléfono, de la existencia e investigaciones de Brigitte Montfort, la periodista. Muy bien. Pero ¿la quería matar

Berenice por eso? Si era por eso, también debía de querer matar a *Mr*. Cavanagh, a algunos miembros de la Policía, a muchos agentes de la CIA.

Y no. Simplemente, quería matarla a ella.

¿Por qué especialmente a ella? Si Berenice…

—Ponte bien, tú —oyó—: vamos a atarte las manitas.

Brigitte miró a Markus, parpadeando. Sin rechistar, se puso en pie, y se volvió de espaldas, permitiendo con toda mansedumbre que le atasen las manos a la espalda con unos gruesos cordones. La sentó luego de un empujón, y ató sus pies uno a otro. Luego, Markus miró a Roland, que estaba encendiendo un cigarrillo.

—Tiene las piernas bonitas —dijo.

—¿Qué pretendes? —exclamó Roland—. ¿Irritarme?

—No, no… Pero tiene las piernas bonitas. Vamos a verle los pechos.

De un manotazo, Markus desgarró el vestido de Brigitte, que supo contenerse, sin respingar siquiera. Los senos color de oro color de sol, quedaron al descubierto. Markus los estuvo mirando, pensativo, antes de deslizar las manos por ellos, suavemente.

—Son bonitos —musitó—… Son bonitos, y están frescos, y finos… Ven, Roland, tócalos.

—Eres un asqueroso —jadeó Roland.

Markus lo miró, y sonrió. Se puso en pie, se acercó a Roland, y le quitó el cigarrillo de los labios, dejándolo cuidadosamente en un cenicero, sobre la mesita de centro. Luego, Markus tomó entre sus manos el rostro de Roland.

—¿Estás enfadado? —musitó.

—Ve a tocarle los pechos a esa puerca.

Markus obligó a Roland a acercarse a él, y lo besó en los labios. Roland intentó separarse, pero Markus lo retuvo con fuerza. Roland gimió, y se abrazó a Markus, correspondiendo al beso… En el sillón, Brigitte Baby Montfort estaba ya rebasando la línea del asombro infinito. En su vida había visto muchas, muchísimas cosas, pero, poco dada a las extravagancias sexuales, jamás había asistido a ninguna sesión de aquella… especialidad, ni siquiera en los tugurios de Nueva York a los que en ocasiones iban sus amigos a reírse un rato. Sencillamente, había cosas que no le gustaban, por «divertidas» que fuesen.

Cerró los ojos. Pero cuando los abrió, Markus y Roland continuaban besándose en los labios. Markus arrastró a Roland hacia el sofá, se sentaron juntos, y se dedicaron a acariciarse y besarse. Cerrados los ojos, Brigitte no veía esto, pero oía los chasquidos de los besos, y los suspiros. ¿Estaba soñando? Cuando abrió los ojos, Markus había deslizado una mano bajo la camisa de Roland… Este abrió los ojos de pronto, y vio los azules de Brigitte fijos en ellos. Se separó bruscamente de Markus.

—¿Qué miras, imbécil? —increpó.

—Déjala —dijo Markus—… Mañana estará muerta… En realidad, ya no existe.

—¡No me gusta que me miren! Mira hacia otro lado, o te voy a sacar los ojos…

Brigitte bajó la mirada, y se quedó mirando sus senos al descubierto. Ya no estaba atónita. La sorpresa había pasado, ahora podía pensar… Podía pensar en aquellos dos efebos bellísimos, en el teléfono rosa, en el suicidio de Stella Wallen, en su urgente llamada a su hermano por medio de una tarjeta postal… Como en un panel electrónico donde se fuesen reparando desperfectos invisibles hasta entonces, en su mente todo comenzaba a funcionar con buen conocimiento de causa…

Alzó disimuladamente la mirada, y se estremeció. Estuvo a punto de lanzar un grito de asombro, asco y espanto: los dos bellos efebos se habían ido entusiasmando más y más, y ahora, uno de ellos estaba de espaldas al otro, que lo abrazaba y lo empujaba furiosamente, gimiendo ambos, mostrando el blanco de los ojos. Sus respiraciones eran jadeantes, entrecortadas.

—Quítate… quítate los pantalones… —jadeó Markus.

—Sí… ¡Sí, sí, sí…!

De nuevo bajó Brigitte la mirada. Hizo más: cerró los ojos. Pero los jadeos de los dos hombres eran como explosiones dentro de su cabeza. Uno de ellos emitió un gritito extraño, extraordinario, y acto seguido quedó silencioso.

Fue justo entonces cuando Brigitte oyó el chasquido. Miró hacia la puerta, y vio a los dos hombres que acababan de entrar cautelosamente, pistola en mano. Uno de ellos tenía todavía en la izquierda la ganzúa con la que había abierto la puerta del *bungalow*, produciendo tan poco ruido que los dos efebos ni se habían

enterado.

En la entrada, los dos hombres recién aparecidos se quedaron mirando, petrificados de asombro, a Markus y Roland. Luego, su atónita mirada fue hacia Brigitte, tuvieron un movimiento de sobresalto al verla con los pechos al descubierto, y volvieron a mirarla a los ojos. La espía se limitó a sonreír, con un gesto de resignación, y los dos recién llegados volvieron a mirar a Roland y Markus, que seguían inmersos en su búsqueda de placer…

—Están armados —dijo Brigitte—, pero procuren no matarlos.

Al oír su voz, Markus y Roland se separaron bruscamente. Miraron a Brigitte, sobresaltados, y siguiendo la dirección de su mirada, se volvieron hacia la puerta, subiéndose velozmente Roland los pantalones, al mismo tiempo que experimentaban los dos una reacción histérica, irguiéndose rápidamente, empujándose, gritándose advertencias… Roland, todavía sujetándose los pantalones, echó a correr hacia la separación del comedor-sala de estar con el dormitorio, y Markus sacó frenéticamente la pistola, apuntando hacia los dos hombre de la CIA, pero desviando inmediatamente su arma hacia Brigitte.

—¡Puerca asquerosa, tú vas a pagar…!

A poca distancia de él, los dos Simones de Nassau habían palidecido bruscamente, y al mismo tiempo sus pistolas apuntaban a toda prisa hacia Markus…

Plop. Plop.

Los chasquidos de los dos disparos sonaron como uno solo, amortiguados por el silenciador, y Markus lanzó un chillido al recibir las dos balas, una en la sien izquierda y la otra debajo de la oreja del mismo lado. Su chillido fue brevísimo, giró, y cayó de bruces en el sofá, ya muerto.

Roland había desaparecido hacia el dormitorio, y los dos agentes de la CIA corrieron también hacia allí, pero frenaron precavidamente su marcha cuando estuvieron junto a la puerta. Se colocaron uno a cada lado, preparadas las pistolas con silenciador.

—¡Salga de ahí! —gritó uno de ellos—. ¡No queremos matarlo, pero si entramos lo haremos disparando!

No obtuvieron respuesta.

—Tiene cinco segundos para salir con las manos en alto y sin armas —insistió Simón—. Y empiezo a contar: uno, dos…

El otro miró a Brigitte, que seguía inmóvil, fija la mirada en la puerta del dormitorio. En el breve espacio de tiempo que su compañero dedicaba a contar, el agente de la CIA recordó la inesperada llamada que habían recibido hacia las ocho y cuarto de la noche: Baby estaba en Nassau, en el Prince George Hotel, y les requería para que se apostasen delante del hotel con un coche y vigilasen a un hombre que seguramente la seguirla a ella; ella hablaría con otro hombre, bajito y feo, pero eso estaría bien, ningún problema. Debían estar atentos a quien los siguiese a ambos; si atacaba debían ayudar. Si lo hacían cuando ella estaba de nuevo sola en una playa, no debían intervenir, sino permitir que la capturasen, seguirlos, y solo cuando supiesen el lugar donde tenían su residencia los hombres o el hombre que la capturase, pasar a controlar la situación.

Extrañas órdenes teniendo en cuenta el riesgo que implicaban para ella, pero una orden de Baby era siempre indiscutible, y la habían obedecido al pie de la letra.

—… Y cinco.

El agente que había contado metió la mano izquierda dentro del dormitorio, por un lado de la puerta, localizó enseguida el interruptor, y encendió la luz…

—No, no —exclamó Brigitte—. ¡No quiero que se arriesguen! Él tendrá que salir. Cubran bien la puerta, eso es todo. Si él…

Afuera se oyó de pronto, amortiguado, el zumbido de un motor. Por una fracción de segundos, los tres quedaron desconcertados.

—¡Ha salido por la ventana! —exclamó Brigitte.

Los dos Simones lanzaron una imprecación, y corrieron hacia la puerta. Salieron del *bungalow* a toda prisa, a tiempo de ver el coche de los efebos terminando la maniobra, y lanzándose poderosamente hacia el camino.

Uno de los espías alzó la pistola, apuntó un instante, y disparó. Lo hizo de nuevo. Y otra vez… A la tercera fue la vencida. El neumático trasero derecho del coche estalló, y el coche derrapó hacia aquel lado, alzando una nube de polvo. Pareció que podría continuar escapando, pero volvió a derrapar, se precipitó hacia una palmera, y se estrelló contra ella, crujiendo la chapa metálica, saltando en pedazos el cristal parabrisas.

Luego, de súbito, el silencio.

Los dos agentes de la CIA se quedaron donde estaban, apuntando hacia el coche, que se hallaba a menos de veinte metros. El hermoso rubio tendría que salir, no podía quedarse allí.

Pero no salió.

—Vamos a echar un vistazo. Con cuidado.

Dos minutos más tarde, tras atisbar al coche con todas las precauciones, sabían que no tenían nada que temer. Cada uno por un lado, vieron, por las respectivas ventanillas, al rubio efebo en el asiento: estaba muy echado hacia el respaldo, con la cabeza colgando hacia atrás en forma inverosímil.

Y pocos segundos más tarde, uno de los Simones movía aquella hermosa cabeza hacia delante como si fuese la de un simple muñeco.

—Esto no le va a gustar a ella.

Guardaron las pistolas y regresaron al *bungalow*. *Baby* se puso en pie, y uno de ellos se acuclilló ante ella, para soltarle los pies, mientras el otro pasaba detrás a soltarle las manos.

—¿Lo han matado?

—Disparé contra una rueda, y el coche se estrelló contra una palmera. Fue un golpe más bien flojo, pero ese desdichado tuvo mala suerte: se ha roto el cuello. Lo siento.

—Está bien. Vean si pueden traer el coche aquí delante, y entren el cadáver. Quisiera dar la máxima sensación posible de normalidad.

Simón no estaba muy satisfecho de sí mismo.

—Quizá no debí disparar, pero cuando ustedes se detuvieron aquí, dejamos el coche bastante lejos, y no habríamos llegado a tiempo de regresar a él y perseguir a ese sujeto.

—Ya le he dicho que está bien, Simón. Son cosas que pasan. Seguramente, yo habría hecho lo mismo, antes que permitirle escapar.

—Dígame una cosa: ¿lo soñamos…, o esos dos sujetos se estaban… «amando»?

—Lo estaban haciendo, no soñaron —sonrió fríamente la divina espía—. Y para ellos, yo era una asquerosa mujer.

—¿Asquerosa? —Respingó el otro Simón.

—Muy asquerosa.

—Bueno —movió la cabeza el espía—, era una de las pocas

cosas que me quedaban por hacer: luchar contra homosexuales. ¿Está usted bien?

—Deprimida: es la primera vez que le resulto asquerosa a un hombre. Mejor dicho, a dos.

—Consuélese: aquí tiene a otros dos hombres que lo último que pensarían de usted es que es asquerosa. ¿En qué clase de extraño asunto anda usted metida esta vez?

—Tendré que meditar sobre ello. Ocúpense del coche y del cadáver mientras medito.

—*Okay*.

Los Simones salieron del *bungalow*, mientras Brigitte recuperaba su pistola del cadáver de Markus. Extrajo la billetera de este, y examinó brevemente su documentación. Luego, se aseguró de que no llevaba ninguna otra cosa más en los bolsillos que fuese interesante. No encontró nada. En cuanto a la documentación, seguramente no les serviría de nada saber que Markus Haynes había nacido en tal sitio y en tal fecha. No había ningún indicio respecto a su domicilio actual. En el cadáver de Roland Tuset, canadiense, tampoco había nada que pudiese servirles. Los dos Simones, que habían entrado el cadáver tras remolcar el coche con el suyo hasta delante del *bungalow*, estuvieron mirando en silencio a Brigitte hasta que ella terminó el registro. El improductivo registro.

Por fin, Baby se sentó en un sillón.

—¿De cuántos hombres podemos disponer para concentrarlos en Nassau antes del amanecer? Pero quiero personal experto, no comparsas.

—Mmmm… Siete u ocho.

—¿Nada más? Bien, quizá sea suficiente. Tenemos que esperar a una mujer que llegará mañana por la mañana, supongo. De acuerdo a la lógica, solo puede llegar a Oakes Field, al aeropuerto, así que concentraremos el personal allí… Si están pensando en que podríamos esperarla aquí, olvídenlo: ella no sabe dónde está este *bungalow*, pues en lugar de informarla de ello, le dijeron que la irían a esperar. Sí…, tiene que llegar en avión.

—¿Qué descripción pasamos a los demás sobre esa mujer?

—¿Descripción?

—Claro. Supongo que no será la única mujer que llegue a Nassau en el día de mañana.

—Bueno —sonrió con dureza Brigitte—… Digamos que es tan alta como yo, quizás incluso un poco más. Es elegante, rubia, muy hermosa, con los ojos de color plomo, un gris claro. Pero mucho me temo que esa descripción solo sirva para desorientarnos estoy segura de que no tiene nada que envidiarme a mí en cuanto a su facilidad para el disfraz. Así que, salvo que sea una mujer de estatura indiscutiblemente inferior a la mía, puede ser cualquiera de las que lleguen.

—No va a ser fácil.

—No. Pero lo vamos a intentar todo. Vean si pueden…

—¿No puede llegar disfrazada de hombre? —sugirió el otro Simón.

—Me parece que no —lo miró divertida Brigitte; señaló su vestido, reparado con una aguja imperdible—… Ustedes han tenido ocasión de ver mis senos, así que conocen bien su tamaño, ¿verdad?

—Bueno, pues…

—Vamos, no se azaren. ¡Qué tontería! Lo que estoy tratando de decirles es que mis senos admiten una cierta… presión hasta conseguir un aplastamiento aceptable, y quizá podría disfrazarme de hombre. Incluso lo he hecho en alguna ocasión. No son demasiado grandes.

—Pero muy bonitos —sonrió uno de los espías.

—Gracias. Bien, los de ella también son bonitos, pero bastante más grandes. Si se disfrazase de hombre, resultaría grotesco. No… Vendrá como mujer, naturalmente. Es de suponer que dispone de muchos recursos, pero tenemos que intentarlo todo, así que vean si durante esta noche pueden conseguir en el aeropuerto alguna lista de pasajeros en el que se mencione el nombre de Berenice.

—Berenice… ¿qué más?

—Nada más. Y ni siquiera creo que esto sirva de nada, ya que los pasajes de Estados Unidos a Nassau no son fáciles de controlar. Quizás ella se traslade esta noche a Nueva York, desde donde hay muchos más vuelos a Nassau que desde Washington… En fin, lo intentaremos todo. Quiero que todos estén en Oakes Field en cuanto amanezca.

* * *

A las tres de la tarde del día siguiente, Brigitte Baby Montfot sabía ya que no podrían capturar a Berenice. Lo que no sabía era si Berenice había llegado o no a Nassau. Si Roland o Markus hubiesen sido capturados con vida, les habrían hecho decir por dónde, cuándo y cómo tenía proyectado Berenice llegar. Pero, puesto que ambos habían muerto, no había nada que hacer.

Así que, relajando ya definitivamente su atenta vigilancia, Brigitte se acercó al Simón que tenía más cerca.

—Nos retiramos —dijo.

—Quizá todavía…

—No. Desde luego, no ha llegado, pues yo la habría reconocido. Quiero decir, que no ha llegado en avión.

—Pero usted dijo…

—Quizá fue desde Washington a Miami en avión, y ha llegado a Nassau en una lancha. Como sea, ya no la veremos. Ocúpense de los últimos arreglos con la policía de aquí respecto a los dos cadáveres. También quisiera un pasaje cuanto antes para Washington, y una vez sepan cómo y cuándo llegaré allá, llamen a la Central, a *Mr*. Cavanagh, para que envíe a alguien a esperarme con un coche. Lo espero en el hotel, Simón.

—Bien. Mala suerte, ¿verdad?

—Por ahora —dijo secamente la espía más implacable del mundo.

8

En el aeropuerto de Washington la estaban esperando Simón I y Simón II. Eran las nueve y media de la noche, y Brigitte parecía un poco cansada. En el hotel de Nassau había recogido sus cosas tras enterarse de que el señor Nájera se había marchado. Luego, esperando el pasaje que debía procurarle Simón, no se decidió a tenderse aunque solo fuesen unos minutos a dormir. Para complicarlo todo, el único pasaje que había conseguido Simón había sido en un vuelo Nassau-Miami-Washington, con la consiguiente pérdida de tiempo y el aumento de la fatiga…

—Caracoles —exclamó Simón I—, ¡parece usted cansada!

—Lo estoy. No he dormido en toda la noche, organizando el cerco en el aeropuerto de Nassau. Gracias —dijo cuando Simón II se hizo cargo de la maleta—… ¿Cómo están las cosas por aquí?

—Bien…, pero no demasiado.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Ha sido localizado el coche cuya matrícula facilitó usted. La matrícula corresponde a un Plymouth color crema. ¿Es ese el coche que usted vio?

—Sí.

—Su último propietario es un hombre llamado Harold Saint Cyr, residente en Washington. Incluso hemos localizado su apartamento Pero no a él, ni al coche. Tenemos un montón de hombres buscándolos a ambos.

—Está bien. Pero si mañana a mediodía no hemos conseguido nada por ese lado, iremos a ver a Henry Wallen. ¿Ustedes no se han besado nunca en la boca?

—Caramba, claro —exclamó Simón I—. Cualquier hombre…

—Quiero decir, entre ustedes.

Los dos espías quedaron atónitos.

—¿Entre nosotros? ¿Quiere decir que Simón II y yo nos hayamos

besado el uno al otro?

—Eso quiero decir.

—Je, je —rio Simón II—… Es una broma, claro.

—No. Ojalá me equivoque, pero empiezo a sospechar qué es exactamente el teléfono rosa. En Nassau, dos hombres que me capturaron, llamaron a Berenice, y mientras se disponían a esperar se dedicaron a besarse en la boca, y a cosas aún más… especiales.

—¡Atiza! —exclamó Simón I—. ¿Qué clase de tipos eran esos?

* * *

—Homosexuales —murmuró *Mr.* Cavanagh—… Naturalmente, está fuera de toda duda.

Brigitte dejó la taza de café sobre la mesita que Cavanagh había acercado al sofá, y se tendió en este. Eran casi las once de la noche. Cavanagh estaba pensativo, fruncido el ceño.

—¿Qué sabemos de Henry Wallen? —murmuró Brigitte.

—Está haciendo la vida normal en su caso. No se preocupe por él, está bajo absoluto control.

—¿Han intervenido su teléfono?

—Naturalmente.

Brigitte asintió con un gesto, cerró los ojos, y se quedó dormida. Profundamente dormida…

Una mano se apoyó en su hombro, así que abrió los ojos al mismo tiempo que oía su nombre. Cavanagh estaba junto a ella, de pie, inclinado, retirando la mano de su hombro.

—¿Qué ocurre?

—Han llamado: Henry Wallen ha salido de su casa, con el coche. Berenice lo ha llamado.

Baby se sentó rápidamente en el sofá, y miró su relojito, estupefacta. Eran las doce, es decir, que había dormido una hora. Una hora que le había parecido un segundo. Le zumbaban un poco los oídos, y sentía el cerebro como si estuviese flotando en el espacio.

—¿Lo ha llamado? ¿Cuándo?

—Hace unos minutos. Le ha dicho que tenía que verlo urgentemente en algún lugar discreto. Wallen ha aceptado la entrevista. Le ha dicho a Berenice que lo esperase en la cabaña de

caza, que ella ya sabía cuál era. Estamos investigando eso, pues no sabíamos nada, pero es evidente que Wallen tiene alguna choza por ahí, quizá cerca de un río o un lago. Ya sabe, un lugar donde…

—Sí, sí. Quiere matarlo.

—¿Berenice a Wallen?

—Sí. Lo ha citado para matarlo. Sabe que es la única pista que tenemos en este momento, y quiere eliminarlo. ¿Están los nuestros siguiendo a Wallen, y en contacto por radio con nosotros?

—Por supuesto.

Vamos allá. Tenemos que avisar inmediatamente a los hombres que siguen a Wallen de que si este detiene el coche y se le acerca otro vehículo, intervengan a toda prisa. Hay que conservar vivo a Wallen, ahora más que nunca, pues se verá obligado a darnos muchas explicaciones… ¡Deprisa!

* * *

La prisa de Brigitte resultó inútil.

Cuando llegaron a aquel punto de la carretera, todavía persistía el fuego, las rojas llamas envueltas en humo negro que rodeaban el volcado coche de Henry Wallen.

En realidad, no era ya la carretera, sino un camino que partía de esta, hacia la derecha, un poco antes de llegar a la localidad de Linden, en las estribaciones de Blue Ridge, muy cerca del Shenandoah National Park. En el lugar del «accidente» estaban los hombres que habían seguido el coche de Wallen. Nadie más, por el momento. El coche de Wallen estaba a un lado del camino, retorcido, convertido en una antorcha.

—¿Han podido sacarlo? —exclamó Cavanagh, apenas apearse del coche, detenido detrás del de sus hombres.

—¡Imposible, señor! Eso es un infierno.

—¡Maldita sea…!

Brigitte estuvo unos segundos mirando el coche incendiado y destrozado, antes de musitar:

—¿Cómo ocurrió exactamente?

—Tal como hemos dicho a ustedes por la radio —se adelantó uno de los agentes de la CIA—. Todo iba bien, él viajaba con prudencia, sin prisas, y nosotros podíamos mantener la distancia. Al

llegar al camino, apagamos las luces, para que no nos viese. En la carretera era diferente, pero por aquí podía sospechar. Veíamos bien sus luces piloto, así que no había problemas. Y de pronto, se produjo la explosión, y el coche saltó por el aire, reventando e incendiándose enseguida. Y ahí lo tiene.

Baby se pasó las manos por la cara, que notaba fría y rígida. Lo sucedido estaba bien claro para todos, naturalmente. Berenice citaba a Wallen en un lugar que tenía que ser discreto. Wallen le decía que el mejor sitio era la cabaña que ella ya conocía. Entonces, Berenice, que debía de saber perfectamente que Wallen estaba vigilado, se adelantaba a este, y colocaba la carga explosiva en la carretera, con un dispositivo de radio. Había esperado a que el coche de Wallen estuviese justo encima de la carga explosiva. Y ella, escondida entre los árboles y a prudente distancia, había accionado el mando de radio, haciendo estallar la carga. Así de sencillo.

—¿No vieron a nadie por aquí?

—No. Bueno, la verdad es que detuvimos nuestro coche y corrimos hacia el de Wallen, por si podíamos hacer algo por él.

—Claro. Todo estaba previsto. Además, encontrar a una persona en esta oscuridad, por estos lugares, solo podrían conseguirlo algunos perros. Y cuando los tuviésemos aquí, Berenice ya estaría muy lejos… Todo previsto.

—Es una mujer de cuidado —musitó Cavanagh.

Brigitte no dijo nada. Apretó los labios, y se quedó mirando las llamas. Como emergiendo de estas, vio la imagen de Berenice, tan hermosa, elegante… Y la vio también, con su viva imaginación, entrando en el apartamento de James Potters, con cualquier pretexto. Potters era un hombre normal, educado. Debía de haber recibido la visita no solo con tranquilidad, sino con agrado. Y en cuanto volvió la espalda a Berenice, esta sacó su navaja, y…

—Quizá no hayan visto el fuego desde Linden —oyó—. Creo que deberíamos avisar a las autoridades de allá, o al servicio de guardabosques del parque: esto podría ocasionar un incendio forestal.

—Ocúpense de eso —dijo Brigitte—. Nosotros tenemos mucho trabajo, esta noche. ¿Vamos, señor?

Cavanagh, Simón I y Simón II (ambos recogidos de una de las

salas de reposo de la Central donde estaban descansando) partieron en pos de Brigitte, que se acomodó en el asiento de atrás del coche. Cavanagh se sentó a su lado, y los dos Simones en el asiento delantero, uno de ellos al volante. Tras la maniobra, el coche emprendió el regreso a Langley.

—Me pregunto qué trabajo podemos hacer esta noche —dijo Cavanagh.

—Yo, dormir. Usted, buscar como sea algunas personas que también hayan podido facilitarle información a Berenice. Información parecida a la que Wallen le pasó respecto al asunto de Andinia. Ya no podemos tener dudas sobre eso, ¿verdad?

—Parece que no. Henry Wallen estaba pasando información al teléfono rosa. Y el teléfono rosa, la vendía. El caso de Andinia es típico… Berenice recibe la información de Henry Wallen sobre Andinia, entra en contacto con Guillermo Nájera, y le vende esa información. Y ahora, usted cree que, igual que Henry Wallen, habrá otros hombres con acceso a secretos importantes que están vendiéndolos al teléfono rosa, esto es, a Berenice.

—Sí. Estoy segura de que Berenice dispone de más hombres como Wallen. Tiene que ser así… Por cien mil dólares, no vale la pena complicarse tanto la vida, disponer de efebos, hacer viajes… No, no, no. Hay más políticos, o militares, o diversas clases de personas con acceso a secretos importantes que están conectados con el teléfono rosa.

—Lo cual implica una pavorosa filtración de secretos hacia el teléfono rosa. Secretos que Berenice puede ir vendiendo como mejor le plazca. Muchos de ellos, incluso puede venderlos por partida doble, o triple.

—Sin la menor duda. Así que tenemos que encontrar otro hombre como Henry Wallen, alguien que tenga acceso a secretos verdaderamente importantes.

—Pero… eso va a ser imposible. Es decir, imposible no, pero no nos conducirá a nada. Hay cientos de hombres en Washington que están en conocimiento de secretos importantes. Quizá miles… En la Casa Blanca, en el Pentágono, en el FBI, en el Capitolio, en la propia CIA… ¡Es imposible conseguir nada por ese procedimiento!

—No si buscamos a hombres… peculiares.

—¿Peculiares?

—De entre todos los nombres que ustedes me consigan esta noche, quiero que hagan una selección muy cuidadosa... Quiero saber quiénes de entre la larguísima lista viven en circunstancias especiales. O quizá no deberíamos llamarlas «especiales», sino simplemente diferentes a las de la mayoría. Por ejemplo, lo normal es que todos los hombres que ocupan cargos importantes tengan ya una edad superior a los cuarenta años. A esta edad, un hombre suele estar casado, tener hijos, y llevar una vida diáfana. A esos, los olvidaremos. Y nos concentraremos en aquellos que estén solteros pese a ser ya mayorcitos, a los que no tengan hijos, como era el caso de Henry Wallen, a los que se hayan divorciado de sus esposas sin que se sepan con claridad las causas; a los que nunca se les vea con alguna mujer, a los que...

—Por Dios —jadeó Cavanagh—... ¿Qué está usted diciendo?

—Le estoy hablando del teléfono rosa, señor.

—Pero... lo que usted piensa...

—Pienso lo mismo que está pensando usted ahora. Imagíneselo bien, con calma: un teléfono rosa... Yo insisto en que eso, a mí, me sugiere vida amable, amor en una u otra forma, romanticismo... Y no olvidemos que dos de los empleados de Berenice eran homosexuales. Y muy hermosos.

Cavanagh se pasó una mano por la frente. En ocasiones, la lucidez del cerebro de Baby le producía escalofríos, como en este momento. Pero no solo era la lucidez, que tan bien conocía, sino aquella... capacidad imaginativa, que a veces llegaba a extremos aterradores.

—Le conseguiré esa lista —aseguró.

* * *

Hacia las diez y media de la mañana, tras siete horas de reparador sueño, ya desayunada, y fumando el segundo cigarrillo del día, Brigitte Montfort se encontraba en óptimas condiciones, aunque un tanto irritada consigo misma. Fumaba demasiado. Y en aquel mismo momento, cuando se proponía reducir a la mitad su consumo de cigarrillos, se abrió la puerta del despacho de Cavanagh, y este entró, con una carpeta bajo el brazo.

—Buenos días —saludó.

—Buenos días —sonrió Brigitte—. Parece que esta noche le ha tocado a usted pasarla en vela, señor.

—Estoy acostumbrado. Le traigo una serie de expedientes cuidadosamente seleccionados. Muy cuidadosamente.

Brigitte alzó las cejas, un tanto perpleja, pero se limitó a tomar la carpeta de manos de Cavanagh y a sentarse en el sofá, colocándola sobre sus rodillas. La abrió, tomó el primer expediente, y al verlo soltó un respingo, para mirar enseguida, vivamente, a Cavanagh. De pronto sonrió.

—Me alegra comprobar que está de buen humor, señor. Es una broma simpática.

—No es una broma —negó Cavanagh, muy serio—. Como es habitual entre nosotros, le estoy permitiendo que lleve el asunto a su manera, así que no tango por qué ocultar datos que podrían entorpecer su trabajo. Yo tengo bastante más de cuarenta años, soy soltero, no acostumbro a exhibirme con mujeres, y vivo solo en una linda casita con jardín y algunos canarios, como usted bien sabe. Me pareció que debía encabezar la lista de sus sospechosos.

—De acuerdo —aceptó Brigitte, sin dejar de sonreír—. Está usted bajo mi punto de mira, señor. Pero, con su permiso, lo iré dejando para más adelante. Veamos el siguiente.

—También es muy interesante.

De nuevo alzó Brigitte las cejas. Dejó a un lado el expediente personal de Cavanagh, y miró el siguiente. Le resultó imposible contener una carcajada, al ver el nombre del sujeto: Charles Alan Pitzer, jefe del Sector New York de la CIA.

—Formidable —dijo—. Verdaderamente, tío Charlie ha cumplido ya los cuarenta añitos hace algún tiempo, es soltero, y vive rodeado de flores en su floristería-pantalla de Nueva York. Le aseguro que lo tendré muy en cuenta.

Dejó este expediente sobre el de Cavanagh, el cual se sentó en un sillón y se dispuso a esperar. El total de expedientes mecanografiados en otros tantos resúmenes era de cuarenta y dos, así que había para rato, aun teniendo en cuenta que Brigitte utilizaba el sistema rápido de lectura; que no podía llamarse propiamente lectura, sino velocísimas fotografías de líneas completas. Así que todavía no eran las doce cuando la espía terminó su estudio previo.

—¿Todavía no sabemos nada del coche, ni de su propietario, el tal Harold Saint Cyr? —preguntó.

—Lo están buscando todos los agentes disponibles en este hermoso domingo de otoño. Nada todavía.

—Sí, es un hermoso domingo de otoño. —Brigitte miró hacia el ventanal, estuvo así unos segundos, y, de pronto, retiró uno de los informes mecanografiados, que contempló con el ceño fruncido—… En primer lugar, me decido por este: Paul Delano Grawman, empleado en la Secretaría de Estado.

9

Simón I detuvo el coche junto al bordillo, y volvió la cabeza hacia el asiento de atrás.

—Faltan unas trescientas yardas, calculo. ¿Le parece bien aquí?

—Sí, está bien.

—Quizá deberíamos acompañarla —sugirió Simón II, sentado junto a su compañero.

—Ustedes esperen aquí, y no se acerquen a la casa a menos que yo misma les llame por la radio de bolsillo.

—Como quiera —se resignaron.

Baby salió del coche, y continuó avenida adelante, hacia la casa donde vivía Paul Delano Grawman. Una avenida amplia de suburbio elegante. Silenciosa, solitaria, con árboles a los lados, y hermosas casas casi todas ellas de dos pisos, blancas, precedidas por un jardín de césped que llegaba hasta la acera. El silencio y la quietud eran sorprendentes.

Paul Delano Grawman estaba precisamente en el jardín, recortando un pequeño seto. Llevaba unos pantalones tejanos y un jersey azul pálido, muy deportivo, atuendo que sin duda le rejuvenecía bastante. Debía de tener poco menos de cincuenta años, era atractivo, de cabello ondulado con las sienes canosas. Esto, y un discreto bronceado solar, lo convertían, cuando menos, en un hombre muy interesante.

Desde la acera, tras mirar el número de la casa, Brigitte se quedó mirando al hombre, especulativa. Grawman la había visto acercarse, pero no le hizo caso, y continuó con su apacible trabajo que le permitía tomar el sol. Transcurridos unos segundos, miró hacia la acera, y la vio allí, mirándole. Todo lo que hizo Grawman fue parpadear, como sorprendido. Luego, reanudó su trabajo otra vez.

Brigitte recorrió el sendero de losas con césped entre medio, y se detuvo a pocos pasos del hombre.

—¿Señor Grawman?

Este volvió la cabeza de nuevo, y Brigitte vio la brevísima crispación en sus párpados.

—Sí. ¿Qué desea?

La espía se acercó más. Sonrió.

—Tiene usted un bonito jardín, señor Grawman.

—Gracias. ¿En qué puedo servirla?

—¿Sería mucha molestia para usted recibirme en la casa?

Grawman volvió a parpadear. Sí, tenía un gesto nervioso en un párpado, un tic vibrante, convulsivo. Lástima. Miró avenida abajo, hacia el lugar por el que había visto acercarse a la hermosa mujer de grandes ojos azules. Cuando volvió a mirar a Brigitte, esta captó un extraño destello en los ojos de Grawman, que no supo definir.

—Bueno… Estoy un poco ocupado ahora… Y ya ve cómo estoy vestido, señorita… señorita…

—Connors. Lili Connors.

—Ya. —De nuevo vio Brigitte aquel destello en los ojos de Grawman—. Bien, como le digo, estoy ocupado.

—Solo le haré perder tres o cuatro minutos, señor Grawman. Por favor. Y le aseguro —sonrió encantadoramente— que no vendo nada. Ni siquiera seguros. Además, hoy es domingo.

—¿De qué quiere hablarme?

Brigitte volvió a sonreír, miró hacia la puerta de la casa, y de nuevo a Grawman. Este se resignó. Dejó las grandes tijeras sobre el seto, y señaló hacia la puerta.

¿Por qué había elegido Brigitte a Paul Delano Grawman? Por muchas circunstancias, todas agravantes de acuerdo a la idea que la espía tenía sobre el extraordinario asunto. Paul Grawman no era soltero, sino divorciado. Tenía tres hijos, pero, en cuanto estos se habían hecho un poco mayores, bruscamente, dejaron de tener cualquier clase de contacto con su padre. Simplemente, Paul Delano Grawman se había quedado solo.

Es corriente, y hasta razonable, que un hombre y una mujer se divorcien.

¿Por qué no, si eso es lo que ambos desean cuando ya no queda nada que los una? En el caso de Grawman, la cosa era diferente. Se podía admitir el divorcio de su esposa, y que luego jamás volviesen a verse; a fin de cuentas, no todas las personas tienen la elegancia

de saber aceptar el divorcio, ni la suficiente comprensión para seguir siendo en adelante buenos amigos… También se podía admitir que Grawman, escarmentado por los resultados del primer matrimonio, hubiese decidido no volver a casarse. Hasta aquí, perfecto y normal. Lo que ya no era normal era que, de súbito, los hijos de Grawman dejasen de relacionarse con este en ningún sentido. Dos hijos y una hija, los tres mayores de veinte años. Edad más que suficiente para aceptar la decisión de sus padres y repartir amablemente y con comprensión su cariño entre ambos. O cuando menos su afecto.

Pero no.

No había sido así con Grawman, no… Paul Grawman abrió la puerta.

—Pase.

Entraron en la casa. Brigitte echó un rápido vistazo al rededor.

—Tiene una bonita casa, señor Grawman.

—Muy amable. Vamos a la sala.

—¿Está solo?, quiero decir que quizás esté su esposa, o…

—Vivo solo.

—Ah. Por un momento temí que hubiesen querido tomarme el pelo. Supongo que ha sido debido a su extraña actitud.

—¿Mi extraña actitud? ¿A qué se refiere?

—Pues, me ha dado la impresión de que no me estaba esperando.

Ya los dos en la sala, Grawman se quedó mirando estupefacto a Brigitte.

—¡Claro que no la estaba esperando! —exclamó.

Ella le miró con sonriente curiosidad. Por fin, movió la cabeza, se colocó en el centro de la sala, y dijo:

—La verdad es que he conocido hombres de toda clase, señor Grawman. Ya sabe usted, en esta profesión… En fin, soy una chica amable y paciente, pero si hay algo que me fastidie son los tímidos y los indecisos. No es que tenga prisa, pero tampoco quisiera pasarme el resto del día aquí. Hay otros clientes dispuestos a gozar con mis habilidades sexuales… ¿Comprende?

—¡No entiendo nada de lo que dice!

Lili Connors suspiró, como desalentada. Dejó sobre un sillón el maletín rojo con florecillas azules estampadas, y acto seguido, se

quitó el vestido. Grawman lanzó una exclamación, y retrocedió un paso. Cuando Lili se quitó la combinación, y luego los sujetadores y finalmente los pantaloncitos, el aterrado señor Grawman palideció como un muerto.

—¿Qué… qué hace usted? —gritó.

—Mire, señor Grawman, cuando se llama a una chica como yo, hay que estar seguro de lo que uno está dispuesto a hacer. A mí me han dicho que viniese aquí a atender un cliente, y aquí estoy… ¿Dónde está el dormitorio?

—¡No vamos a ir al dormitorio!

—Oh… ¿Es usted de los caprichosos? Está bien… ¿Quizás en un sillón, o en el sofá? En una silla puedo ofrecerle el estilo Luis XV… ¿Lo conoce?

—¿Una… una silla de estilo… Luis XV?

—¡No! —rio gozosamente Lili, acercándose a él—. ¡No es la silla la que tiene el estilo Luis XV, sino yo en la postura que…! Pero será mejor que se siente usted en una silla, y yo haré el resto.

Había llegado ante él, y siempre riendo, le tomó las manos y se las puso en sus propias caderas. Luego, bajó las suyas en busca del hombre, que dio un salto atrás.

—¡No me toque! —chilló Grawman.

—Entonces… ¿cómo quiere que juguemos al sexo? No creo que sea algo que se pueda hacer por correspondencia. Aunque no estaría mal… Vamos, señor Grawman, por favor: hoy tengo el día amable y cariñoso. —Lo volvió a sujetar por las manos, lo sentó en una silla del rincón, y se sentó sobre él—… Así… ¡Oh, qué estupendo…! ¿De verdad no conoce usted el estilo Luis XV?

—No… no conozco… No… —jadeaba Grawman.

—Pues le ha llegado el momento de enterarse de algo verdaderamente sensacional. Pero ¿se puede saber qué espera usted para desabrocharse? Además, no noto que usted… ¡Es usted un tipo muy raro, señor Grawman!

Este consiguió reaccionar, por fin, y se puso en pie bruscamente, casi derribando a Lili.

—¡Yo no he pedido nada, no he llamado a nadie, no quiero saber nada de sus estilos…! ¡Vístase y salga de aquí inmediatamente! ¡Y puede darse por satisfecha de que no llame a la policía!

—Caramba, tampoco hay para ponerse así —sonrió Lili—… ¿Sabe lo que pienso?: pues pienso que esto ha sido una broma de algún amigo suyo.

—¡No me gustan estas bromas!

—Pero hombre, cálmese. Tampoco me parece que deba escandalizarse tanto por ver una chica desnuda y dispuesta a complacerle. Y por otra parte, tengo la convicción de ser más bien… apetecible. ¿No está de acuerdo? Me parece que sí… De modo que ya que estoy aquí… ¿qué le parece si nos damos los dos el gran capricho?

—¡Salga de mi casa!

Lili Connors se quedó mirándolo fijamente unos segundos. Sí, había que llevar la función hasta el final.

—De acuerdo —murmuró—. En realidad, solo queríamos convencernos de que no ocurría nada especial en su casa.

—¿Especial?

—¿No ha estado oyendo el timbre del teléfono toda la mañana, señor Grawman?

—No… No, no.

—En ese caso, debe de estar estropeado. Esta noche ha ocurrido algo… inquietante, y Berenice se ha dedicado a hacer llamadas a todos ustedes para advertirles.

—Advertirnos ¿de qué? ¿Quién es Berenice?

—¿No lo sabe? ¿De verdad? Mire, señor Grawman, ahora ya no estoy haciendo la tonta. Berenice le ha estado llamando. Oía el timbre de su teléfono, pero usted no contestaba. Entonces, ha pensado que podía haberle ocurrido un accidente, como al señor Wallen. Los demás están bien.

—No sé de qué… de qué está usted hablando…

—Ya veo que no cree que me envía Berenice. Bueno, a veces ocurre que un teléfono no recibe llamadas, pero sí se puede llamar con él. ¿Por qué no prueba y llama usted a Berenice?

—No sé quién es esa Berenice, ni su número…

—¿No sabe usted cuál es el número del teléfono rosa? ¡Vamos, señor Grawman…! Le repito que ahora estoy hablando en serio. Recapacite: ¿no sabe quién es Berenice, ni los efebos, ni cuál es el número del teléfono rosa?

Paul Delano Grawman palideció hasta el límite. Quedó de pie,

tan blanco y demudado el rostro, que por unos segundos semejó una estatua. De pronto, reaccionó.

—Vístase —susurró—… Mientras tanto, yo llamaré al teléfono rosa desde el despacho.

—Eso está mejor —sonrió Lili Connors.

Grawman salió de la sala, con paso rígido. Lili permaneció inmóvil, escuchando sus pasos. Cuando oyó cerrarse la puerta del despacho, al otro lado del vestíbulo, se quitó rápidamente los zapatos y, completamente desnuda, caminó hacia el vestíbulo. Ya tendría tiempo de vestirse. Ahora, lo que urgía era saber cuál era el número del teléfono rosa… Y para conseguirlo, solo tenía que aplicar una orejita a la puerta del despacho y oír el girar del disco. Conservando en su memoria el sonido del disco en sus diferentes giros, podría luego reproducirlo utilizando un teléfono, con lo que conseguiría el número del teléfono rosa. Y esto, en previsión a que Paul Delano Grawman, que había caído en la trampa, se mostrase luego tan reacio que les hiciera perder un tiempo precioso. Precioso, porque en cuanto Berenice recibiese la llamada, comprendería que habían cazado a Grawman, y se apresuraría a levantar el vuelo…

Llegó ante la puerta, y se recostó cuidadosamente en ella, aguzando su finísimo oído. Grawman todavía no estaba marcando el número. Quizá lo tenía apuntado en algún sitio, muy bien oculto. No podía tardar ya mucho. Aunque estaba tan nervioso que…

¡Crac…!

El estampido del disparo sobresaltó tanto a Baby, que dio tal salto que estuvo a punto de caer sentada al suelo, mientras su ojos se abrían con un gesto de espanto, y, enseguida, de comprensión. Se abalanzó hacia la puerta, la abrió, y se apartó a un lado, siempre precavida. Pero no… No era un truco de Grawman, no, sino lo que ella había pensado casi en el acto de oír el disparo. Paul Delano Grawman yacía en un sillón, estiradas las piernas, la cabeza echada hacia el respaldo, los brazos colgando a los lados. En el suelo se veía la pistola recién disparada… Y la parte superior derecha de la cabeza de Paul Grawman estaba convertida en una horrenda masa oscura, que se deslizaba hacia la oreja y aquel lado del cuello.

—¡Dios…!

Era una tontería molestarse siquiera en comprobar si aún

conservaba vida. Así que Brigitte regresó a la sala, se vistió a toda prisa, y sacó del maletín la radio de bolsillo, apretando el botoncito de llamada.

—Simón, tienen que… ¿Simón? Silencio.

—¿Simón?

—Sí, diga.

—No —se tensó la voz de Brigitte al oír aquella otra voz desconocida—… No le llamo a usted.

—Le aseguro que soy un Simón, Baby. Estoy…

—¡No me importa dónde esté usted, ni quién sea! ¡Estoy llamando a los Simones que han sido denominados I y II para respaldarme en este trabajo! ¡Simón! —gritó—. ¡Simón!

Silencio.

Brigitte cerró los ojos, y suspiró profundamente.

—Baby llamando a Simón I y Simón II —tembló su voz; y casi se convirtió en un gemido para añadir—: por favor, Simón, conteste. Por favor…

Silencio.

Brigitte abrió los ojos. Estaba lívida.

—Llamo ahora a cualquier Simón que me esté oyendo: avisen a *Mister* Cavanagh para que venga al domicilio de Paul Delano Grawman, con un grupo de expertos para registrar la casa. Díganle que Grawman se ha suicidado. Que adopte todas las medidas necesarias para una total discreción.

—Entendido —sonó la voz de antes, tensa.

—Es todo.

Cerró la radio, y salió de la casa. Notaba un vacío en el estómago, una horrible angustia. Cruzó el jardín convencida de que cuando llegase al coche donde la estaban esperando Simón I y Simón II los iba a encontrar muertos.

Pero no. No los encontró muertos.

Simplemente, no los encontró. El coche no estaba allí. ¿Qué había ocurrido? La avenida continuaba silenciosa y solitaria. Al parecer, los habitantes de las otras casas, si es que había alguno en ellas, no habían oído el disparo con el que Paul Grawman había puesto fin a su vida.

Regresó a la casa, dispuesta a esperar la llegada de *Mr.* Cavanagh y de los hombres que lo registrarían todo meticulosa y

metódicamente, en busca de alguna pista que pudiese ayudarles a localizar el teléfono rosa. Estaba cruzando el vestíbulo cuando le pareció oír un leve zumbido. Lanzó una exclamación, y se precipitó hacia la sala. Allá, sobre el maletín abierto, la pequeña radio estaba zumbando, en efecto. Admitió la llamada rápidamente.

—¿Sí?

—Hola —oyó la voz de Simón I—. ¿Nos ha estado llamando usted?

—Por Dios… ¡Claro que les he estado llamando! ¿Qué ha ocurrido? ¿Dónde están ustedes?

—Estamos siguiendo el coche Plymouth de color crema. Lo vimos pasar por la avenida, cerca de nosotros. No podíamos creer lo que veíamos al distinguir la matrícula, pero pensamos que debíamos seguirlo. Hasta ahora no hemos podido llamar, ni nos convenía atender su llamada, lo siento.

—Está bien. ¿Seguro que ese es el coche?

—Caramba, claro.

—¿Quién lo conduce?

—Un hombre. Va solo. En mi opinión, se disponía a visita a Grawman, pero quizá debió de verla a usted, y decidió seguir avenida arriba. Al principio pensamos que solo quería dar una vuelta y volver a pasar por allí, pero no es así. Se está alejando cada vez más de ahí. Continuamos tras él, ¿no?

—¡Desde luego!

—Bueno, lo digo porque usted sabe que estas pequeñas radios son muy especiales en cuanto a su alcance, pero aun así, si ese sujeto se aleja más de cincuenta millas, ya no podremos comunicarnos con usted. ¿Le parece que la llamemos entonces a la casa de Grawman, por ejemplo? Por teléfono, quiero decir.

—No creo que se aleje más de cincuenta millas. Ese hombre, supongo que es Harold Saint Cyr, debe de vivir cerca de Washington. Pero si no fuese así, arréglenselas como quieran o puedan. Yo estaré esperando noticias aquí, en efecto, en la casa de Grawman.

—De acuerdo.

—No tomen decisiones personales —recomendó como siempre Baby—. Solo síganlo, y cuando llegue a destino, avísenme. Luego, se limitan a tenerlo vigilado mientras yo llego. ¿Está claro, Simón?

—Sí, no se preocupe. Pero, señorita Montfort, se ha vuelto a equivocar: no soy Simón. Simón se quedó en la Central. Yo soy Swanson, Jerry Swanson.

—Ah —quedó de nuevo lívida Brigitte—… Bueno, lo siento, pero no creo que tenga ninguna importancia, ¿verdad?

—Claro que no. ¿Algo más?

—No. Quedo esperando su llamada, de un modo u otro.

—*Okay*. Despedida y cierre.

Brigitte cerró también su radio, y se quedó inmóvil. Por fin, se dejó caer en un sillón, anonadada.

10

Cavanagh la encontró en aquel sillón, con la mirada fija en el suelo, con un cigarrillo consumiéndose entre sus dedos. Había encontrado la puerta de la casa abierta, y tras entrar había llamado a Baby, sin obtener respuesta. Al verla allí, tranquilamente sentada, su tensión desapareció, y se volvió hacia el grupo de hombres que a sus espaldas miraban también a la espía.

—Registren todo.

—Sí señor.

Cavanagh entró en la sala, y se sentó frente a Brigitte, mirándola con suma atención. Ella alzó la cabeza, miró el cigarrillo y, sin fumar, lo apagó en un cenicero. Luego, miró a Cavanagh.

—¿Simón I se llama Jerry Swanson? —musitó.

—Sí. ¿Cómo lo sabe usted?

—Él me lo ha dicho. También me ha llamado «señorita Montfort». No —cortó el hosco gesto de Cavanagh—, no hay por qué disgustarse con Jerry Swanson, señor: simplemente, a su manera, me ha dicho que él y Simón II están en dificultades.

—¿Qué dificultades?

—Los han capturado. Mientras yo estaba aquí, ellos fueron capturados, supongo que por algunos efebos. Cabe la posibilidad más que aceptable de que muchos Simones sepan quién soy en realidad. Mi fotografía aparece de cuando en cuando en el *Morning News*, y algunas veces en otros periódicos, y revistas… Muchos de los Simones que trabajan en la Central saben que Baby es la señorita Montfort, pero *jamás* me han llamado de otro modo que Baby. Pero vamos a suponer que ni Simón I ni Simón II saben que soy Brigitte Montfort. Entonces, es todavía peor, porque significa que Berenice, a la que Henry Wallen debió de mencionarle mi nombre, está con ellos. Esa mujer no me pierde de vista. Es increíble. Debió de llegar a Nassau por otro medio que no fuese el avión, y acudir a la cita

con Roland y Markus. Al no verlos, comprendió que las cosas se habían complicado, y escapó. Volvió aquí, y preparó la muerte de Henry Wallen. Luego, ha continuado convertida en mi sombra.

—Entiendo que usted vino sola a esta casa. ¿No cree que Berenice pudo aprovechar el momento para atacarla?

—No —Brigitte sonrió secamente—… Esa mujer me está tomando mucho respeto. Así que, en lugar de atacarme directamente, me está preparando una trampa. Y piensa utilizar como cebo a los Simones. Sí… Los capturaron en el coche, por sorpresa. Ahora, los están llevando a alguna parte para retenerlos. Cuando yo llamé, no les permitieron contestar por la radio. Luego, tras darles instrucciones, les ordenaron que me llamasen ellos a mí, para iniciar la trampa… Y Jerry Swanson hizo lo único que podía hacer: avisarme de que algo estaba mal. Espero que Berenice no se haya dado cuenta.

—No es probable. A fin de cuentas, Swanson lleva documentación normal a su nombre. Si desconfían, verán que en efecto se llama así, y asunto terminado.

—¿Qué harán con ellos? —Se llevó Brigitte las manos al rostro—. Dios mío, ¿qué harán con ellos…, con mis Simones?

Cavanagh se mordió los labios. ¿Qué podía decir? Se puso en pie, y salió de la sala, dejando de nuevo sola a Brigitte. Esta permaneció en el sillón, mirando la pequeña radio de bolsillo, que había dejado sobre la mesita. ¿Qué harían con los Simones? ¿Cuándo pensaban llamar, qué estaban tramando…?

Mr. Cavanagh reapareció unos minutos más tarde. Había estado en la cocina, donde había preparado unos bocadillos. Dejó la bandeja con estos y las dos latas de cerveza sobre la mesita, y miró a Brigitte.

—Es la hora del almuerzo.

Brigitte miró los bocadillos, luego a Cavanagh, y no reaccionó en ningún otro sentido. Cavanagh tomó uno de los bocadillos, y lo mordió, sin dejar de mirar a su comodín en el Grupo de Acción de la CIA. Brigitte lo volvió a mirar, asintió, y tomó uno de los bocadillos.

Y de pronto, mientras lo mordía, mirando a Cavanagh a los ojos, lo comprendió. Comprendió aquella extraña mirada que Paul Grawman le había dirigido en dos o tres ocasiones.

—Me reconoció —exclamó—… ¡Grawman me reconoció!

—¿Qué quiere decir?

—A los pocos segundos de estar hablando con él, me situó en su memoria. Supo que yo era Brigitte Montfort, la famosa periodista de Nueva York con tan buenas relaciones en Washington. Eso le sorprendió. Decidió seguir mi juego, a la expectativa. Y cuando le mencioné el teléfono rosa y a Berenice, comprendió que estaba acorralado. Yo tengo la culpa de que se haya suicidado.

—Iremos con más cuidado con los otros.

—Ya no habrá otros. Berenice tiene que haber comprendido que dispongo de algún sistema para identificar a sus amigos que la llaman al teléfono rosa. Seguramente, en estos momentos, además de peligrosa me está considerando inteligente… Así pues, habrá tomado sus medidas. A partir de ahora, aunque visitásemos a uno de eso traidores, no conseguiríamos nada. Ella les habrá advertido de que todo lo que tienen que hacer es permanecer tranquilos y negar, y eso es lo que harán. Y por supuesto, nosotros no podemos detener a un alto empleado del Gobierno o del Pentágono solo porque esté soltero o no se le haya visto con mujeres. Por otra parte, entre nuestros seleccionados habrá muchos que no tendrán nada que ver con el teléfono rosa, lógicamente. Pueden estar solteros o divorciados porque les dé la gana, y asunto concluido.

—Usted tuvo buena vista con Grawman… Quizá pueda seleccionar a otro como él.

—No. Vine aquí a ciegas, a probar. Dio resultado, pero fue porque Grawman no había recibido instrucciones. Los demás, para cuando yo eligiese a alguno de ellos, sí habrían recibido instrucciones de Berenice. Ya no conseguiremos nada por ese procedimiento.

—Encontraremos otro. Estoy seg…

La radio sonó, y Brigitte la tomó cuando todavía estaba emitiendo el primer zumbido. Pero supo contenerse, y esperó a que sonase un par de veces más. Admitió entonces la llamada, y su voz fue natural, tranquila:

—¿Sí? ¿Es usted, Jerry?

—Hola. Sí, soy yo. Bien: tenemos algo interesante. Estamos a unas treinta millas de ahí, hacia el norte. El tal Harold Saint Cyr parece haber llegado al término de su viaje: una granja.

—¿Hay alguien en esa granja?

—No hemos visto a nadie. Más bien se me ocurre que el sujeto en cuestión la utiliza como escondrijo Por eso, aunque lo hemos buscado con ahínco, no hemos conseguido hasta ahora encontrarle a él, ni al coche.

—Entiendo. ¿Dónde está esa granja?

—¿Tiene un plano a mano?

—No. Pero nuestro jefe está conmigo, y estoy seguro de que entenderá sus explicaciones, Jerry.

—Ah, magnífico. Aunque nosotros hemos dado algunas vueltas para llegar aquí, hay un camino directo. Veamos, desde ahí, desde la casa de Grawman…

Durante un par de minutos, Jerry Swanson se estuvo explicando, interrumpido un par de veces por Cavanagh. Por fin, la situación de la granja quedó entendida incluso por Brigitte, que tomó de la palabra.

—Saldré para ahí dentro de cinco minutos, Jerry. Mientras tanto, sigan vigilando al individuo, y si viesen que pretende marcharse, deténganlo, ya no esperen más.

—*Okay*. ¿Va a venir sola?

—Claro. No vamos a movilizar a más personal por un solo hombre. En realidad, si no fuese porque espero encontrar algo interesante en esa granja, me limitaría a pedirles que lo capturasen ustedes y lo llevasen a Langley. Pero estoy segura de que algo encontraremos en la granja. ¿Todo entendido?

—Desde luego. La esperamos.

—Es todo.

Y Brigitte Montfort, alias Baby, cerró la radio.

* * *

Exactamente a treinta y tres millas de allí, Simón I cerró también la radio, y miró a Berenice, cuyos ojos color plomo fundido parecían clavados en él. Con Berenice había dos atléticos y hermosos efebos. Altos, soberbios en su belleza; uno era pelirrojo, y el otro tenía una magnífica cabellera color castaño, cuidada con un esmero admirable. La única nota discordante con su belleza y su elegancia eran las pistolas que empuñaban. Cualquiera de los dos habría

formado una espléndida pareja con la rubia Berenice de grandes ojos, piel finísima, formas rotundas y bellas. Como era habitual en ella, mostraba con considerable generosidad uno de sus mayores atractivos: el profundo escote que separaba los henchidos senos de forma impecable.

—Ya está —musitó Simón I—… Nosotros hemos cumplido. Ahora le toca a usted.

Berenice sonrió deliciosamente.

—Todavía no ha venido esa mujer, señor Swanson.

—Pero vendrá. ¡Y usted nos ha ofrecido dejarnos…!

—Cumpliré mi palabra cuando ella haya llegado. Mientras, tanto, les advierto que pagarán cara cualquier dificultad que nos ocasionen. Y ya tienen una prueba de nuestra eficacia, ¿no es así, señor Kovacs? —sonrió de nuevo mirando a Simón II.

Este frunció el ceño, y apretó los labios. Todavía le dolía la cabeza debido al golpe recibido en lo alto de la frente cuando intentó reaccionar al aparecer junto al coche los dos hermosos sujetos que acompañaban a Berenice. Allá donde la pistola le había golpeado, tenía una herida que había dejado de sangrar, pero que se había hinchado y oscurecido notablemente.

—Es guapo —rio uno de los efebos—… Está enfadado, pero es muy guapo, Berenice.

—¿De verdad te gusta, Oliver? —rio Berenice.

—¡Huy…! Y me parece que a Abel también le gusta. ¿Verdad, Abel?

—Los dos son guapos —asintió melosamente el otro efebo—. Pero me parece que son de esos hombres tontos y difíciles de convencer. Deben de ser de esos cochinos que prefieren las mujeres.

Simón I y Simón II miraban de uno a otro, no ya incrédulamente, sino pasmados, preguntándose si realmente estaban viendo algo real, oyendo algo real. Berenice se limitó a reír, se incorporó, y se colgó del cuello de Oliver, para besarle en la boca, profundamente. Con lo cual, y contemplando el evidente placer con que Oliver correspondió al beso, la confusión de los dos agentes de la CIA aumentó.

—Ustedes —masculló de pronto Simón I— ni siquiera tienen la disculpa de ser homosexuales: son unos degenerados.

—¡Ignorante! —exclamó Abel, y se acercó a Oliver y Berenice,

que se habían separado para mirar a Simón—. Berenice, bésame a mí ahora, querida.

—¿Cómo no, mi amor? —sonrió dulcemente Berenice.

Oliver cedió sin rencor alguno su puesto a Abel, que estaba abrazando ávidamente el turgente cuerpo de Berenice. Puesto que no hubo interrupciones esta vez, el beso fue más largo que con Oliver, al cual no parecía importarle demasiado. Toda su atención se centraba en vigilar estrechísimamente a los agentes de la CIA, que permanecían sentados en el suelo, en un ángulo del comedor-estar de la sucia y destartalada granja.

—Eres encantador —suspiró Berenice, separándose por fin de Abel—. Es una lástima que no aprobases el cursillo, Abel.

—Quizá dentro de algún tiempo pueda conseguirlo —encogió los hombros el efebo—. Al fin y al cabo, fuera de la mansión se van aprendiendo cosas. Y en práctica directa, además.

Berenice sonrió, de aquel modo tan cautivador. Se acercó a la ventana, encendió un cigarrillo, y miró al exterior.

Delante de la casa había una explanada bastante grande; terreno descubierto. Luego, había campos cuyo abandono para el cultivo era evidente. Por allí, en terreno completamente despejado, estaba el camino por el que tenía que llegar aquella maldita Brigitte Montfort, a la que tanto odiaba Berenice… La odiaba de tal modo que cuando pensaba en ella incluso se sentía mal, como si algo le oprimiese el estómago de un modo horrible. Si podía capturarla viva la llevaría a la mansión de los efebos, y allí, después de darle la mayor sorpresa que sin duda habría tenido en toda su vida la Montfort; la destrozaría. Sí. La haría pedazos. Pequeños, diminutos pedazos que iría echando a los perros. Primero, la grandiosa sorpresa. Luego, le cortaría un pecho; después, le arrancaría un ojo: después…

Berenice parpadeó. No debía dejarse dominar por sus pensamientos en un momento como aquel, en el que la presa se estaba acercando. Pero ¿llegaría realmente sola, o con más hombres de la CIA? Fuese como fuese, Berenice lo había previsto todo. Si Brigitte Montfort llegaba sola, podrían capturarla viva, llevarla al helicóptero que tenía camuflado detrás de la casa, y trasladarla a la mansión, para… jugar con ella. Si llegaba acompañada, mataría a sus dos compañeros de la CIA, y también a ella, desde la casa.

Luego, saldría por la parte de atrás, y correría hacia el helicóptero, para escapar en él inmediatamente, sin esperar nada más.

Todo, todo estaba previsto esta vez…

—Berenice —llamó de pronto Oliver—: ¿avisaste que mi hermano va a llegar a la mansión?

—Sí —se volvió Berenice—. Lo estarán esperando en la estación de Quebec. Dijiste el martes, ¿no?

—El martes —asintió Oliver—. A las ocho y veinte. Habría llegado antes, pero cuando le llamé me dijo que acababa de llegar de San Diego, y que tenía que arreglar algunos pequeños asuntos en Boston antes de dejarlo todo.

—Tu hermano debe de haberlo pasado muy bien en la *Navy*, con tantos hombres —rio Abel.

—No creo —negó Oliver—. Christopher no es ningún idiota, así que allá habrá sabido comportarse como se espera de un «marine». Aunque algo habrá aprendido, claro. Estoy seguro de que él si pasará con todos los honores las pruebas del cursillo. Es más guapo que todos nosotros juntos.

Berenice alzó las cejas, en amable gesto de reprimenda.

—Ya sabes que no se trata solo de ser guapo, Oliver.

—Sí, lo sé. Pero ya veréis como Christopher lo consigue —Oliver miró de nuevo a Abel—, y no como nosotros, que hemos sido destinados a las labores más ingratas. No es que me preocupe o me remuerda la conciencia, pero la verdad es que no me gusta matar… Me pone enfermo.

—A todo se acostumbra uno —encogió los hombros Berenice.

—¿Mató usted a la señora Wallen? —preguntó de pronto Simón II.

Berenice le dirigió una irónica mirada, mientras se sentaba en una polvorienta silla, cruzando sus esbeltas piernas.

Por un momento, la impresión fue de que no iba a contestar, pero, de pronto, soltó una carcajada.

—Era una estúpida… Oyó a su marido llamarme por teléfono. Wallen llamó al teléfono rosa, para facilitarme una información y ella escuchó la conversación. Pero, además, oyó que su marido me pedía un efebo para el fin de semana. Tenía preparada una excusa para pasarlo fuera de casa, ya había hablado de esto con su mujer. Lo que quería Wallen era que, agradeciendo su información, le

enviase uno de los efebos a la cabaña de caza, para pasar con él dos días.

—Lo cual significa que Wallen era homosexual.

—Como muchos otros cuya identidad les sorprendería a ustedes —asintió Berenice, sonriente—. Desde luego, su esposa lo sabía hacía tiempo, según me había contado el propio Wallen, pero la pobre mujer se había resignado.

Hacía ya años que Henry Wallen experimentó… un cambio en sus aficiones. Al principio, Stella Wallen no comprendía lo que ocurría en su vida matrimonial, no comprendía nada… Pero finalmente, una mujer tiene que saber lo que le ocurre a su marido.

—¿Y pudo estar años y años soportando eso?

—¿Qué otra cosa podía hacer? ¿Divorciarse? Eso habría sido humillante, sobre todo al exponer las causas por las que una mujer desea el divorcio. Cuando el marido de una mujer cambia de… dirección, parece que debemos considerar que la mujer no vale gran cosa, ¿verdad?

—Todas son unas puerquitas —aseguró Abel.

—¿Incluso Berenice? —saltó Simón I.

Los dos efebos y Berenice se echaron a reír. Abel exclamó:

—¡Oh, Berenice es un encanto, se lo aseguro!

—¿Por qué motivo?

—Vamos, vamos, señor Swanson —recriminó amablemente Berenice—… No quiera profundizar tanto. A menos que le estén gustando las perspectivas y haya decidido convertirse en uno de mis efebos.

—¿Qué dice? —Palideció Simón I—. ¡Antes prefiero que me corten el cuello!

—Ay, qué hombre tan tonto —rio Oliver.

—Estábamos hablando de la señora Wallen —rio Berenice—. Sí, tuve que matarla. Ella discutió con su marido, después que este hubo hablado conmigo por teléfono. Le dijo que ya había soportado bastante su desviación matrimonial, y que no pensaba pasar por ser la esposa de un traidor, que se lo iba a contar todo a su hermano James, y que este sabría lo que convenía hacer. Wallen se apresuró a avisarme en cuanto pudo, e inmediatamente planeé, en combinación con él, las muertes de su esposa y su cuñado. A su esposa la dejó sola en casa a propósito. Yo fui allá, y la maté… Fue

tan fácil que hasta resultó aburrido. Llegué, dejé sin sentido a Stella Wallen, abrí la caja fuerte sin problema alguno, ya que Wallen me había facilitado la combinación, y… «suicidé» a su mujer. Luego, fui a por James Potters. También fue fácil, pero más emocionante. Ese sí valió la pena. La lástima fue que no pensé en la posibilidad de que su hermana le hubiese enviado una tarjeta postal… Lo que pensé fue que, simplemente, se habían comunicado por teléfono. Y de ese fallo mío han sobrevenido todas las dificultades que estamos pasando.

Simón II se pasó la lengua por los labios.

—Usted nos está contando demasiadas cosas para que nos creamos que va a permitirnos marchar aunque la hayamos complacido atrayendo a la señorita Montfort a una trampa. En todo momento, ha tenido pensado matarnos.

—¿A ustedes? ¿Para qué?

—Para evitar que hablemos.

—¡Qué tontería…! Tengo la seguridad de que la señorita Montfort ha adivinado ya todo lo que les he explicado. Ella es la inteligente, la que lo está removiendo todo, la que está consiguiendo pistas de una manera que no puedo ni siquiera comprender. Cuando antes salieron ustedes de la Central de la CIA y fueron en el coche hasta cerca de donde vive Paul Grawman, yo no podía creer lo que veían mis ojos. ¿Cómo había conseguido la Montfort localizar a Grawman, uno de mis… clientes? Por fortuna, oímos el disparo, y yo he comprendido muy bien lo que eso significa. ¡Pobre Grawman…! Pero dejemos a Grawman, y a todos… Solo hay un elemento que me preocupe en este juego, y es la señorita Montfort. Su cabeza funciona demasiado bien para mis conveniencias, así que, aunque la nueva pista que ha conseguido ya no podrá utilizarla en adelante, tengo prisa en matarla. De lo contrario, ella volvería a encontrar otra pista, y otra, y otra… Además —el gesto de Berenice se endureció súbitamente—, es demasiado hermosa, y la odio por ello. ¡La odio tanto que daría cualquier cosa por tener ahora mismo su garganta entre mis manos! ¡La odio tanto que no puedo soportar la idea de que la mate alguien que no sea yo!

—¿Sabe una cosa? —deslizó Simón I—. A nosotros también nos gustaría que ahora mismo tuviese usted entre sus manos la garganta

de la señorita Montfort. Sí, nos gustaría mucho, muchísimo.

—Es verdad —soltó una risita Simón II—… ¡Se iba usted a enterar de muchas cosas, Berenice!

—¿Están sugiriendo que ella es peligrosa? Ya comprobé eso en el aeropuerto. Y no me importa. Lo que más ardientemente deseo en estos momentos es matarla, y para conseguirlo, para hacerlo personalmente, no me importa arriesgar cualquier cosa. ¡Esa hermosa cerda morirá a mis manos! ¡Lo juro!

Oliver miró su reloj de pulsera.

—Ya no puede tardar mucho —susurró—… Pero por si se retrasa, se me está ocurriendo algo para divertirnos un poco, Berenice.

—¿A qué te refieres?

Oliver hizo un gesto, y su compañero Abel y Berenice se acercaron a él.

Estuvieron cuchicheando unos segundos, y Abel emitió una risita. Berenice frunció primero el ceño, pero luego terminó por sonreír, haciendo un gesto de asentimiento. Oliver se acercó a Simón I y lo señaló.

—Tú, ponte delante de una silla. Pones las manos en el asiento, de modo que vas a quedar inclinado hacia delante… ¿Comprendes?

—No —palideció el espía.

—Es que no le has dicho que se baje los pantalones —rio Abel.

—Es verdad —se pasmó Oliver—… Bueno, pues ya sabes: te bajas los pantalones.

—¡No! —gritó Simón—. ¡No!

—Vamos, no seas tonto —recomendó Abel—… ¿Qué sabes tú de la vida? Solamente, lo que has probado. ¿Acaso has probado esto? Yo creo que no, así que lo vas a probar ahora… ¡Y a lo mejor te gusta! ¡Dale… lo suyo, Oliver! ¡Yo te lo vigilo!

—Venga, ahora mismo —insistió Oliver, relucientes los ojos—… Ponte en la postura que te he indicado. ¡Casi serías un hermoso efebo, rey mío!

Berenice miraba perversamente a los agentes de la CIA, cuya palidez era cadavérica. Y rio cuando Simón insistió, moviendo la cabeza:

—Antes me mataréis —parecía romperse su voz—… ¡Antes me mataréis que hacerme eso!

—¡Pero tonto, si es delicioso…! ¿Verdad que sí, Abel?

—¡Huy! —exclamó este, poniendo los ojos en blanco—. ¡Deliciosísimo!

¡Ay, qué ganas tengo de ver cómo lo haces…!

Oliver adelantó otro paso hacía los espías…, y en ese momento justamente, Berenice se volvió con viveza hacia la ventana…

—Cuidado —dijo con voz tensa—… Olvidad eso, por ahora. ¡Me parece que viene alguien, se acerca un coche…!

11

Brigitte detuvo el coche a un lado del camino, todavía a considerable distancia de la granja, apenas ver esta al fondo de la llana extensión de terreno. Paró el motor, asió su maletín rojo con florecillas azules, y se apeó.

Durante unos segundos estuvo inmóvil junto al coche, fija en la granja su azul mirada. Una mirada impávida, fría, que no habría contribuido precisamente a tranquilizar Berenice y sus efebos si la hubiesen visto.

Por fin, siguió camino adelante, a pie. Era un hermoso día de sol y de silencio. El suave sol otoñal, que provoca nostalgias del verano. En un árbol cercano oyó el canto de un pajarillo, y una levísima sonrisa pasó fugaz por los sonrosados labios, que abandonaron aquel gesto prieto, duro.

Tardó muy poco en ver los dos coches. Uno era de los Simones; el otro, el Plymouth de color crema. Los dos estaban delante de la casa, a unos quince o veinte metros de esta.

—Tienen que ser tres, como mínimo —pensó Brigitte—. Uno, para conducir el coche de los Simones detrás del Plymouth después de capturarlos. Y en el Plymouth debían de ir los Simones, un efebo conduciendo, y Berenice amenazando a los Simones. Lo han tenido que hacer así, o de modo parecido. Entonces, son tres como mínimo.

Acto seguido se hizo otra pregunta: ¿tenían rifles? Porque si tenían rifles, podían disparar contra ella desde una ventana, cuando estuviese a tanta distancia que a ella no le sirviese de nada su pistolita.

«—No —se dijo—. No tienen rifles. No son armas fáciles de llevar. Solo tienen pistolas. De modo que querrán que me acerque a la casa».

Sin hacer el menor intento de ocultarse continuó caminando

hacia la granja. Cuando se detuvo a unos cien metros de esta, estaba convencida de que la habían visto. Abrió el maletín y sacó la pequeña radio…

* * *

Colocada a un lado de una de las ventanas, Berenice vio a la señorita Montfort sacar la radio, que relampagueó un instante al sol. Aunque quizá no tanto como los ojos color plomo fundido, que se inundaron de odio. Incluso a aquella distancia, la silueta de Brigitte Montfort, alta, esbelta, de formas impecables, era de una belleza y una elegancia odiosa. Parecía una gran dama contemplando sus posesiones, dando un paseo. Destacaba el tono dorado de su piel, los largos cabellos negros que destellaban al sol…

—Puerca —jadeó Berenice—… ¡Puerca, puerca, puerca!

Bip, bip, bip, comenzó a sonar la radio de Simón I.

Berenice dejó de mirar a la altiva mujer de cuerpo espléndido que se exponía al sol como si incluso este fuese de su exclusiva propiedad, y corrió hacia la radio. La tomó, y la entregó a Simón I.

—Ya hemos previsto todo lo que ella puede hacer… Tenga mucho cuidado con lo que contesta.

Simón I asintió, y admitió la llamada.

—¿Sí?

—He llegado, Jerry. ¿No me están viendo?

—Desde luego. ¿No piensa entrar en la casa? Nos ha parecido mejor esperarla aquí dentro.

—Es muy lógico, pero he cambiado de idea. Nos iremos en el acto, y ya vendrán esta tarde unos compañeros para registrar a fondo la granja. Salgan con ese sujeto.

Simón I tragó saliva, y miró a Berenice, que asintió con, un gesto.

—*Okay* —dijo Simón—… Allá vamos.

Cerró la radio, y volvió a mirar a Berenice.

—Van a salir ustedes dos y Abel —dijo Berenice—. Él irá delante, aparentemente desarmado, y ustedes detrás, con las manos en los bolsillos, como si estuviesen sujetando sus pistolas… No… Lo vamos a hacer mejor.

Le pidió a Oliver las pistolas de Simón I y Simón II, les quitó el

cargador, y las tiró a sus manos.

—Amenacen a Abel con las pistolas. Pero piensen una cosa: que Abel lleva una pistola que sí está cargada, y desde aquí, Oliver y yo les estaremos apuntando con las nuestras. Por lo tanto, no tienen que recorrer ninguna distancia excesiva. No vayan hacia la Montfort, sino hacia el coche de ustedes, que está solo a unos veinte metros. Lógicamente, ella acudirá a su encuentro, para subir también al coche, y regresar así adonde haya dejado el suyo. ¿Lo entienden?

—Sí.

—Bien. Abel —miró al efebo—, no quiero que la mates. Solo te autorizo a herirla de modo que no pueda ya preocuparnos, pero la quiero viva. Y en tiro sí fuiste seleccionado. No falles esta vez.

—Descuida, Berenice.

—En cuanto a ustedes —volvió a mirar Berenice a los Simones —, podrán marcharse en cuanto Abel haya cazado a la señorita Montfort. Como ven, cumplo mi palabra.

—Gracias —murmuró Simón II.

—Somos unos cerdos, pero gracias —dijo Simón I.

—Si prefieren que los matemos a ustedes en lugar de capturarla a ella, todavía están a tiempo —sonrió Berenice.

Los dos espías negaron, sombrío el gesto, y se dirigieron hacia la puerta. Berenice miró a Abel, y le hizo un rápido gesto, pasándose el dedo índice por la garganta, como en un feroz navajazo, y señalando acto seguido con la barbilla a Simón I y Simón II. Abel no podía dejar de comprender, así que sonrió y guiñó un ojo. Así se decretó una doble condena de muerte.

Abel abrió la puerta, alzó las manos, y salió al porche de la casa. A partir de ese momento, asumía el papel del capturado Harold Saint Cyr, propietario del coche Plymouth de color crema.

Detrás de él, empuñando las vacías pistolas, salieron lo dos Simones.

* * *

Al ver aparecer a los dos Simones, Brigitte apenas pudo contener un suspiro. Luego, miró a Harold Saint Cyr, y su gesto se endureció. Puede que se llamase Harold Saint Cyr, ¿por qué no?, pero lo

segurísimo era que aquel hermoso hombre era uno de los efebos de Berenice. Le vio caminando pausadamente, en alto los brazos. Vio también las pistolas que empuñaban Simón I y Simón II, y, en el acto, comprendió lo que estaba pasando.

Así pues, cuando vio que se dirigían hacia el coche de la CIA, ella hizo lo mismo, con toda naturalidad, ágil y elegante, flexible, haciendo ondular las caderas con aquel empaque exquisito, delicado. Entre los senos, notaba el contacto de la pequeña pistolita de cachas de madreperla.

—¿Todo bien? —saludó, alzando el brazo derecho, todavía a no menos de veinte metros de los tres hombres, que estaban detenidos junto a la parte posterior del coche.

—¡Hola! —sonrió Simón II—. ¡Todo bien, Montfort!

Los sonrosados labios se apretaron de nuevo. Aquel «Montfort» significaba, sencillamente, que todo iba mal, que no se había equivocado.

Harold Saint Cyr estaba de cara a ella, mirándola, siempre con los brazos en alto. Esperaba que ella estuviese más cerca… Pues bien: ella ya no tenía por qué esperar más.

Sin dejar de caminar, con un gesto natural, metió la manita derecha en el escote, sacó la pistolita, y disparó.

Así, sencillamente.

A unos quince metros, el rubio efebo recibió la bala en el centro de la frente, osciló hacia atrás, y regresó hacia delante, para caer de bruces, como un poste. Para entonces, los dos Simones habían saltado como auténticos gatos hacia el otro lado del coche, que quedó interpuesto entre ellos y la casa…, en la cual, dos de las ventanas lanzaron hacia el exterior sus cristales, pulverizados por las balas que Berenice y Oliver dispararon contra los dos espías.

En el suelo aparecieron pequeños surtidores de polvo, como extraños géiseres, y la carrocería del coche vibró al recibir un par de impactos. Esto fue en un par de segundos, pues Berenice y Oliver se convencieron inmediatamente de que no podían acertar a ninguno de los dos hombres, y desviaron la dirección de sus disparos hacia «la Montfort».

Pero «la Montfort», pese a sus zapatos de alto tacón, sin descomponer su elegancia ni un instante, corría también hacia el coche, con una agilidad y una facilidad de quiebros en su breve

trayecto, que en realidad fue vista y no vista. Cayó con suave flexión junto a los dos hombres, y sonrió crispadamente.

—¿Qué tal? —saludó.

—Sabíamos que nos sacaría de esta —jadeó Simón II—… ¡Lo sabíamos como sabemos que ahí arriba está el sol!

—No podíamos hacer otra cosa —se apresuró a disculparse Simón II—. Y confiábamos…

—Tonterías —cortó Brigitte—. Lo han hecho muy bien. Y ahora, discúlpenme un momento. Tengo algo que hacer, o alguna de estas balas puede alcanzarnos, aunque sea de rebote.

Mientras hablaba, recurrió de nuevo a la radio, apretando el botón de llamada.

—Nos van a acribillar si esperan más, señor —dijo.

Ni siquiera un segundo más tarde, desde varios puntos del campo comenzaron a crepitar varios rifles.

* * *

La primera noticia al respecto la tuvieron Berenice y Oliver cuando toda la casa retembló el recibir la gran cantidad de impactos, algunos de los cuales dieron en los cristales que todavía quedaban enteros, y los lanzaron convertidos en añicos al interior de la casa, donde las balas comenzaran a rebotar en las paredes…

—¡Puta asquerosa! —chilló Berenice—. ¡Nos ha engañado! ¡Ha enviado por delante a varios hombres!

Oliver era más lento de comprensión. La situación había cambiado tanto, de todos modos, que estaba sencillamente aterrado. Se sentía como si estuviese dentro de una cacerola que estuviese siendo golpeada desde el exterior por millones de palos. Le zumbaban lo oídos, parecía que la cabeza le fuese a estallar…

—¡Corre! —Le gritaba Berenice, corriendo ya hacia la parte posterior de la casa—. ¡Corre, vamos a buscar el helicóptero!

Aturdido, Oliver dio un par de inciertos pasos, dispuesto a seguir a Berenice. Las balas continuaban entrando en la casa por las dos ventanas, implacables, ininterrumpidamente… Oliver lanzó un alarido cuando una de las balas le alcanzó por detrás en el hombro derecho, lo hizo girar, y lo derribó de bruces…

—¡Berenice! —chilló.

—¡Corre! —Se volvió Berenice—. ¡Están disparando tanto para proteger a los que se acercan a la casa!

—¡No puedo correr, no puedo! —Comenzó a lloriquear Oliver—. ¡Estoy herido, me voy a morir…! ¡Berenice, ayúdame!

Berenice le ayudó.

Lo miró con sus ojos color plomo fundido, que parecieron solidificarse, endurecerse, enfriarse. Alzó la pistola, apuntó a la cabeza del efebo, y apretó el gatillo.

La cabeza de Oliver estalló en un surtidor rojo y gris, de un modo horrendo, y Berenice dio la vuelta y continuó corriendo hacia el fondo de la casa, dejando atrás a su efebo, al que ciertamente, había ayudado… a morir.

Salió por la parte de atrás de la casa, y corrió hacia el pequeño bosquecillo, cerca del cual, entre unos grandes arbustos de flores silvestres, tenía escondido, camuflado magníficamente, el pequeño helicóptero. Para cuando fuesen a sospechar que ella había escapado de la casa, ya estaría levantando el vuelo. ¡De ninguna manera podían imaginarse que ella escapaba por la parte de atrás hacia un helicóptero…!

Volvió la cabeza, para asegurarse de que no la seguían… y lanzó un aullido de rabia y temor a la vez: todavía lejos, pero corriendo a velocidad superior a la de ella, distinguió perfectamente bajo el sol la hermosa figura que le iba ganando terreno, al aire sus largos cabellos negros. Jadeando horrendas maldiciones impropias de una dama, e incluso de una mujer simplemente, Berenice aumentó la velocidad de su marcha… Lanzó un berrido cuando por encina de su cabeza el aire estalló con seco ¡crack!, al ser perforado por una bala.

El helicóptero estaba a menos de quince metros. Con un último esfuerzo, Berenice consiguió llegar a donde estaba el aparato, llegó a él inclinándose para deslizarse bajo algunas de las ramas del grupo de arbustos, y se asió a los bordes de la cabina. Cuando se sentó ante los mandos tras un poderoso tirón de brazos, sus senos parecían a punto de estallar debido a las violentas palpitaciones. No podía respirar, casi no podía ver, su boca se abría, se desencajaba más bien, angustiosamente. Dio el contacto, y las aspas comenzaron a girar, lanzando ramas de los arbustos a todos lados. El helicóptero saltó hacia arriba, como si fuese una rana. Pareció que fuese a caer

de nuevo, pero se mantuvo en el aire, suspendido por un instante.

En ese mismo instante, Brigitte Montfort se detenía, unos cuarenta metros más allá. Berenice la vio quedar inmóvil de pronto, y estirar el brazo derecho. Casi en el acto, la carlinga transparente tembló con fuerza al recibir la bala tangencialmente, lo que justificó el rebote. El helicóptero siguió hacia arriba, mientras Berenice seguía mirando a Brigitte Montfort, que alzaba más el brazo. Berenice movió los mandos, y la bala, esta vez, ni siquiera tocó el helicóptero, que seguía ascendiendo cada vez a mayor velocidad.

Por detrás de «la Montfort» llegaban algunos hombres corriendo, empuñando rifles, así que Berenice no perdió ni un segundo, siempre hacia arriba…, mientras abajo, veía, como agigantado, el rostro de Brigitte Montfort, que de nuevo disparaba en vano.

—Ya no tendré oportunidad de matarte personalmente —jadeó Berenice—, pero me marcho de aquí sabiendo que vas a morir muy pronto… Muy pronto, maldita… Si supieses cuánto te odio… ¡Te odio, te odio, te odio, maldita seas mil veces…!

Berenice acabó aullando furiosamente su odio hacia la señorita Montfort. Pero, aparte del rugido del helicóptero, estaba ya demasiado lejos de la espía más peligrosa del mundo para que esta pudiese oírla.

* * *

—Berenice ha escapado —murmuró Brigitte, acuclillándose junto a Simón y Simón, todavía un poco jadeante—… Tenía escondido un helicóptero. Ni siquiera le hemos podido alcanzar disparando con los rifles. ¿Está usted bien, Simón?

Simón II alzó las cejas, sorprendido. De pronto, comprendió, y se llevó una mano a la frente, donde la hinchazón era tremenda.

—¿Se refiere a esto? ¡Bah!

—Los dos estamos bien —aseguró Simón I.

—Me alegro —sonrió Brigitte, pasándose el antebrazo derecho por la frente, húmeda por la transpiración—. Bien, tendremos que seguir buscando a Berenice.

—Tenemos muchas cosas que explicarle sobre ella, y sus hombres, y lo que ocurrió con Stella Wallen… ¡Muchas cosas!

—Ah. ¿Se mostró comunicativa?

—Nos las arreglamos para hacerla hablar un poco. Y ella no tuvo inconveniente: a fin de cuentas, pensaban matarnos…

—Está bien. Luego me contarán todo eso. Por ahí viene el gran jefe.

Cavanagh llegó junto a los tres, cojeando. Con él, iban dos de los seis agentes de la CIA que habían precedido a la agente Baby formando el comando que había tenido que arrastrarse por los campos hasta llegar frente a la granja. Todos estaban como rebozados en tierra, incluso con desgarrones en las ropas.

—No parece que haya quedado nadie en la casa, ¿verdad? —Llegó diciendo Cavanagh; miró a sus hombres—. ¿Están bien?

—Sí señor. Sentimos…

Cavanagh los atajó con un gesto, y señaló hacia la casa.

—En mi opinión, no vamos a encontrar nada allí, Baby, pero echaremos un vistazo. ¿Viene usted?

—No vale la pena. Y ustedes tampoco deberían molestarse. Berenice conocía este sitio, que por supuesto no tiene nada que ver con ella, y lo utilizó para tenderme la trampa. Es usted quien manda, señor, pero yo no perdería el tiempo en esa casa.

—Bueno, veremos si hay alguien muerto o herido, y eso será todo. Miraremos también en el coche: ahí sí es posible que encontremos algo.

—Quizá. Sí, un coche es más personal. Es posible que… ¡No! ¡Que nadie toque ese coche! ¡Ni este tampoco! —Señaló el de la CIA—. ¡Alejémonos de aquí, pronto!

El desconcierto cundió entre los hombres de la CIA, pero todos se apresuraron a alejarse del coche. Ya agrupados, se quedaron mirando los vehículos como si fuesen cajas conteniendo sorpresas que fuesen a lanzar al aire de un momento a otro.

—Bueno, ¿qué pasa? —Miró Simón II a Brigitte.

—¿Alguno de ustedes será tan amable de buscar cuerdas, o alambres, o cordeles? Necesito un par bien largos. Si es necesario, haremos nudos, para añadirlos. Busquen por ahí…, pero sin acercarse a los coches.

Se quedó mirando a uno y otro vehículo. Si Berenice tenía allí un helicóptero para marcharse, significaba que pensaba dejar abandonado el Plymouth. Sí, lo habría dejado allí de todos modos, seguramente…

Minutos más tarde, disponía de dos largas cuerdas, compuestas por varios añadidos de cordeles y alambres. Se acercó al Plymouth, ella sola, y ató un extremo de la cuerda a la manilla de la portezuela. Luego, se alejó. Asió el otro extremo de la cuerda y tiró de ella, abriendo la portezuela…

Y entonces, el Plymouth de color crema saltó en mil pedazos, lanzando a su alrededor un diluvio de fuego, cristales reventados, pedazos de plancha puesta súbitamente al rojo vivo… La violencia de la explosión fue tal que todos los miembros de la CIA allí reunidos notaron el impacto caliente en sus rostros, pese a la considerable distancia a que les había obligado Baby a colocarse.

Luego, cuando ya el polvo se hubo posado, y del cielo dejaron de caer restos del vehículo, se hizo un silencio impresionante. Hasta que Simón II jadeó:

—No nos dimos cuenta… ¡Ella estuvo fuera de la casa, pero no podíamos saber lo que estaba preparando!

—Era lógico —lo miró afablemente la divina espía—. Cuando se odia como Berenice me odia a mí, no se deja nada por pensar.

—Tiene razón… No sé por qué, pero la odia de un modo escalofriante. Cuando hablaba de usted se le transformaba el rostro parecía… parecía estar abrasándose de odio…

—Tendremos que resignarnos a perder un coche —señaló Cavanagh el de la CIA, que debido a la explosión había quedado volcado, reventados todos los cristales, convertido poco menos que en chatarra—. Aunque quizá se podría reparar si…

En aquel mismo instante, el coche de la CIA estalló. No con el estallido que podría ocasionar el depósito del combustible, sino como el otro, saltando destrozado ya definitivamente hacia arriba, como un increíble proyectil que recorrió no menos de tres metros antes de volver al suelo, ahora sí, por completo destrozado.

Fue Baby quien rompió el silencio; miró a Cavanagh, y dijo:

—Quizá todavía se podría reparar.

Cavanagh la miró asombrado. Luego, sonrió, y al ver su sonrisa, los Simones comenzaron a reír.

—No comprendo de qué se ríen —alzó las cejas Brigitte—. Berenice nos ha privado ya de un compañero y de un coche. Francamente, yo no le veo la gracia.

—Me parece —dijo Cavanagh— que todos preferimos perder un

coche a dos hombres más. Eso es lo que usted estaba pensando, y eso es lo que nos ha hecho reír.

—Y eso es lo que yo quería oírle decir, señor —sonrió la espía—. ¿Qué tal si nos vamos a nuestra querida Central, y mientras Simón I y Simón II nos cuentan lo que han podido sonsacarle a Berenice tornamos unos tragos de algo que no sea agua?

La propuesta fue aceptada por unanimidad.

12

Christopher Bricka iba mirando por la ventanilla del compartimiento del tren en el que se había instalado. Después de tanto tiempo soportando la presencia de muchas personas a su alrededor, era agradable la soledad, y estaba disfrutando de ella. Hacía unos minutos que habían cruzado la frontera canadiense, pero, por supuesto, nada había cambiado. Las fronteras, a fin de cuentas, es cosa de los hombres, no de la geografía física.

El tren estaba acercándose a Montreal. Muy pronto, cruzaría el río San Lorenzo. Después de Montreal, las estaciones tendrían nombres que le gustaban a Chris: Joliette, Trois Riviéres, Cap-de-la-Madeleine… Y finalmente, salvo algún imprevisto retraso, el tren llegaría a Quebec a las ocho y veinte de la noche; para hablar con más propiedad: a las veinte y veinte horas.

Quebec, Canadá. A partir de aquí, si Oliver no le había engañado en sus conversaciones telefónicas y en sus insinuaciones por carta, la vida podía simplificarse mucho para Chris Bricka. Porque no cabe duda de que ganando mucho dinero la vida se simplifica.

Chris dejó de mirar por la ventanilla, y encendió un cigarrillo. Estaba oscureciendo, y comenzaba a ver su imagen en el cristal de la cerrada ventanilla. Afuera, el frío debía de ser considerable, y Chris no tenía por qué sufrirlo… Se estaba bien allí, confortablemente instalado, y en soledad. Otro de los motivos por los que a Chris le gustaba la soledad estaba basado en su belleza. Era tan guapo, que los hombres lo miraban con pasmo. En cuanto a las mujeres adoptaban tal expresión tierna al mirarlo, que, finalmente, Chris había terminado por despreciarlas aún más, y se irritaba cuando se quedaban mirándolo de aquel modo fijo, con aquella estúpida expresión emocionada.

Era tan hermoso, que muchas mujeres ni siquiera recordaban

que sus maridos estaban presentes, y se quedaban fascinadas ante aquel joven de metro ochenta, rubio, de grandes ojos pardos y boca delicadamente dibujada. Era tan hermoso que incluso él mismo se sentía fastidiado a veces.

En San Diego, por ejemplo, había tenido grandes dificultades por culpa de su belleza…, y de la esposa de cierto comandante, que le había estado acosando como una bestia. Ella había sido la bestia, no él. Había llegado incluso a atraerle a su casa, donde se comportó como una histérica…

La puerta del compartimiento se abrió, y Chris volvió la cabeza hacia allí, disgustado. Por fortuna, no era una mujer, sino un hombre. Un sujeto alto, de hombros anchos y recia mandíbula, que al ver solo a Chris alzó las cejas, frunciéndolas. Acto seguido se volvió hacia el pasillo, y dijo:

—Tampoco está aquí, querida. ¡Cuando encuentre a ese niño…!

El hombre ni siquiera llegó a entrar en el compartimiento, y cuando cerró la puerta, Chris volvió a quedar solo. Mejor. En cuanto al niño que estaban buscando por el tren, seguro que se iba llevar una buena reprimenda cuando su padre lo encontrase. Los niños, como las mujeres, solo sirven para complicar la vida. En todos los aspectos, naturalmente. Claro que, sin mujeres, no habría niños, y entonces, muy pronto, llegaría el fin de la Humanidad.

¿Y qué?

Reflexionando a veces sobre esto, Chris había llegado a la conclusión de que la Humanidad no servía de nada. Absolutamente de nada. Se nacía, se vivía, y se moría. Bueno, ¿y qué? ¿Qué se había ganado con ello? ¿Dinero?

¿Honores? ¿Felicidad? Se ganase lo que se ganase, nada servía de nada a la hora de la muerte. Chris había comparado la vida con un helado, en muchas ocasiones. De niño le habían gustado mucho los helados, y los compraba siempre que podía. Pagaba su helado, lo miraba y remiraba, lo lamía cuidadosamente…, pero por mucho cuidado que tuviese, por mucho que alargase el placer, el helado se terminaba. ¿De qué había servido el helado? Evidentemente, había proporcionado placer unos minutos. Luego, la nada. Ya no estaba el helado, ya no estaba el placer. Y por consiguiente ¿para qué comer helados?

¿Para qué vivir… si cuando uno fuese a darse cuenta ya estaría

muriendo? La vida, en suma, era el más espantoso vacío, el más terrible fraude. A menos que alguien, algún día, pudiese explicar a los humanos qué significaba la vida y qué objeto tenía, dónde estaba el principio y dónde estaba el fin…

Chris movió la cabeza, como si quisiera hacer saltar de ella estos pensamientos. Por eso, porque no encontraba explicación ni justificación a nada no valía la pena complicarse la vida. Todo lo que tenía que hacer, todo lo que tenía que intentar con todas sus fuerzas, era vivir del mejor modo posible.

Y nada más.

Mientras estos pensamientos discurrían por la mente de Chris Bricka, el tren se iba acercando a Montreal. Finalmente, hizo su parada allí, estuvo unos minutos, y reanudó la marcha. Ya era de noche, así que Chris no quiso mirar a la estación; por una razón fácil de comprender: jamás en su vida había visto Chris nada tan triste y deprimente como una estación de ferrocarril en la noche. Pero cuando se tiene pavor al avión, no queda más remedio que aceptar los inconvenientes de los otros medios de transporte. Si las…

La puerta del compartimiento se abrió. En el umbral apareció un hombre. Muy joven, casi un muchacho, le pareció a Chris. Y era tan hermoso que se quedó absorto en su contemplación.

—Buenas noches —saludó el recién llegado—… ¿Hay inconveniente en que me siente aquí?

—Ninguno —murmuró Chris.

El joven se volvió hacia el pasillo, recogió la maleta, y entró en el compartimiento, cerrando la puerta.

—Ya empieza a hacer frío —dijo, mirando sonriente a Chris.

—Sí.

Chris estaba en verdad asombrado.

Miraba con incredulidad aquel fino rostro ovalado, imberbe, en el que destacaban los ojos asombrosamente grandes, oscuros, brillantes. La boca del joven era sencillamente deliciosa, de un tono sonrosado poco menos que infantil. Los cabellos, muy negros, eran incluso quizá demasiado largos para el gusto de Chris, pero se podía disculpar todo en gracia a la belleza y armonía de aquellas finas y dulces facciones, rematadas por un hoyuelo vertical en la barbilla.

Chris miró las manos del joven, y parpadeó al constatar su

delicadeza y finura. Luego, volvió a mirar aquel fino bigotito negro que adornaba el labio superior del joven, y que, realmente, era lo único que daba una cierta y decidida masculinidad al hermoso rostro. Era una lástima que aquel joven vistiese de modo tan vulgar, tan poco acorde con su belleza… Llevaba unos pantalones tejanos, botas, un grueso jersey negro, y encima un chaquetón de piel forrado por el interior…

—¿Va a Quebec? —le preguntó el joven, sonriendo de nuevo.

—Sí —asintió Chris.

—Yo también voy allí. Estoy harto de todo esto. Y cuando estoy cansado de una cosa, pues busco otra diferente. Aunque supongo que no habrá gran diferencia entre Montreal y Quebec.

Tenía una voz armoniosa, dulce, casi femenina…, o quizá infantil.

—No puedo decírselo —sonrió Chris—, porque no he estado nunca en Montreal ni en Quebec.

—¡Ah…! ¿Es la primera vez que viene por aquí? Yo llevo algunos años danzando de un lado a otro. Hasta he aprendido un poco de francés… En Quebec se habla este idioma, ¿sabe?

—Ah.

—Sí. El año pasado vinieron a Montreal unos amigos míos que viven en Quebec. Bueno, vivían, pues se fueron a Victoria, me parece. Pasamos unas semanas juntos, y me enseñaron un poco el francés. Espero que me será útil en Quebec… Usted es norteamericano, claro.

—Sí.

—Yo también. Bueno, italoamericano, ¿sabe? Me llamo Nino Lorenti. También hablo italiano. Mucho mejor que el francés, claro. ¿Usted solo habla inglés?

—Sí.

—En Quebec aprenderá pronto el francés. Claro que no es un francés muy francés, ¿comprende? Pasa como con el inglés de Inglaterra y el de Estados Unidos. ¿Quiere chicle?

—No, gracias —sonrió Chris.

—A mí tampoco me gusta mucho —el joven sacó un chicle y comenzó a desenvolverlo—, pero últimamente estaba fumando demasiado, y he recurrido a este pequeño truco. ¿Usted fuma?

—Sí.

—Es una tontería —frunció graciosamente el ceño Nino Lorenti —… Una solemne tontería. Aunque no pretendo molestarle con eso, entiéndame.

—No me ha molestado.

—Menos mal. Hablo demasiado, ¿verdad?

—Un poco —casi rio Chris.

Nino Lorenti se echó a reír, de un modo delicioso. Chris vio sus dientes blanquísimos, perfectos, y su lengua sonrosada.

—Siempre tengo problemas por eso —dijo Nino—. Me gusta hablar… ¿Cómo se llama usted?

—Chris.

—Oh. Es un nombre muy bonito. El mío es simpático tal como yo lo uso, pero en realidad es vulgar. Nino es el diminutivo de otro diminutivo.

—Me parece que no comprendo eso.

—El nombre, en inglés, sería John. En italiano es Giovanni. Giovanni se convierte en Giovannino. Y Giovannino se convierte finalmente en Nino.

—Ya entiendo.

Nino Lorenti se miró al cristal de la ventanilla, y se dio un toquecito en los cabellos que hizo parpadear a Chris. Estaban sentados frente a frente, así que Nino captó perfectamente la leve sorpresa de Chris, y lo miró, sonriendo de aquel modo dulcísimo.

—Espero que haya buenos peluqueros en Quebec, Chris.

Este se pasó la lengua por los labios.

—Seguramente los hay —musitó.

—Aunque para pagarme un buen peluquero primero tendré que ganar algo de dinero. Estoy como quien dice sin blanca. En Montreal, últimamente, me estaban tomando manía, se metían demasiado conmigo, así que las cosas se me fueron poniendo mal… ¿Usted va a Quebec a trabajar?

—Así es.

—Ya tiene trabajo, supongo.

—Sí.

—¡Qué suerte…! Bueno, la verdad es que tengo unos cuantos dólares, así que podré instalarme en una pensión modesta hasta que encuentre algo. ¿Qué clase de trabajo tiene usted en Quebec?

—Todavía no lo sé exactamente.

—Ah —se sorprendió Nino—. Bueno, pero debe de conocer a alguien allá, claro.

—Sí.

—Seguramente, lo estarán esperando… A mí nunca me espera nadie. Es una suerte tener amigos en el sitio al cual se dirige uno. Usted —sonrió— tiene cara de tener buenos amigos. Apuesto a que le están esperando con impaciencia.

—Simplemente, me esperan.

—Buenos amigos, sí señor. ¿Son también norteamericanos?

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabe? —Se pasmó Nino—. ¿Acaso no los conoce?

—No.

—Caramba… Bueno, pero ellos si deben de conocerlo a usted al menos, porque si no, ¡vaya lío!

—En realidad, son amigos de mi hermano. A mí no me conocen. Pero no creo que tengan dificultad en identificarme.

—Entiendo. Saben que usted es rubio, alto y guapo.

—Más o menos —rio Chris.

—¿Y qué más saben de usted? Porque si le han contratado, deben de saber algo de sus habilidades, o de su profesión… ¿Cuál es su profesión?

—No tengo una profesión determinada —murmuró Chris—… Pero es cierto que tengo algunas habilidades.

—¡Oh, me gustaría conocer cuáles son, pues quizá si yo también las tengo consiguiese que sus amigos me diesen trabajo a mí…! ¿Le parece eso posible?

—Depende de sus habilidades, sí… ¿Le importa que me siente a su lado?

—Claro que no —exclamó Nino—… ¡Al contrario!

Chris se trasladó al asiento de Nino, estuvo unos segundos mirándolo con fijeza, y luego, lentamente, se volvió más hacia él, y tomó su rostro entre las manos.

—Eres muy hermoso… —susurró.

Nino se limitó a sonreír dulcemente. Chris atrajo el bello rostro, y buscó los sonrosados labios con los suyos, casi tan sonrosados e igualmente tiernos… Nino emitió un gemidito, y se abrazó a él, correspondiendo al beso con tímido apasionamiento… Fue un largo

y suave beso, durante el cual, la mano izquierda de Chris se fue deslizando por una de las piernas de Nino. Pero cuando estaba a punto de llegar a su objetivo. Nino le sujetó aquella mano, y cortó el beso, suspirando…

—Ahora sé… que podremos… estar juntos… —jadeó.

—Todavía no conozco lo bastante bien tus habilidades —susurró Chris—… Sigamos…

—No, no… Si esos amigos que te conocen y que te están esperando adivinan lo que puede que llegue a ocurrir aquí, quizá… no les guste…

—¿Por qué han de saberlo? Además, no me conocen, no saben nada sobre mí… Ni tienen por qué saberlo. Dame tu boca…

Alcanzó de nuevo los labios de Nino, soltó su mano de la de este, y continuó deslizándola hasta llegar a la cremallera del pantalón, que bajó con suavidad, sin brusquedades. Su mano se introdujo allí, y se movió… con creciente desconcierto. De pronto, se tensó, al mismo tiempo que lo hacía Nino. Se separaron bruscamente, y Chris exclamó:

—¡Pero tú no tienes…! ¡Eres una mujer, eres…!

Nino Lorenti se puso en pie y su «delicada» mano derecha partió como un relámpago hacia el cuello de Chris. Este ni siquiera se enteró del gesto. Simplemente, recibió el golpe, se crispó poniendo los ojos en blanco, y acto seguido se relajó, cayendo hacia delante. Nino Lorenti lo sujetó, lo empujó para dejarlo apoyado en el respaldo, y fue a abrir la puerta del compartimiento.

—Pasen —dijo.

Entraron dos hombres, el primero cargado con una gran maleta; el segundo no llevaba nada. Fue quien se encargó de cerrar el compartimiento… Y era el mismo que antes se había asomado en busca de un niño perdido en el tren.

—De modo que era él —musitó.

—Sí.

—Me lo imaginé. En cuanto lo vi antes, me dije que no era posible que en este tren procedente de Boston hubiese otro muchacho tan guapo. Si le ha golpeado supongo que es porque ya sabe todo lo que quería de él.

—Sí —asintió Nino—. Por lo que hemos conversado, no creo tener dificultades al llegar a Quebec. Lo único serán mis cabellos

negros…, pero diré que me he teñido.

—Eso dará aún más personalidad a su papel —sonrió el agente de la CIA.

El otro, que había estado examinando al desvanecido Chris Bricka, movió negativamente la cabeza.

—No va a poder ponerse sus ropas —dijo—: es cuatro pulgadas más alto que usted, así que se notaría demasiado.

—En ese caso, ya estoy bien así. Veamos si lleva en los bolsillos algo que pueda ayudarme a convencer a los que le esperan.

Chris Bricka fue rápidamente registrado por los dos agentes de la CIA, que no eran, ni mucho menos, los únicos que viajaban en aquel tren. En los últimos dos días, numerosos agentes de la CIA al mando de la agente Baby habían estado trabajando intensamente.

Ese trabajo había dado su fruto. Los horarios y trayectos de los ferrocarriles fueron analizados, y de este modo, se supo cuál era el único tren que, partiendo de Boston, llegaba el martes a las veinte y veinte a Quebec. Cuando ese tren partió de Boston, un grupo de espías viajaban en él, dispuestos a buscar a alguien a quien no conocían más que de nombre: Christopher Bricka, hermano del fallecido Oliver Bricka. Otra cosa que sabían de Chris Bricka era que se trataba de un joven recién licenciado de la U.
S. Navy
, y que era guapísimo. Y en aquel tren, solo había un joven «guapísimo»: el que viajaba en aquel compartimiento. Una vez localizado, le había tocado el turno de intervenir a Nino Lorenti, para asegurarse de que el joven guapísimo era Chris Bricka…

—No hay nada en sus bolsillos que nos pueda ayudar —dijo el agente de la CIA.

—Miren en su equipaje.

La maleta de Chris Bricka fue bajada de la rejilla, y abierta con sus propias llaves. Tampoco había nada especialmente interesante en la maleta. Pero sí sobre la persona de Chris: un bonito «nomeolvides» de oro, de gruesa cadena, que Nino Lorenti pasó a su muñeca derecha. Hizo lo mismo con el reloj. Y con la billetera, en la que había una fotografía de Chris con su hermano Oliver. La fotografía fue retirada de la billetera.

Mientras el tren se deslizaba a buena velocidad, a la derecha se veía el brillo de las aguas del río San Lorenzo, y las luces de algunas

embarcaciones destacando en la negra noche. Los tres espías trabajaban en silencio. Cada uno sabía perfectamente lo que tenía que hacer, y lo hacía. Eso era todo.

El que había entrado con la maleta, la abrió, sacó un sobre, del cual extrajo un pasaporte a nombre de Christopher Bricka, y cuya fotografía y demás datos personales correspondían a Nino Lorenti, que lo guardó en su propia maleta… El tren emitió un largo silbido.

Nino miró la hora en el reloj de Chris Bricka.

—Todavía falta —murmuró—. Tranquilos.

—¿Se va cambiar de ropa o no?

—No. Bien está prevenirlo todo, pero no vale la pena complicar más las cosas. Todo va bien.

—Sin embargo —miro fijamente uno de los agentes a Nino—, yo creo que usted está complicando las cosas. Sería mucho más simple cazar en la estación de Quebec a los hombres que acudan a recogerle.

—No. Se hará como yo he dicho. ¿Olvidamos algo?

Los detalles fueron repasados rápidamente, pero no con precipitación. Todo estaba en orden.

Nino Lorenti asió su maleta, y salió del compartimiento, que fue cerrado por dentro.

Un minuto más tarde, Nino Lorenti se acomodaba en otro compartimiento, donde había tres personas. Ya, solo tenía que esperar a que el tren llegase a Quebec.

* * *

El tren procedente de Boston llegó a Quebec exactamente a las ocho y veinte de la noche. Mezclado entre los demás pasajeros, Nino Lorenti se apeó, cargando con su maleta. Hacía frío, de modo que subió la cremallera de su chaquetón de piel, tras dejar la maleta en el suelo.

Los demás pasajeros se alejaban presurosos, pero Nino se quedó allí, inmóvil, esperando. Dos mujeres que habían viajado en el tren pasaron junto a Nino, mirándole sonrientes, con expresión prometedora. Nino desvió la mirada, se echó el aliento a las manos, y movió los pies.

El tren quedó pronto vacío, y comenzó a maniobrar para

dirigirse a una vía muerta. Nino se frotó con fuerza las manos, y de nuevo movió los pies…, mientras su mirada quedaba fija en los dos hombres que, desde el extremo del andén, lo miraban con suma atención. Nino volvió a echarse el aliento en las manos, expeliendo un denso chorro de vapor, y mirando ahora de reojo a los dos hombres…, que comenzaron a acercarse. Nino se desentendió de ellos, hasta que supo que estaban tras él, al oír:

—¿Bricka?

Se volvió, sonriendo.

—Sí… Chris Bricka. Me envía Oliver, mi hermano.

—¿Sí? ¿Ha hablado hoy con él?

—¿Con Oliver? No. He intentado localizarlo, pero no lo he conseguido. He pensado que podría estar aquí, en Quebec. No he hablado con Oliver desde hace días.

—Ya. Bien, venga con nosotros.

—Gracias. Espero que me lleven pronto a un lugar caliente… ¿Cuándo podré ver a Berenice?

—¿Por qué pregunta eso?

—Por nada especial. Oliver me habló de ella, eso es todo.

—Ya la verá. Vamos al coche.

Dos minutos más tarde, Nino Lorenti, en el papel de Chris Bricka, partía en coche acompañado de dos desconocidos que, salvo imprevistos, lo llevarían a la mansión de los efebos.

13

De entre los muchos conocimientos y facultades de Nino Lorenti, había uno que destacaba de modo especial, y eran, respectivamente, la geografía y el sentido de orientación.

Así, a medida que el coche avanzaba hacia la negra y fría noche, fue sabiendo en todo momento la ruta que estaban siguiendo.

Habían salido de Quebec directamente hacia el norte; es decir, que estaban cruzando el Parque Provincial Laurentides. Finalmente, apareció una población, que debía de ser, sin duda alguna, Chicoutimi. Luego, se desviaron lacia la izquierda, y fueron pasando otras poblaciones, cuya identidad no ofreció tampoco la menor duda al hermoso joven Nino Lorenti: Arvida, Jonquiére y Alma, prácticamente pegadas una a otra, todas muy cerca de la orilla de un río, por supuesto el Saguenay. Después de dejar Alma atrás, apareció en la negrura el oscuro espejo de las aguas de un lago. Perfecto: solo podía ser el Lac St. Jean.

Para entonces, habían recorrido algo más de doscientos kilómetros, y los empañados cristales del coche revelaban el intenso frío del exterior.

Finalmente, y muy cerca de aquel espejo negro que debía de ser el Lac St. Jean, apareció la casa. La enorme casa. Desde lejos, Nino Lorenti vio los amarillentos ojos que delataban otras tantas ventanas de habitaciones con la luz eléctrica encendida. De la casa, por el momento, solo pudo distinguir la silueta. La silueta de una gran mole de piedra, rodeada por una gran extensión de terreno descubierto, salpicado escasamente por altísimos abetos.

Eran casi las doce de la noche cuando el coche se detuvo por fin, delante del gran pórtico de columnas, donde había dos faroles encendidos. En la distancia, en un punto indeterminado, Nino Lorenti oyó el ladrido de algunos perros.

—¿Hemos llegado? —musitó.

—Sí.

—He oído ladrar a unos perros… ¿Son nuestros?

—En efecto.

—¿Son peligrosos?

—Si nadie quiere entrar en la casa, no. Pero si alguien pretende visitarnos sin nuestro permiso, se juega la vida.

—¿Berenice está aquí?

—No debes hacer tantas preguntas. Cuando hayas sido oficialmente admitido, tendrás derecho a todo. Pero no olvides que por ahora eres solo un aspirante. Los aspirantes permanecen en silencio, miran y oyen y nada más. ¿Estás de acuerdo?

—Sí —sonrió Nino Lorenti.

—Entonces, vamos adentro.

Salieron del coche. Uno de los desconocidos se hizo cargo de la maleta de Nino…, es decir, de Chris Bricka. Entraron en la mansión. Allí, en el enorme vestíbulo de losas de mármol estaba esperando un hombre, alto y fuerte, atlético, atractivo, pero de facciones un tanto rígidas, frías.

—¿Es Bricka? —preguntó.

—Sí. Bricka, Chris.

—Podéis ir a guardar el coche en el garaje, y retiraros a descansar. Yo me hago cargo del muchacho.

—De acuerdo. Buenas noches, Chris.

—Adiós… ¿Nos veremos mañana?

—Seguramente. Pero no pienses ahora en nada. Solo descansa. Patrick se encargará de que te encuentres cómodo.

Los dos se despidieron con un gesto, y salieron de la casa. El apuesto y frío Patrick se hizo cargo de la maleta de Chris Bricka.

—Tienes la habitación en el segundo piso —le sonrió amablemente—… Puedes bañarte, si quieres. Aunque es muy tarde, puedo llevarte lo que desees a tu habitación. ¿Tienes apetito?

—No. Pero tomaría muy a gusto un té caliente. La verdad que no estoy acostumbrado al frío.

—Aquí dentro no hace frío —comenzó Patrick a subir la amplia escalinata—. De todos modos, puedes aumentar el calor en tu habitación, si lo deseas. Y en tu armario tienes todas la mantas que puedas necesitar. ¿Vienes de Nueva York?

—De Boston. Hace unos días salí de la U. S. Navy.

—Ah, sí… Sí, ahora recuerdo que fue comentado ese detalle.

Subieron al segundo piso. Patrick abrió una de las puertas, dejó pasar a Chris, y entró detrás. Dejó la maleta sobre una banqueta, y señaló una puerta.

—El cuarto de baño. Sería conveniente que examinases tu habitación, por si hay algo que no te guste decírmelo cuando te suba el té.

—Muy bien —sonrió Chris—. Gracias, Patrick.

Examinó su alojamiento sin gran interés. Era una espaciosa habitación con cuarto de baño privado, simplemente. Confortable, bien decorada, con un estilo muy delicado. Colgados de la pared, junto a la puerta, había dos grabados grandes. Uno de ellos representaba a una mujer, el otro a un hombre, ambos desnudos. La mujer había sido reproducida de tal modo que más bien parecía una gorila, con los pechos caídos, los ojos pequeños, la boca grande, los brazos torcidos… Y si a todo esto se añadía que aparecía con el vientre hinchado por la gestación de una criatura, su aspecto no podía ser más deplorable y deprimente. El hombre, en cambio, era alto, esbelto, y aparecía gallardamente erguido, hermoso, resplandeciente…

La puerta se abrió, y entró Patrick, portando una bandeja. Vio a Chris mirando los grabados, y sonrió. Chris también sonrió simpáticamente.

—Me parece que estos grabados son un poco injustos, ¿no te parece? —dijo casi riendo.

—El hombre está visto en su totalidad exterior e interior —explicó Patrick—. La mujer solo está vista interiormente. Se refleja solo lo que es, no lo que se ve de ella. Y lo que es la mujer, todos lo sabemos.

—¿Qué es la mujer?

—Una repugnante proyección del hombre que solo sirve para la reproducción de la especie. Para todo lo demás, se puede prescindir por completo de ella. ¿Quieres que te prepare el baño?

—No, gracias. Yo lo haré, si me decido. Estoy tan cansado que solo deseo acostarme.

—Muy bien. Las clases comienzan a las diez, pero puesto que ya es muy tarde, si lo prefieres puedes descansar todo el día de mañana.

—No. ¿Quién me llamará a las nueve?

—Yo mismo. ¿Necesitas algo más?

—Me parece que no.

—Entonces, buenas noches.

—Gracias, Patrick. Buenas noches.

De nuevo quedó solo Chris Bricka. Se acercó a la bandeja, olió el té, miró críticamente las pastas, y con un gesto lo desdeñó todo. Fue al cuarto de baño, y se desnudó, mientras la bañera se llenaba de agua caliente. Al quitarse las ropas, apareció el cuerpo fino, de color de oro, de color de sol. En el pecho, una ancha prenda de seda había estado oprimiendo los senos, que saltaron pujantes, perfectos y magníficos al ser liberados. Brigitte Montfort se pasó las manos por ellos, con gesto enfurruñado. Luego, se quitó la peluca negra, dejando al descubierto su larga cabellera, recogida bajo el casco de nylon. Se quitó por último el bigotito, y las lentillas oscuras de contacto, que habían estado ocultando sus pupilas azules, y al mirarse al espejo pareció mucho más complacida.

Completamente desnuda, salió a la habitación, abrió la maleta, y se proveyó de cigarrillos. Con uno encendido entre los labios, regresó al cuarto de baño, y se metió en el agua caliente. En realidad, toda aquella farsa la tenía muy inquieta, pero no quería correr ya más riesgos. Berenice se le había escapado demasiadas veces.

«No volverás a hacerlo —pensó la espía más peligrosa de mundo —… Yo me estoy jugando la vida, pero tú no volverás a escapar, bruja —sonrió irónicamente, y terminó—: ¡Lo juro!».

* * *

A las nueve en punto de la mañana sonaron los golpecitos en la puerta. Brigitte Montfort, que ya estaba en pie, completamente desnuda, mirando por la ventana hacia el exterior, volvió la cabeza.

—Sí.

—Chris: son las nueve.

—Gracias, Patrick.

—Baja al salón cuando estés listo.

—De acuerdo.

Se quedó mirando la puerta tras la cual había sonado la voz de

Patrick. En diez minutos, se vistió. Normalmente, necesitaba mucho menos tiempo, pero esto era cuando se vestía simplemente como Brigitte Montfort. Convertirse en Chris Bricka requería algo más tiempo.

A las nueve y cuarto, repasaba los últimos detalles frente al espejo del cuarto de baño.

A las diez en punto, entraba en el salón de la mansión de los efebos. Su aparición fue acogida con un súbito silencio. El salón estaba ocupado por hermosos jóvenes de aspecto saludable y delicado. No frágil: delicado, elegante, sugestivo. Se hallaban sentados cuidadosamente por todas partes, como en una informal reunión de buenos amigos. Había por lo menos treinta, y cada uno de ellos parecía más hermoso que los otros. Algunos tenían cerca de cuarenta años, así que quizá la denominación de efebos estuviese un tanto inadecuada, pero, ciertamente, su belleza era impresionante. Parecían hermosos animales mimados, cuidados en todos sus detalles.

—¿Chris?

Chris Bricka miró hacia donde había sonado la voz. A la derecha de la entrada, había un hombre excepcional, de pie ante un enorme grabado de un cuerpo desnudo de hombre, dividido por zonas. Zonas erógenas. Cada una de aquellas zonas estaba luego reproducida en otros grabados, ampliada. Era una perfecta exposición por secciones de los puntos más sensibles del hombre al placer físico.

El hombre excepcional debía de medir más de metro ochenta y cinco. Quizá tendría cincuenta años. Sus cabellos parecían de plata, sus mejillas eran sonrosadas, pulcrísimamente afeitadas. Los ojos eran azules, grandes, hermosos. Vestía con una elegancia increíble, pero natural, sin la menor afectación. Era… como el más perfecto y fantástico maniquí de escaparate. Cuando se movió, Chris captó la delicadeza y natural belleza de sus movimientos.

—Sí… Soy Chris Bricka.

—Bien venido. Siéntate por ahí, donde quieras. ¿Has desayunado?

—Sí, he estado por la cocina hace unos minutos.

—Magnífico. ¿Cómo has pasado la noche? ¿El viaje fue bien?

—Sí, sí, gracias.

—Luego iras conociendo a los demás. Yo soy Jean Louis… Espero que estés atento a mis lecciones.

—Lo intentaré.

—Eres un muchacho muy hermoso. ¿Verdad, queridos?

Se oyeron unos murmullos.

Chris Bricka miró a algunos de los efebos indolentemente tumbados por todas partes.

En realidad, hablar allí de hermosura era como hablar de agua en el mar. Era la más asombrosa, la más fantástica reunión de belleza humana masculina que Chris Bricka, había visto en su vida.

Se sentó en un sofá, muy cerca de un efebo, que le sonrió, y tras pasarle una mano por una mejilla, lo atrajo sujetándolo por la nuca, y lo besó en los labios.

—Soy Michael —dijo—… ¿Cómo estás, Chris?

—Muy bien —sonrió Chris—. Gracias, Michael.

—Por favor, por favor —pidió amablemente Jean Louis—… Creo que ya podemos empezar la clase. En beneficio de Chris, expondremos una vez más todos los resortes fisiológicos capaces de hacer vibrar de placer al hombre. Puesto que, anatómicamente, todos lo somos, creo que estos principios serán fáciles de comprender. El punto de partida va a ser rechazar por completo esa nefasta creencia de que el hombre es solamente un… elemento reproductor de la especie. El cuerpo de un hombre es la obra más perfecta del universo…

—¿Y el de la mujer? —preguntó, riendo, un efebo.

—Vamos, Pierrot —reconvino amablemente Jean Louis—, no empieces con tus tonterías.

—No son tonterías… Quiero saber qué clase de obra es el cuerpo de la mujer.

—Imperfecta. Fría. Insensible. En realidad, el cuerpo de la mujer es un mecanismo funcional incapaz de gozar realmente de las satisfacciones físicas. Ese mecanismo está gobernado por un… vamos a llamarlo cerebro, cuyo funcionamiento está limitado a una serie de computaciones que ha ido recibiendo el animal femenino a lo largo de muchos años. Siglos, incluso. A la mujer, cuyo cerebro carece de imaginación para casi todo, le ha quedado bloqueado, sin embargo, en una cuestión. Para la mujer, el placer físico se inicia en el cerebro. Y puesto que todos sabemos que ese cerebro es incapaz

de… reaccionar más allá de las limitaciones que le han sido impuestas, tenemos que la mujer tiene un límite de placer. No un límite real, físico, sino un límite mental. El hombre, cuya inteligencia es por supuesto infinitamente superior, no tiene límite alguno. El hombre no reacciona de acuerdo a placeres establecidos o programados. Es más libre en sus manifestaciones físicas, es más inteligente… Y de este modo, siempre reaccionará al estímulo del momento…

—Jean Louis —pidió un jovencísimo efebo—, explícanos lo del dormitorio de color de rosa.

—Está bien… Eres un pesado impertinente, Claude, pero no veo por qué no debo complacerte. Bien, tenemos que el hombre, ya que es en verdad inteligente y de gran poder de captación de la realidad, puede gozar en cualquier momento y circunstancia. La mujer, no. La mujer, más programada para calcular, y cuya fantasía termina en sus estúpidos anhelos de satisfacción ambiental más que personal, se puede sentir absurdamente predispuesta al goce en un dormitorio ambientado en color rosa, por ejemplo. Si hay bonitos muebles, una ventana con visillos de color rosa, una alfombra, sábanas limpias, y suena una música determinada, todo va bien; la mujer entra en funcionamiento físico. Si algo de esto falla, la máquina no funciona. Basándose en esta estupidez, la mujer dice que es más romántica, porque no le basta el simple placer físico, sino que necesita… complementos espiritualizados…

—Perdón —alzó una mano Chris Bricka—… ¿Debo entender que la mujer considera un dormitorio rosa como un elemento… espiritualizado?

Todas las cabezas se habían vuelto hacia Chris. Jean Louis sonrió.

—Buena pregunta, Chris. No es exactamente que la mujer considere un simple dormitorio como algo espiritual, sino que ella busca complementos románticos o espirituales a algo que no lo tiene en absoluto. Me estoy refiriendo a la vida sexual.

—¿Al amor?

—No, no, no, Chris. Olvida el amor…, o lo que se ha convenido en llamar amor. Si tienes apetito, comes, ¿no es así?

—Cuando puedo —sonrió Chris.

El alumnado de Jean Louis soltó una carcajada, y las miradas

comenzaron a expresar una dulce simpatía hacia el recién incorporado. Por su parte, Jean Louis sonrió dulcemente.

—El sentido del humor, la simpatía, es algo que se valora muy alto en esta mansión. No debéis olvidar nunca que estáis siendo educados precisamente para proporcionar momentos agradables. Pero, volvamos al amor. Si tienes apetito, comes. Eso es lógico y necesario. Pero; dime, Chris: ¿acaso «amas» al canapé de caviar que está satisfaciendo tu apetito?

Las miradas estaban fijas en Chris, que tras meditar unos segundos, movió la cabeza negativamente.

—No. Todo lo más, lo deseo y lo necesito.

—Lo cual —aprobó Jean Louis— es muy diferente al amor, ¿no te parece? Entonces, sería absurdo que para comer un canapé de caviar precisases un comedor adornado con rosas y tejidos de Damasco. Estas rosas, este tejido de Damasco, vienen a ser como el dormitorio rosa para la mujer: absolutamente inútil, un accesorio mental que no sirve de nada, como no sea para satisfacer conceptos falsos de ambientación. La mujer dice que el hombre es un ser animal…, que está siempre pensando en lo mismo. Lo cual no es cierto. El hombre piensa siempre en la realidad del momento. Y si ese momento concierne a su vida sexual, lo acepta como acepta el momento en que tiene apetito. O sed, o sueño. Todo es natural y hermoso en la vida.

—¿Nosotros somos naturales? —preguntó Chris. Se hizo un denso silencio.

Ahora, los alumnos miraban con el ceño un tanto fruncido el joven Chris, que esperaba impávido la respuesta. Jean Louis la demoró, también fija su azul mirada en el nuevo efebo.

—Nosotros somos personas capaces de obtener beneficios de la estupidez ajena, Chris… Lo cual significa que no podemos permitirnos el lujo de ser nosotros los estúpidos.

—Lo siento —murmuró Chris.

—Irás aprendiendo. Como decía, el hombre, mucho más inteligente que la mujer, es por lo tanto más libre en todas sus manifestaciones físicas y mentales. En las mentales, no hay comparación, así que no hablaremos de ellas. Hablaremos de las manifestaciones físicas. Hay que distinguir entre…

La clase continuó hasta las once de la mañana. A esa hora, Jean

Louis se despidió de sus alumnos, citándolos para media hora más tarde, y abandonó el salón. Los efebos comenzaron a charlar entre ellos, cambiando comentarios sobre la clase. Junto a Chris, el bello Michael se desperezó, sonriendo maliciosamente.

—Es de suponer que algo has aprendido, Chris.

—Por supuesto. A decir verdad, jamás se me habría ocurrido que la mujer fuese un ser tan absolutamente repugnante, tonto e innecesario; ni que el hombre fuese tan perfecto y lógico.

—Irás aprendiendo muchas más cosas. ¿Quieres que vayamos a dar un paseo por el jardín?

—Bueno.

El jardín, en efecto, era simplemente una gran extensión de terreno con césped y algunos arbustos de flores, y unos pocos abetos muy separados. Lo que dificultaría mucho, en determinado momento el acercamiento de un grupo de hombres…

—¿Quieres una flor? —ofreció Michael.

—¡Oh, sí, gracias…!

Michael cortó una flor, y la entregó a Chris, que la olió con gesto delicado, sonriendo.

Luego, abrió el bolsillo superior izquierdo del chaquetón de piel, colocó el tallo de la flor dentro, y volvió a cerrar la cremallera, de modo que la flor quedó como prendida en el pecho.

—Anoche oí ladrar unos perros —dijo—… Espero que ahora estén encerrados.

—Siempre están encerrados, durante el día. Son unos animales muy hermosos. ¿Te gustaría verlos?

—Bueno.

Michael llevó a Chris a la parte posterior de la mansión toda ella de piedra oscura, enorme, solidísima. Detrás, había un pabellón, que Michael señaló.

—¿De qué tratará la clase siguiente? ¿Lo sabes, Michael?

—Jean Louis es imprevisible. Pero, sea lo que sea, puedes estar seguro de que aprenderás algo.

Entraron en el pabellón. Dentro había un hombre hermoso, pero, como Patrick, de aspecto frío. En cierto modo, se parecía a los efebos de acción que Chris había conocido, como Markus, Roland, Abel y Oliver. Chris estaba comprendiendo ya esto, y lo que significaba para aquellos hombres el hecho de no ser aceptados

como auténticos efebos en funciones. Ya fuese por su temperamento o por cualquier otra causa, algunos de los hombres que se adherían al Teléfono Rosa no eran aceptados para cumplir misión de efebos cariñosos, y entonces pasaban a realizar tareas complementarias de la organización… La organización más extraordinaria, sin duda alguna, que Chris Bricka había conocido en su vida.

—Hola, Walter —saludó Michael—. Este es Chris. Venimos a ver los perros.

—Ah, muy bien, Michael. —Walter acarició una mejilla a Michael, y miró a Chris—… ¿Cómo estás, Chris?

—Muy bien, gracias, Walter. ¿Tú eres el encargado de los perros?

—Así es. Venid. Ahora están en sus jaulas.

Eran seis hermosos perros. Hermosos y fieros; impresionantes. Había tres pastores alemanes, un doberman y dos dogos. Cada uno en su jaula. Estaban tendidos, pero se incorporaron al aparecer los tres efebos, y se los quedaron mirando, en silencio.

—¡Qué aspecto tan terrible tienen! —exclamó Chris—. ¿No se pelean entre ellos, Walter?

—Los perros son muy inteligentes.

—Eso ya lo sé. Pero… ¿qué quieres decir?

—Al principio teníamos ocho perros. Dos de ellos se mostraban muy reacios a mi entrenamiento, y siempre estaban buscando complicaciones, lo que, como es natural, soliviantaba a los otros. Un día, delante de los demás, maté a uno de ellos de un disparo a la cabeza. Dejé el cadáver aquí, y desde afuera abrí las jaulas, con el mecanismo eléctrico. Ningún perro salió de su jaula…, hasta dos días después. Entonces, salieron, y devoraron al que yo había matado. Este era uno de los provocadores, claro. El otro que quedaba, en lugar de comprender lo que estaba pasando, disputó los mejores bocados a sus compañeros. Les dejé que comiesen, volvieron a sus jaulas, y las cerré. Entré, maté dentro de la jaula al segundo provocador, y lo dejé aquí fuera. Se lo comieron al día siguiente… Y desde entonces, tengo los seis perros más obedientes y discretos del mundo.

—Fue una buena estrategia —murmuró Chris.

—Basada en la inteligencia de los perros, que comprendieron muy bien la lección. ¿Tú eres el que llegó anoche?

—Sí. Y me asusté al oír a los perros.

—Es natural. Pero no debes temer nada mientras tu amigo Walter esté por aquí —concluyó, dando un pellizco en la barbilla a Chris.

—Gracias. Bueno, creo que deberíamos volver a la clase, Michael.

—Sí. Se está haciendo tarde… Ya daremos otro día un paseo más prolongado por el bosque cercano —brillaron los ojos de Michael—… ¿Verdad, Chris?

—Claro que sí —sonrió dulcemente el bello Chris.

La siguiente clase mereció un aplauso por parte del alumnado cuando Jean Louis la anunció:

—Vamos a escenificar «La Vuelta Al Hogar», en honor de nuestro querido Chris, que la desconoce. Yo seré el marido que regresa al hogar. Bill será la esposa normal. Y Michael será el efebo… Presta mucha atención, Chris.

—Lo haré —sonrió Chris.

Uno de los sofás fue despejado, mientras Jean Louis salía del salón. Entró de nuevo enseguida, fue al sofá, y se sentó, estirando las piernas, contemplado de cerca por Billy, la «esposa».

—¡Uf! —exclamó Jean Louis—. ¡Estoy destrozado, querida!

—¡Ni siquiera me has dado un beso al llegar, Jean Louis!

—Perdona, querida. ¡Estoy tan cansado…!

—¡Cansado! —Dio una patadita en el suelo Billy—. ¿Y crees que yo no estoy cansada?

—Pues…

—¡Estoy tan cansada como puedas estarlo tú, o más! ¡Todo el día sola, trabajando en esta casa horrenda! ¿Cuándo vamos a mudarnos?

—Bueno, yo…

—¡No entiendo cómo puedes vivir así y aquí! ¡Y tampoco entiendo cómo es posible que yo lo soporte! ¿Quieres saber lo que me ha ocurrido hoy?

—Con gust…

—¡Pues me ha ocurrido que me he quedado sin gasolina cuando iba al supermercado!

—Bueno, siento…

—¡Y todo por culpa tuya! ¡Nunca piensas en mí, solo piensas en

ti mismo! ¿Sabes lo que he tenido que hacer? ¡He tenido que esperar a que pasase un coche, para que me llevase a la gasolinera! ¡Y adivina quién iba en ese coche!

—¿Cómo podría ad…?

—¡Esa horrenda vecina! Se me ha quedado mirando de ese modo estúpido, pero sonriendo, claro está, y con su voz de grulla me ha invitado a subir. Querida —me ha preguntado—: ¿todavía tienen ustedes el mismo coche? Seguro que se ha estropeado. Suba, suba, querida… ¿Adónde quiere que la lleve?… No he tenido más remedio que darle las gracias por su amabilidad, pero la hubiese estrangulado. De todos modos, tenía razón: ¡necesitamos un coche nuevo! ¿Y qué crees que ha ocurrido luego? ¡Se ha estropeado la lavadora! ¡Santo cielo, no comprendo cómo puedes estar trabajando en la ciudad, tan tranquilo, mientras tu mujer se hace pedazos aquí, siempre sola…! Oh, pero luego ha sido peor: los niños han regresado del colegio, y como siempre se han dedicado a hacerme enfadar. ¿Qué dirías que ha hecho tu pequeño Charlie? ¡Ha roto un cristal de la ventana de atrás, con su maldita pelota de su maldito juego de béisbol! En cuanto a Lucy, ha llegado diciendo que está enamorada. ¡Dios mío, enamorada, a sus catorce años!

—Mujer ya…

—¡Cállate! ¡Enamorada! Es la tontería más grande que he oído en mi vida. ¿De qué le sirve a la mujer enamorarse? ¡Solo para casarse con un estúpido que la llena de hijos y luego la olvida, solo la recuerda para que le prepare sus cosas o para ir a la cama! ¡Siempre lo mismo! ¿Y tu gatito, ese horrible animal peludo y con ojos de fiera? ¿Quieres saber qué ha hecho tu gatito? ¡Se ha comido un buen pedazo de carne mientras yo estaba preparando el horno! ¡El horno, esta es otra…! ¡Me he pillado los dedos al cerrarlo, y eso porque mi marido está siempre cansado y nunca arregla las cosas con las que su mujer trabaja mil veces más que él! ¿Y sabes quién ha telefoneado? ¡*Mistress* Rawlings, la profesora de Charlie! Quería saber si voy a formar parte de la agrupación de madres de alumnos… ¿Qué crees que le he contestado?

—Pues…

—¡Le he dicho que esa agrupación tendrían que hacerla los padres, aunque desde luego, no los padres que son como tú! ¡Me paso el día atendiendo problemas importantes, y llegas a casa y ni

siquiera me das un beso!

—Bueno, te lo daré ahora, mujer. Al fin y…

—¡Ya no lo quiero! ¡En cuanto a la cena…!

Jean Louis alzó las manos, sonriendo, mientras los alumnos reían cada vez más.

—Ya basta, Billy. Has estado estupendo, admirablemente histérico. Aplausos para Billy.

Sonó la salva de aplausos. Quien con más entusiasmo aplaudía era Chris Bricka. Jean Louis salió del salón, tras mirar Michael y decirle:

—Ahora tú, Michael. Y no olvides que eres el efebo.

Michael asintió.

Jean Louis hizo su nueva entrada, directo hacia el sofá, en el cual se sentó, exclamando:

—¡Uf! ¡Estoy destrozado, querida!

Michael se sentó a su lado, y le besó en los labios, ligeramente.

—Lo comprendo, mi amor. ¿Quieres un *whisky*?

—Sí, por favor, querida. ¡Tengo los pies hechos papilla!

—No comprendo cómo puedes soportar un trabajo tan duro —se maravilló Michael—… ¡Yo no podría de ninguna manera!

—Bueno —sonrió Jean Louis, muy satisfecho—, tampoco es para tanto, querida.

—¡Ya lo creo que sí! Espera, no te muevas…

Michael le quitó los zapatos a Jean Louis, y le trajo sus cómodas pantuflas. Luego, puso música en el tocadiscos, preparó un *whisky*, y fue a llevárselo, sentándose de nuevo a su lado, mirándole con adoración, en silencio.

Jean Louis bebió un trago, suspiró, y miró con expresión radiante a su «esposa».

—¿Sabes, mi amor? ¡He vendido un seguro de quinientos mil dólares!

—¡Quinientos mil dólares! ¡Jean Louis, eso es maravilloso!

—Pues sí… Bien, no podremos comprar una casa nueva, pero sí vamos a poder por fin comprar un coche, y una cocina…

—Oh, pero si no es necesario, querido…

—Sí, sí, sí. ¿Cómo han ido las cosas por aquí?

—Normal —rio Michael—… Todo bien. Bueno, Charlie rompió un cristal, pero ya fui a comprar otro. Yo misma lo he cambiado.

Ese hijo nuestro tiene una vitalidad maravillosa. ¿Y qué dirías de nuestra pequeña Lucy? ¡Se ha enamorado!

—¡Oh, no! ¿Ya?

—Bueno, querido, tiene ya catorce años, así que es normal, ¿no te parece? Está como flotando en una nube. Ya te iré contando sus confidencias.

—Así lo espero. ¿Y qué más?

—¿Qué más? Nada más… Bueno, tonterías sin importancia. Me quedé sin gasolina, el gato se comió un pedazo de carne… Nada importante. Pero cuéntame, cuéntame cómo hiciste ese seguro… ¡Por supuesto no debió de ser nada fácil, mi amor!

—Pues no, no lo fue, desde luego. Verás… Bueno, tú ya conoces a *Mr*. Appleby, ¿verdad? Sí, mujer, el que tiene una cadena de ferreterías en el estado…

—Oh, sí… ¿A ese? ¡Jean Louis, pero si siempre has dicho que era el hueso más duro de pelar del mundo!

—Pues a ese —asintió Jean Louis, satisfechísimo—. Verás cómo ocurrió: iba yo caminando cuando de pronto me di cuenta de que estaba delante de la casa de *Mr*. Appleby. Y me dije: ¿por qué no lo intentas de nuevo? Así que fui a la casa. Pero *Mr*. Appleby no estaba, así que me desanimé. Pero se me había metido en la cabeza venderle ese seguro, así que fui a buscarlo a su tienda. Tampoco estaba allí. ¿Dónde estaba *Mr*. Appleby? Bueno, no me lo querían decir, pero ya conoces mi poder de persuasión, así que estuve insistiendo, hasta que conseguí…

Jean Louis dejó de hablar.

Se irguió en el asiento, miró alrededor, y finalmente se quedó mirando a Chris.

—¿Te has dado cuenta, Chris?

—¡Ya lo creo! —Rio el efebo—. ¡La esposa era una bruja, y el efebo es maravilloso!

—Esa es la cuestión. ¡Un aplauso para Michael!

Nueva salva de aplausos, mientras Jean Louis acariciaba a Michael. Cuando terminó el aplauso, Jean Louis prosiguió:

—La cuestión básica es esta: nuestros… protectores deben sentirse muy satisfechos de vosotros. No olvidéis que cuando uno de esos caballeros llama al teléfono rosa lo hace para obtener algo que va a causarle placer en todos los sentidos. Nosotros le

proporcionamos todo el placer que desee. Son hombres hastiados, o ya de nacimiento inclinados hacia esta manifestación de la naturaleza. Sea como sea, cualquiera que reciba los servicios del teléfono rosa no debe jamás arrepentirse de ello. El teléfono rosa proporciona felicidad, en la medida que la deseen sus usuarios. Para ellos, nosotros somos algo así como unos *callboys*. Llaman al teléfono rosa, solicitan la compañía de un efebo, y la tienen.

—¿Qué obtenemos nosotros a cambio? —preguntó Chris.

—Dinero —le miró fijamente Jean Louis.

—Oh. Bueno… ¿Cuánto debemos pedirles?

—Te perdono porque eres nuevo —dijo fríamente Jean Louis—… Nosotros no pedimos dinero jamás. Es Berenice quien nos atiende en nuestras necesidades. Y también es Berenice quien arregla esa cuestión con nuestros protectores. ¿Lo entiendes, Chris?

—Sí. Por cierto: ¿cuándo veré a Berenice? ¡Tengo tantos deseos de conocerla!

—Todo llega en la vida —sonrió Jean Louis—. En cualquier momento, Berenice llegará a la mansión, y entonces, como es natural, querrá conocerte. Mientras tanto, vamos ahora a hablar sobre…

14

Sonó la llamada a la puerta de la habitación, y Chris miró hacia allá vivamente.

—¿Sí?

—Chris, soy Patrick —oyó al otro lado—… Berenice te está esperando en su despacho.

El bellísimo efebo se apresuró a abrir la puerta, y mucho los brillantes ojos.

—¿Ha llegado Berenice? —exclamó—. ¡Voy enseguida!

—Te acompañaré —rio Patrick.

Bajaron rápidamente al vestíbulo. Chris miró sorprendido hacia el salón, donde reinaba el silencio.

—¿Y los demás? —preguntó.

—Están descansando y en sus habitaciones, como tú.

—Oh, pero yo me retiré después de cenar porque me dolía un poco la cabeza… Creí que se retiraban más tarde.

Patrick encogió los hombros, y señaló hacia una doble puerta de solidísima madera en el fondo del vestíbulo. Fueron hacia allá. Chris tendía su finísimo oído, pero no lograba oír nada. El silencio era increíble, irreal. Las pisadas de los dos resonaban en las losas del piso como en un castillo vacío.

Llegaron ante la puerta, y Patrick la abrió. Chris entró, y la puerta se cerró tras él. Enseguida vio a Berenice. Estaba sentada tras la gran mesa en la que se veían cajas metálicas, un portafolios, papeles… Berenice se puso en pie enseguida, sonriendo dulcemente.

—Hola, Chris. Acércate, querido.

Chris Bricka se acercó, lentamente, mientras Berenice salía de detrás de la mesa para acudir a su encuentro. Cuando se detuvieron uno frente a otra, Berenice le tomó el rostro con ambas manos, y le besó en la boca.

—Chris, querido, lo siento —musitó—…, pero tengo una mala

noticia para ti.

—¿Una… mala noticia?

—Sí. Es sobre Oliver.

—¡Oh, no…! ¿Le ha ocurrido algo?

—Me temo que sí. Algo… irreparable, Chris.

—¿Ha muerto? —gimió magistralmente Chris Bricka.

Berenice lo tomó de las manos, y lo llevó al sofá, amplio, recargado, antiguo. Lo sentó, se sentó junto a él, y le acarició las manos.

—Tienes que ser fuerte, Chris.

—Sí… Sí. Oh, Dios, ¡pobre Oliver! ¿Qué… qué ha pasado, cómo… cómo ha muerto?

—Bueno… La historia es un poco larga, Chris. Tú ya sabes, supongo, que Oliver no fue admitido como efebo de amor. Su modo de ser no permitía incluirlo en el grupo selecto. Así pues, como los demás, fue destinado a trabajos especiales… ¿No te habló Oliver de esto?

—No…

—Bien. En ocasiones, no todo sale bien, ¿comprendes? Ya he visto a Jean Louis, y por lo tanto sé que estás al corriente de nuestras actividades, aunque supongo que no del todo. Creo que por el hecho de haber perdido a tu hermano mereces una explicación más concreta que la que reciben los demás. Aunque, la verdad sea dicha, yo opino que esta explicación es innecesaria. Incluso, poco conveniente. Vosotros no tenéis necesidad de saber nada, excepto lo que pueda contribuir a realizar vuestro trabajo. Es muy posible que muy pronto tengas que acudir a una llamada del teléfono rosa.

—Ya sé algo de esto… Y no me importa, sé que lo haré todo bien. Berenice. Pero… hay cosas que no comprendo…

—Lo sé, lo sé, querido. Vamos a ver si consigo explicarme: ¿tú sabes lo que es el espionaje?

—¿El… espionaje? ¡Claro! ¡Los espías…!

—Espera —rio suavemente Berenice—… Espera, espera… No te precipites. Mucho me temo que tú concibes el espionaje tal como lo exponen en las películas de ese tema, ¿no es así?

—Pues sí… Claro.

—Entonces, tal como me temía, estás equivocado. En un principio, el espionaje quizá fue así; es decir, una actividad…

emocionante y peligrosa. Grandes aventuras, peleas a muerte en las sombras, mentiras, engaños… Una de las facetas más clásicas del espionaje en todos los tiempos fue la utilización de mujeres. Algunas mujeres tenían el suficiente valor para afrontar determinados riesgos, y entonces los servicios secretos las utilizaban. Esas mujeres espías eran puestas en el camino de determinados personajes políticos o militares, en lo que se denominaba el espionaje por el sexo. Ha sido siempre un arma fuerte, no vamos a negarlo. Cualquier asquerosa de vía estrecha podía llevarse a la cama a una serie de imbéciles y obtener de ellos toda la información que quisiera. Imagino que este debe de ser el caso, más o menos exacto, de la mujer que ha matado a tu hermano…

—¡Lo han matado! ¡Creí que se trataba de un accidente…!

—No. Esa mujer lo mató. Yo lo vi, Chris; le disparó un tiro en la cabeza.

—¿Quién es? ¡¿Quién es esa…?!

—Cálmate. A eso iba, querido… En nuestras actividades, a veces hay que correr determinados riesgos, como, por ejemplo, eliminar a una persona que puede perjudicarnos mucho a todos. Un caso típico de esto fueron James y Stella Potters. ¿Los conocías?

—No.

—Bien. No hace falta extenderse mucho sobre ellos. Lo cierto fue que hubo que eliminarlos. Entonces, intervino una mujer. Se llama Brigitte Bierrenbach Montfort. Vive en Nueva York, en un apartamento de lujo, en el Crystal Building de la Quinta Avenida. He estado un par de días en Nueva York, investigándola. Es una famosa periodista, pero además, indudablemente, trabaja para la CIA. Un hombre llamado Henry Wallen llamó al teléfono rosa, me advirtió de la intervención de esa mujer, que decía ser una… consultora de la CIA. Una consultora ocasional. Quise conocerla, y asistí a un entierro en el que ella estaba presente… Y nada más verla, la odié.

—¿Por qué?

—Comprendí en el acto que ella era lo que yo jamás podría ser: una mujer hermosa, inteligente, orgullosa, con auténtica clase, segura de sí misma…

—Pero Berenice, tú eres…

—Permíteme que te siga hablando de ella. Luego hablaremos de mí. Como te decía, Brigitte Montfort era todo lo que yo no sería jamás. Y la odié en el acto. La odié como nunca antes había odiado nada ni a nadie. Y ese fue mi error. No debí dejarme dominar por ese deseo de matarla personalmente… Debí ordenar que fuese asesinada a la primera oportunidad, simplemente. Pero todos cometemos errores y yo cometí este. En el que reincidí en Nassau. Mis efebos la capturaron allí, y se dispusieron a esperar que yo fuese para matarla con mis manos. Pero, cuando llegué al lugar convenido en Nassau, los efebos no estaban, y comprendí que una vez más Brigitte Montfort había ganado. Fue entonces cuando comprendí la verdad… ¡Una verdad que debí comprender desde el principio!

—¿Qué verdad?

—¿Has oído hablar de Baby?

—No… No, no.

—Desde hace muchos años, Baby está considerada por todos los servicios de espionaje del mundo como la mejor espía jamás nacida. Su trayectoria es alucinante… Ha derrotado en varias ocasiones a los espías rusos, chinos, japoneses… ¡A todos los que se te ocurran! Supongo que tenemos que admitir que es un ser absolutamente excepcional. Y yo fui tan torpe de no pensar que la señorita Montfort, que precisamente estaba trabajando con la CIA, podía ser la agente Baby. Cuando lo comprendí, estuve a punto de vender esa información a los chinos…

—¿Pero no lo has hecho?

—No —sonrió Berenice—. Los espías son gente muy peculiar, querido. Yo podría haber pasado esa información a los chinos, o a los rusos, y sé que eso habría significado condenar a muerte a Brigitte Montfort. Pero… ¿me habrían pagado después?

—¿Pagado? ¿El qué?

—Tras un reajuste económico, los rusos ofrecen cinco millones de dólares por la cabeza de Baby. Los chinos, diez millones. También de dólares, se entiende. Así que me dije que iba a venderles la cabeza de Brigitte Montfort a los chinos, pero, a mi manera, es decir, cuando estuviese segura de que iba a cobrar el premio ofrecido.

—¿Y cómo sabes tú todas estas cosas?

—¿Yo? —sonrió Berenice—. Las sé porque también soy espía, naturalmente.

—Entiendo. Eres una espía de un servicio secreto enemigo de la CIA, y por eso…

—No, no —rio ahora Berenice—… El servicio secreto para el cual trabajo es muy amigo de la CIA, y de los Estados Unidos. Pero el espionaje tiene cosas que tú no puedes comprender. Antes te estaba hablando de las mujeres espías, pero no como yo, sino de mujeres como la Montfort. Sería absurdo por mi parte creer que la Montfort ha estado sobreviviendo todos estos años solo gracias a su belleza. Indudablemente, tiene mucha suerte pero esa suerte está respaldada por inteligencia y astucia, no nos engañemos. La suerte, en el espionaje, no es eterna, como parece disfrutarla la Montfort. Hay algo más, sin duda alguna. Ahora bien, las mujeres ya están… pasadas de moda.

—¿Qué quieres decir?

—Yo tengo el convencimiento de que la Montfort ha comprendido esto hace tiempo, pero, claro está, no ha llegado a profundizar tanto en la cuestión como mi servicio secreto… Todo evoluciona, Chris. Todo. Incluso el sexo…, o digamos mejor, la utilización del sexo. Hace años, para conseguir determinada información un puñado de hombres se jugaba la vida, o un hombre especial realizaba un doble juego peligrosísimo, o una hermosa mujer se acostaba con un general… Todo llega y todo pasa, Chris. Y eso, pasó. Ahora, los sistemas son diferentes, más sofisticados, más… actuales.

—¿Qué sistemas?

—Por ejemplo, la manipulación de masas. ¿Sabes lo que es eso?

—Bueno… No sé… Supongo que sí. Supongo que quiere decir que manipulan las masas, que las obligan a hacer cosas que en realidad las masas no desean…

—No, por favor —rio Berenice—… ¡Nada de eso, Chris! Lo que tú dices no se llama manipular, sino dominar. Olvida también eso. La fuerza ya no se utiliza más que en contadas ocasiones… Los servicios secretos realmente avanzados, disponen de mejores medios. Hay un resorte a pulsar que está ofreciendo óptimos resultados. No es violento, no es poderoso físicamente, no es humillante. Solo se trata de penetrar en la mente de las masas, y

entonces podrás manipularlas. Antes, si querías que en determinado país estallase una revuelta, debías llevar allá armas y hombres capacitados para soliviantar y dirigir a los revolucionarios en ciernes. Ahora, es mucho más simple… Si quieres que determinado personaje político desaparezca de escena, solo tienes que destruir su imagen buena, y crear una imagen mala que su propio pueblo comience a odiar, de modo lento, imperceptible…

—¿Eso se puede conseguir?

—Se está consiguiendo en muchos países. Se utiliza la prensa, la radio, la televisión… Cualquier medio es bueno. Y así, el pueblo que un año atrás adoraba al gobernante Fulano, se encuentra con el tiempo odiando con toda su alma a Fulano. ¿Qué ocurre entonces? Pues ocurre que Fulano es expulsado, o asesinado, u olvidado… Sea como sea, desaparece de escena. Y a todo esto, el servicio secreto que ha provocado eso ni siquiera ha sido mencionado. Por este procedimiento, se están consiguiendo resultados sorprendentes. No hay nada tan fácilmente manejable como las mentes de las masas, del populacho. Y ahí, en esas mentes obtusas y ciegas, está basado el espionaje mundial actual. No hay nada tan manejable como un millón de pobres cerebros que jamás han sabido pensar por sí solos.

—¿Y eso es lo que tu servicio secreto piensa hacer con el pueblo de los Estados Unidos?

—¡Ah! —exclamó Berenice—. ¡Veo que vas comprendiendo!

—¿Se trata de eso?

—Sí. Pero, por fases. Manipular más de doscientos millones de personas de un nivel cultural medio de los más altos del mundo no es tan fácil, compréndelo. Así pues, se ha de partir de una base sólida. ¿Y cuál es la base sólida?

—No sé —murmuró Chris.

—La base sólida son los dirigentes. El primer paso, por lo tanto, tiene que ser controlar a los dirigentes. O a algunos de ellos. Entonces, mi servicio secreto pensó en cómo conseguir esto… ¿Dinero? Eso, como las mujeres, también está pasando de moda. ¿Poder? El poder siempre es relativo. Entonces… ¿qué clase de oferta se podía hacer y a qué hombres convenía hacer la oferta? Nuestros expertos en psicología dieron finalmente una respuesta… ¿Sabes que en Estados Unidos hay un porcentaje increíble de hombres… afeminados? Y no estoy hablando del pueblo, Chris:

estoy hablando de la pequeña élite dirigente del país. ¿Lo sabías?

—No.

—Pues existe esa élite de homosexuales, en todas las alta esferas. Partiendo de ahí, se ideó el teléfono rosa… En contraste con el muy serio y peligroso teléfono rojo, se puso en funcionamiento el teléfono rosa. En estos momentos, hay exactamente cuarenta y dos personajes importantísimos en Estados Unidos que están… vinculados al teléfono rosa. Ellos saben que, sin complicaciones ni riesgo alguno, tienen solucionada su vida… afectiva. Pueden satisfacerse siempre que lo deseen. Solo tienen que llamar al teléfono rosa, y la amable Berenice está allí, esperando para complacerles. ¿Un efebo, dos efebos, una pequeña bacanal colectiva…? Lo que quieran, donde quieran y cuando quieran. Les hemos resuelto un tremendo problema, con una discreción absoluta…, hasta que Henry Wallen, uno de los clientes del teléfono rosa cometió el error de llamarme estando en casa su mujer, que oyó lo suficiente para comprender de qué se trataba… Y de ahí partieron todas nuestras dificultades actuales. Ahora, vamos a tener muy, muy difícil seguir adelante con nuestro plan, esto es, controlar dentro de pocos años Estados Unidos por medio de nuestros clientes del teléfono rosa.

—¿Quieres decir que esos hombres te obedecerían a ti?

—Por supuesto.

—¿Y cómo conseguirías eso?

—En primer lugar, nosotros teníamos proyectado empujar a esos hombres hacia cargos cada vez más importantes, sin desdeñar la presidencia de USA, incluso. Una vez instalados en el poder los suficientes amigos del teléfono rosa, se les iría manipulando, ya fuese por medio de la persuasión… cariñosa, o del chantaje. Como comprenderás, nos las arreglamos para tomar fotografías, películas y grabaciones de cintas magnetofónicas de todas las «fiestas» en las que intervienen los efebos. Todo eso, así como los nombres de los clientes del teléfono rosa, está archivado ahí, en microfotos. —Berenice señaló las cajas metálicas que había sobre la mesa—… Es un material inapreciable, porque significa que de un modo u otro, dentro de poco tiempo, el teléfono rosa habrá llegado a controlar a Estados Unidos. Sin que ello signifique que desdeñemos países menos importantes.

—Pero ¿por qué lo hacéis? Has dicho que sois amigos de Estados Unidos… ¿Quiénes sois? ¿Cuál es tu servicio secreto?

—No es prudente que lo sepas, Chris. Lo que tienes que aprender, ciertamente, es a ser amable con nuestros clientes del teléfono rosa. Ten siempre presente que, como pago de tus servicios, yo les pido luego que me cuenten pequeñas confidencias de la vida política y militar del país. Algunas de esas confidencias pasan directamente a los archivos de nuestro servicio secreto, sin que trasciendan a nadie más. Otras confidencias, aparte de ser archivadas por nosotros, son vendidas a uno o varios servicios secretos, con lo cual, el teléfono rosa se va financiando a sí mismo… Y dentro de… ¿un año, dos, tres…?, el Teléfono Rosa gobernará en Estados Unidos.

—Es decir —musitó Chris—, un gobierno formado por homosexuales que estarán manipulados por tu servicio secreto.

—¡Exactamente! —rio Berenice.

—Todo eso, siempre y cuando Brigitte Montfort no destruya tu organización, Berenice.

—Oh, no… Jamás podrá hacerlo. Y te voy a decir por qué no podrá, Chris. En primer lugar, siguiendo mis órdenes, todos los ocupantes de esta casa se han retirado a sus habitaciones. Dentro de un momento, yo apretaré un botón que pondrá en marcha un mecanismo muy bien distribuido por todas las habitaciones…, en las que irá entrando rápidamente un gas inodoro que acabará con todos en muy pocos segundos. Eso quiere decir que tendré que empezar de nuevo, en otro sitio, y con otros efebos, pero no importa. Lo haré…

Y la Montfort no podrá impedírmelo, porque tengo proyectado cortarle la cabeza y marcharme con ella y con mi archivo a un lugar donde la venderé a los chinos por diez millones de dólares que irán a parar a mi cuenta personal.

—Lo que estás diciendo es horrible, Berenice.

—Lo sé. Pero tengo que hacerlo.

—¿Y conmigo? ¿Qué harás conmigo?

Berenice sonrió deliciosamente.

—Vamos, vamos… ¿Realmente ha creído usted que nos ha estado engañando, señorita Montfort?

Chris Bricka también sonrió.

—¿De modo que no hay sorpresa, Berenice?

—Por mi parte, no. Pero tú si vas a llevarte una buena sorpresa, puerca asquerosa.

—Lo dudo. La mansión está rodeada de agentes de la CIA, desde que llegué aquí anoche. No podrán escapar ni los perros, Berenice. Solo tengo que utilizar mi radio de bolsillo, y este lugar será invadido por más de veinte hombres armados.

—¿Y crees que yo no he comprendido eso en cuanto he visto a través de una mirilla esta tarde a Chris Bricka? Te he identificado en el acto, pero no he dicho nada. Lo he preparado todo para que todos mueran. Y cuando tus amigos de la CIA entren, solo encontraran hombres muertos…, y tu cuerpo decapitado. Mientras tanto, por el pasadizo secreto, yo habré salido muy lejos de la mansión, y jamás volverán a verme.

—Parece que solamente tienes un problema, querida —dijo fríamente Brigitte Montfort—: cortarme la cabeza a mí.

—Lo haré —Berenice se puso lentamente en pie—, pero antes no quiero privarme del placer de la sorpresa que voy a ver en tus ojos. La CIA debe de estar todavía buscando al propietario del coche que explotó en la granja, ¿no es así? Estáis buscando a un hombre que se llama Harold Saint Cyr… ¿Cierto?

—Cierto. Y lo encontraremos.

—Ya lo has encontrado, querida.

Berenice se quitó la blusa y los sujetadores, con dos furiosos tirones, y sus hermosos senos saltaron, elásticos, bellísimos, turgentes, sonrosados… Acto seguido, se quitó la falda, y los pantaloncitos, quedando completamente desnuda…

Si quería dar una sorpresa a Brigitte Montfort, lo consiguió plenamente. La sorpresa más grande en la vida de la espía internacional, que miraba con ojos desorbitados el bajo vientre de Berenice…

—Pe-pero… pero… ¡eres un hombre!

La atónita mirada de Brigitte ascendió hasta los hermosos senos de Berenice. Luego, bajó de nuevo hacia la auténtica personalidad de Harold Saint Cyr.

—Por Dios —comprendió de pronto… ¡Eres un *travestí*!

—Desde el primer momento me ha fascinado tu capacidad de reacción —sonrió Berenice—… Como comprenderás, no soy ni

Harold Saint Cyr, ni Berenice, nombres que son simples distintivos para mi trabajo en Estados Unidos. Pero… ¿quién soy, qué soy? ¿Soy hombre o soy mujer?

Brigitte se pasó las manos por la cara. Estaba tan aturdida que no recordó que llevaba un fino bigotito, así que sus manos lo arrancaron. Se quedó con él en la mano, mirándolo un instante. Luego, volvió a mirar las dos facetas físicas de la personalidad de Berenice.

—Tienes que ser hombre —musitó—… Sí, sé que existen seres como tú, que con mil sacrificios van dando a su cuerpo una forma femenina, con operaciones quirúrgicas si es necesario, y abultando sus pechos con inyecciones de hormonas y no sé qué otras cosas… Eres un hombre con formas de mujer conseguidas artificialmente, con depilaciones, con masajes, con cremas, con hormonas… Hace años asistí a una función de travestí en Paris… Hombres que iban transformando su cuerpo hasta parecer mujeres. Homosexuales llegados hasta el límite de lo razonable, hasta mucho más allá de ese límite… ¡Y todo el tiempo he estado pensando que eras una mujer!

—Algo debe de quedarme de hombre —dijo con voz ronca Berenice—, puesto que tú has conseguido hacerme reaccionar.

—¿Yo?

Los ojos color plomo fundido de Berenice parecieron endurecerse, solidificarse, de aquel modo horrendo, escalofriante.

—¡Sí, tú, maldita mil veces, que en cuanto te vi despertaste en mí deseos que quería tener para siempre muertos! ¡Tú, maldita y bella mujer, tú, que me has trastornado completamente, tú, que has encendido mi deseo que tanto me ha repugnado siempre, tú, tú, tú, cerda, miserable, maldita mil veces, tú, tú, tú…!

—Por eso me odias tanto —exclamó Brigitte—… ¡Por eso has querido matarme tú, por eso has sentido desde el primer momento ese odio absurdo hacia mí…! ¡Porque soy una mujer hermosa…, y tú todavía sientes…! ¡Pero si es divertidísimo, Berenice! —Se echó a reír por fin Brigitte.

Berenice lanzó un aullido que solo podía ser definido como absolutamente bestial, y se abalanzó hacia el efebo desbigotado, lanzando maldiciones horrendas, desorbitados los ojos, llena de espuma la boca, enloquecido.

Sus manos, como garras, cayeron sobre Brigitte, y la arrastraron furiosamente al suelo. Allí se enzarzaron en una enloquecida lucha que ni siquiera la espía podía controlar, tal era la demoníaca furia de Berenice. Y tal era su tremenda fuerza que consiguió arrancar a tirones los pantalones del falso Nino Lorenti, como si hubiesen sido de simple seda en lugar de fuerte tela.

Brigitte lanzó una exclamación ahogada, e intentó conseguir el control de aquella lucha alucinante, en la que ni siquiera sus conocimientos de judo en la lucha en el suelo, la *Ne Waza*, le servían de nada, tal era la espantosa fuerza de Berenice, tal su rapidez de movimientos. La ropa saltaba de su cuerpo convertida en jirones, y las manos de Berenice se clavaban brutalmente en su carne…

Pero por fin, en un brevísimo momento de respiro, Brigitte consiguió golpear a Berenice en el bajo vientre. Berenice lanzó un berrido de dolor que hizo temblar los cristales, se encogió un instante, pero enseguida volvió a agarrar con sus manos el hermoso cuerpo que se iba ofreciendo a su vista, chillando como una bestia…

—¡Te voy a violar! ¡Tengo que violarte, y luego te decapitaré, te destrozaré…! ¡Pero dame antes tu hermoso cuerpo…!

Brigitte estaba golpeando con ciega desesperación a Berenice, pero sus golpes, mal dirigidos por los continuos movimientos de ambos, no llegaban a ninguno de los puntos vitales que ella pretendía, de modo que no hacían mella en Berenice, cuyos ojos parecían a punto de saltar de las órbitas, y cuya boca lanzaba espumarajos de baba al rostro de la espía, que yacía aplastada ahora bajo el bonito pero poderosísimo cuerpo del travesti, por entre cuyos extraordinarios senos caía la saliva a chorro.

Y comenzó a suceder…

—¡Así! —Aullaba Berenice—. ¡Aquí quieta, debajo de mí…! ¡Te voy a destrozar con este poder que tú misma has provocado…! ¡Así, así…! ¡YA TE TENGO! ¡Ya he… penetrado en ti…! ¡Ya…! ¡Aaaahhhh…! ¡AAAAHHH, te… te estoy… consiguiendo, te tengo, te tengo… mía… mía…!

Destrozada por el dolor físico, notando aquella negrura que parecía ir penetrando en sus ojos al mismo tiempo, Brigitte Montfort consiguió introducir un brazo por entre aquellos otros que

parecían de hierro, fortalecidos todavía más por la locura, por el deseo bestial que hacía arder los hermosos pechos… Sobre ella, Berenice temblaba de inminente placer, de rabia y goce… La mano de Brigitte pasó deslizándose por entre los senos mojados de baba de Berenice, llegó dificultosamente a la garganta. Allí, los dedos índices y corazón de Brigitte apretaron. No mucho, pero Berenice lanzó un respingo, y se estremeció, aflojando la presión lo justo para que Brigitte pudiese pasar su mano ahora hacia el rostro, hundiendo los dos dedos, rígidos, en el ojo izquierdo de Berenice, cuyo aullido fue espantoso mientras caía de encima de Brigitte, rodaba por el suelo, y se ponía en pie en el acto, llevándose las manos al ojo reventado.

Con el otro, vio a Brigitte poniéndose en pie, tambaleante. Se quedó mirándola con una fijeza terrible con el ojo sano, y de pronto lanzó otro alarido y cargó contra la espía, que apenas comenzaba a recuperarse. Pero vio perfectamente llegar a Berenice… Se inclinó, la recibió sobre los hombros, y se irguió, lanzándola por encima de su cabeza en escalofriante *kata guruma* que lanzó al grotesco ser a más de cuatro metros de distancia y dos de altura. Pero, pese a la dureza de la caída, Berenice volvió a ponerse en pie de un salto, aullando.

—¡Con mis manos! —chilló—. ¡Te voy a matar con mis manos!

Brigitte aspiró hondo, y sacudió la cabeza. Su visión estaba ya clara. Lo bastante clara para ver con toda nitidez, cargando contra ella, a la persona que había asesinado a cuchilladas por la espalda a James «Simón» Potters.

—Te voy a enseñar —jadeó, acudiendo a su encuentro, con los ojos convertidos en dos lagos azules helados—… Y puesto que tú has elegido las armas, veamos qué sabes hacer con ellas…

Berenice era físicamente más fuerte que Brigitte. Pero no podía compararse en habilidad para la lucha a la espía internacional. Y cuando lo comprendió definitivamente, ya era tarde… El primer *atemi* propinado por Baby, frenó en seco a Berenice, tirándola sentada, con la nariz rota. Berenice estaba sacudiendo la cabeza cuando notó el tirón en sus cabellos, hacia arriba, y oyó el jadeo de «la Montfort»:

—Con las manos… ¡Con las manos, asesina…!

Tirando de los rubios cabellos de Berenice, se cargó a esta en la

cadera derecha, y lanzó la pierna hacia arriba, mientras seguía tirando de sus manos, que asían los cabellos. Fue un increíble y alucinante *yama arashi*, el movimiento de judo para proyectar al contrario cuya traducción es «tempestad en la montaña»… Una tempestad que había alcanzado de lleno a un desdichado ser llamado Berenice. Una tempestad que lo lanzó contra la durísima pared, donde dio de costado, rompiéndose un brazo y cayendo como una masa inerte.

—¡Ponte en pie! —gritó Brigitte—. ¡Ponte en pie, y ven hacia mí con tus manos, Berenice! ¡Ven a matarme a mí, como hiciste con Simón, con Wallen, con Oliver…! ¡Y como piensas hacer con todos esos pobres efebos, esos seres desdichados que estás utilizando en tu provecho…! ¡Ven, Berenice! ¡VEN AQUÍ, BERENICE!

Lanzando espumarajos y salpicando sangre por su reventada nariz, Berenice se puso en pie. Estaba horrenda, con un ojo reventado, un brazo roto, la nariz aplastada, salpicada de espuma y de sangre, mitad hombre y mitad mujer… Horrible, estremecedora, alucinante. Pavorosamente alucinante. Capaz de hacer desistir a cualquiera de continuar aquella lucha… A cualquiera, menos a la agente Baby, que cuando Berenice llegó aullando, jadeando, como un robot obedeciendo a toda costa una orden, la volvió asir por los cabellos, y tirando de ellos volvió a cargarla en la cadera, para proyectarla esta vez de nuevo contra la pared con un fabuloso *uchi mata goshi*.

El combate terminó.

Se oyó el crujido de la cabeza de Berenice contra la pared, el cuerpo cayó desarticulado al suelo, y eso fue todo.

Brigitte quedó de pie, respirando profundamente, agitado el pecho.

Luego, fue a dejarse caer en un sillón, oculto el rostro de lindo efebo entre las manos, y gimió:

—Santo Dios… ¡Santo Dios…!

Este es el final

Cuando Brigitte terminó el relato, Frank Minello estaba todavía con los ojos muy abiertos, casi desorbitados, aunque quizá menos que la impresionadísima Peggy.

—Zaaaammmm… bomba —pudo mascullar por fin Minello—… ¡Eso sí es vivir una aventura extraña, Brigitte!

—¿Qué… qué pasó luego? —tartamudeó Peggy.

—Pues luego, aprovechando que todos obedecían la orden de Berenice de permanecer en sus habitaciones, subí a la mía, saqué la radio y la pistola del doble fondo de la maleta, y me fui al pabellón donde estaban los perros. Walter estaba allí, así que le di un golpe, lo encerré con llave en el pabellón, y llamé por la radio a los Simones.

—¡O sea, que llegaron en tu ayuda! —exclamó Minello ¡Y colorín colorado, este cuento ha terminado…! ¡Un momento! ¿Qué ha pasado con el fichero de Berenice, y con los efebos…?

—Todos los efebos están detenidos. No sé qué pasará con ellos…, ni me interesa, Frankie.

—¿Y con los… clientes del teléfono rosa?

—La Dirección de la CIA se entenderá con ellos —movió la cabeza la divina espía—. ¿Vas a quedarte a cenar?

—¡Vaya una pregunta tonta! —Bufó Minello—. ¡Claro que me quedo a cenar! Oye… ¿y es verdad que Berenice tenía unos pechos tan bonitos?

—Absoluta verdad. Algo increíble.

—Me apuesto el cogote a que no lo eran tanto como los tuyos.

—Has ganado la apuesta —sonrió Brigitte.

—Bueno… No sé… Me gustaría convencerme de ello, la verdad. Claro que no puedo ver los de Berenice, pero sí los tuyos. Y yo creo que viendo…

—Eres un sinvergüenza, Frankie.

—Mujer, solo se trata de…

—Que no. ¡Vamos, qué tontería!

—¿Te niegas rotundamente?

—¡Rotundamente!

—Muy bien —Minello se puso en pie, fruncido el ceño—. Ya que te lo tomas así, voy a tomar una determinación. ¡Estoy harto de que me rechaces, así que me las voy a arreglar de otra manera!

—¿A qué te refieres? —Se sorprendió Brigitte—. ¿Qué vas a hacer?

—¡Ya lo verás! —Minello descolgó el auricular del teléfono—. ¡A mí, los efebos maravillosos de todo el mundo! ¿Cuál es el número del Teléfono Rosa?

—¡Frankie! —Palideció Peggy—. ¡Oh, no! ¡*Tú, no, Frankie*!

Pero Brigitte Montfort se echó a reír.

¡Aquel era el mejor chiste que había contado Frank Minello en toda su vida!

FIN